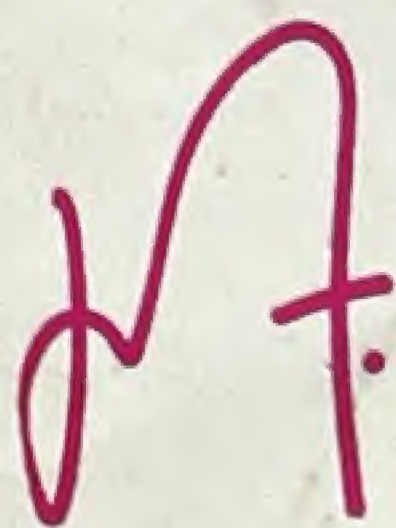


258

# EL EDIPO

EL CONCEPTO CRUCIAL  
DEL PSICOANÁLISIS



J.-D. NASIO

PAIDÓS PSICOLOGÍA PROFUNDA



Biblioteca de PSICOLOGÍA PROFUNDA  
Últimos títulos publicados

209. J. Benjamin - *Sujetos iguales, objetos de amor*
210. E. Dio Bleichmar - *La sexualidad femenina*
211. N. Bleichmar y C. Liberman de Bleichmar - *El psicoanálisis después de Freud*
212. M. Rodulfo y N. González (comps.) - *La problemática del síntoma*
213. J. Puget (comp.) - *Psicoanálisis de pareja*
214. J. McDougall - *Las mil y una caras de Eros*
215. M. Burin e I. Meler - *Género y familia*
216. H. Chbani y M. Pérez-Sánchez - *Lo cotidiano y el inconsciente*
217. I. Vegh - *Hacia una clínica de lo real*
218. J. E. Milmaniene - *Extrañas parejas*
219. P. Verhaeghe - *¿Existe la mujer?*
220. R. Rodulfo - *Dibujos fuera del papel*
221. G. Lancelle (comp.) - *El self en la teoría y en la práctica*
222. M. Casas de Pereda - *En el camino de la simbolización*
223. P. Guyomard - *El deseo de ética*
224. B. Burgoyne y M. Sullivan - *Los diálogos sobre Klein-Lacan*
225. L. Hornstein - *Narcisismo*
226. M. Burin e I. Meler - *Varones*
227. F. Dolto - *Lo femenino*
228. J. García Badaracco - *Psicoanálisis multifamiliar*
229. J. Moizeszowicz y M. Moizeszowicz - *Psicofarmacología y territorio freudiano*
230. E. Braier (comp.) - *Gemelos*
231. I. Berenstein (comp.) - *Clínica familiar psicoanalítica*
232. I. Vegh - *El prójimo. Enlaces y desenlaces del goce*
233. J.-D. Nasio - *Los más famosos casos de psicosis*
234. I. Berenstein - *El sujeto y el otro: de la ausencia a la presencia*
236. P. Verhaeghe - *El amor en los tiempos de la soledad*
237. N. Bleichmar y C. Liberman de Bleichmar - *Las perspectivas del psicoanálisis*
238. D. Waisbrot - *La alienación del analista*
239. C. C. Jung - *Conflictos del alma infantil*
240. M. Schneider - *Genealogía de lo masculino*
241. L. Peskin - *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*
243. M. Safouan - *Lacaniana*
244. L. Hornstein - *Intersubjetividad y clínica*
245. D. Waisbrot, M. Wikinski, C. Rolfo, D. Slucki y S. Toporosi (comps.) - *Clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales*
246. L. Hornstein (comp.) - *Proyecto terapéutico*
247. A. D. Levin de Saïd - *El sostén del ser*
248. I. Berenstein - *Devenir otro con otro(s)*
249. M. Rodulfo - *La clínica del niño y su interior*
250. O. Kernberg - *La teoría de las relaciones objetales*
251. S. Bleichmar - *Paradojas de la sexualidad masculina*
253. M. C. Rother Hornstein (comp.) - *Adolescencia: trayectorias turbulentas*
254. Y. Gampel - *Esos padres que viven a través de mí*
255. C. Soler - *Lo que Lacan dijo de las mujeres*
256. L. Hornstein - *Las depresiones*
258. J.-D. Nasio - *El Edipo. El concepto crucial del psicoanálisis*

J.-D. Nasio

## EL EDIPO

### El concepto crucial del psicoanálisis



PAIDÓS

Buenos Aires  
Barcelona  
México

Cubierta de Gustavo Macri  
Imagen de tapa: Gustave Moreau, *Edipo y la esfinge* (óleo, 1864)  
Traducción de Alcira Bixio

## ÍNDICE

Nasio, Juan David  
El Edipo : el concepto crucial del psicoanálisis. - 1ª ed. 4ª reimp. -  
Buenos Aires : Paidós, 2013.  
168 p. : 22x14 cm. (Psicología Profunda)  
  
Traducido por: Alcira Bixio  
  
ISBN 978-950-12-4258-4  
  
1. Psicoanálisis I. Alcira Bixio, trad. II. Título  
CDD 150

4ª reimpresión, 2013

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2010 de todas las ediciones en castellano  
Editorial Paidós SAICF  
Independencia 1682, Buenos Aires  
e-mail: [difusion@areapaidos.com.ar](mailto:difusion@areapaidos.com.ar)  
[www.paidosargentina.com.ar](http://www.paidosargentina.com.ar)

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723  
Impreso en Argentina. Printed in Argentina

Impreso en Primera Clase Impresores,  
California 1231, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,  
en marzo de 2013  
Tirada: 1.000 ejemplares

ISBN 978-950-12-4258-4

Introducción .....	11
1. EL EDIPO DEL VARÓN .....	23
Al comienzo era el Cuerpo de sensaciones erógenas .....	25
Los tres deseos incestuosos .....	28
Las tres fantasías de placer .....	31
Las tres fantasías de angustia de castración .....	37
Resolución del Edipo del varón: la desexualización de los padres .....	41
Comparado con la mujer, el hombre es visceralmente un cobarde .....	42
Los frutos del Edipo: el superyó y la identidad sexual .....	45
Resumen de la lógica del Edipo del varón .....	47
2. EL EDIPO DE LA NIÑA .....	51
El tiempo preedípico: la niña es como un varón .....	53
El tiempo de la soledad: la niña se siente sola y humillada .....	56
El tiempo del Edipo: la niña desea a su padre .....	60

Resolución del Edipo:	
la mujer desea a un hombre .....	63
La más femenina de las mujeres	
siempre lleva en ella a su padre .....	66
Resumen de la lógica del Edipo de la niña .....	70
3. PREGUNTAS Y RESPUESTAS SOBRE EL EDIPO .....	73
4. EL EDIPO ES LA CAUSA DE LAS NEUROSIS	
CORRIENTES Y MÓRBIDAS DEL HOMBRE	
Y DE LA MUJER .....	101
La neurosis corriente y la neurosis mórbida .....	103
La reactivación del Edipo traumático	
en la forma de la neurosis femenina .....	109
¿Cómo escuchar a una anoréxica a través	
de la teoría del Edipo? .....	112
5. ARCHIPIÉLAGO DEL EDIPO .....	117
La castración no existe .....	119
Las figuras del padre en el Edipo masculino .....	121
Las figuras de la madre en el Edipo femenino .....	121
Las figuras del Falo en el Edipo femenino .....	122
El superyó y los tres roles del padre en el	
Edipo masculino .....	123
El juego de la muñeca .....	123
La fantasía de la omnipotencia fálica .....	124
La fobia es una proyección, la histeria,	
una rebelión y la obsesión un	
desplazamiento .....	124
La significación bisexual de	
un síntoma neurótico .....	128
¿Qué es la histeria? .....	129
La histeria que sufre un adulto fue provocada	
por una relación demasiado sensual entre	
el niño que era y sus padres .....	129
La mujer histérica y su miedo a amar .....	132

Las tres figuras lacanianas del padre	
en el Edipo: simbólica, real e imaginaria .....	133
Los tres tipos de falta que se dan	
en el Edipo: castración, privación	
y frustración .....	136
6. EXTRACTOS SOBRE EL EDIPO DE LAS OBRAS	
DE SIGMUND FREUD Y JACQUES LACAN (PRECEDIDOS	
DE NUESTROS COMENTARIOS) .....	141
Selección bibliográfica sobre el Edipo .....	161



## INTRODUCCIÓN

*"Las relaciones del niño con su madre constituyen para él una fuente continua de excitación y de satisfacción sexual, tanto más por cuanto la madre le testimonia sentimientos que derivan de su propia vida sexual, lo besa, lo mece y lo considera el sustituto de un objeto sexual completo. Probablemente una madre se sienta por entero sorprendida si se le dice que, mediante sus ternuras, despierta la pulsión sexual de su hijo. La madre cree que sus gestos demuestran un amor asexual y puro en el cual la sexualidad no tiene lugar, puesto que evita excitar los órganos sexuales de su bebé más allá de lo que exigen los cuidados corporales. Pero, como sabemos, no sólo la excitación de la zona genital despierta la pulsión sexual; también la ternura puede ser muy excitante."*

S. FREUD

"El varón está enamorado de la madre y quiere apartar al padre; la niña, enamorada del padre, quiere alejar a la madre." Éste es, en pocas palabras, el cliché más antiguo del psicoanálisis, la imagen de Epinal del drama amoroso más célebre: el complejo de Edipo. Y, sin embargo, nada hay más engañoso que esta visión congelada del complejo freudiano. ¿Por qué? Porque el complejo de Edipo no es una historia de amor y



de odio entre padres e hijos; es una historia de sexo, es decir, de cuerpos que experimentan placer al acariciarse, al besarse, al morderse, al exhibirse y mirarse, en suma, de cuerpos que sienten placer tanto tocándose como provocándose dolor. No, el Edipo no es una cuestión de sentimiento y de ternura; es un asunto de cuerpos, de deseos, de fantasías y de placer. Evidentemente, padres e hijos se aman tiernamente y pueden odiarse pero, en el interior del amor y el odio familiares, palpita el deseo sexual.

El Edipo es una inmensa desmesura: es un deseo sexual propio de un adulto vivido en la cabecita y el cuerpecito de un niño o una niña de cuatro años y cuyo objeto son los padres. El niño edípico es un niño alegre que, con absoluta inocencia sexualiza a sus padres, los introduce en sus fantasías como objetos de deseo e imita, sin pudor ni sentido moral, sus gestos sexuales adultos. Es la primera vez en la vida que el niño experimenta un movimiento erótico de todo su cuerpo hacia el cuerpo de otro. Ya no se trata de una boca que busca un pezón, sino de un ser completo que quiere estrechar todo el cuerpo de su madre. Pero, si bien es cierto que el niño edípico se siente feliz de desear y de obtener placer, es aún más cierto que el deseo y el placer lo atemorizan porque los siente como un peligro. ¿Qué peligro? El peligro de que el cuerpo enloquezca en el ardor de sus impulsos; el temor de que la cabeza le estalle por la incapacidad de dominar mentalmente su deseo y, finalmente, el peligro de recibir el castigo de la Ley de la prohibición del incesto, por haber tomado como pareja sexual a uno de sus padres. Excitado por el deseo, feliz con sus fantasías pero también angustiado, el niño se siente perdido y

1. Sexualización de los padres

→ Ser completo de cuerpo en cuerpo

→ angustia y dolor

Crisis Edípica

completamente desconcertado. La crisis edípica es una insoportable tensión entre el placer erótico y el temor, entre la exaltación de desear y el temor de desaparecer en las llamas del deseo.

2. desexualización de los padres

Así es como el niño reacciona sin transigir. Escindido entre el regocijo y la angustia, sólo tiene una salida: olvidarse de todo, borrarlo todo. Sí, el niño edípico, sea niña o varón, rechaza vigorosamente las fantasías y la angustia, deja de tener como pareja sexual a su padre o a su madre y queda entonces disponible para conquistar nuevos y legítimos objetos de deseo. Así, progresivamente, va descubriendo el pudor, desarrolla el sentimiento de culpabilidad, el sentido moral y afirma su identidad sexual de hombre o de mujer. Señalamos que, después de una relativa calma pulsional —bien digo, relativa—, en la pubertad se producirá una segunda conmoción edípica. Del mismo modo en que lo había hecho a los cuatro años, la niña o el niño que entra en la adolescencia tendrá que ajustar el ardor de sus impulsos a su nuevo cuerpo en plena metamorfosis puberal y a las nuevas sollicitaciones sociales. Pero, para un joven, ese ajuste nunca es fácil, lo cual explica por qué encontramos tantas dificultades con el adolescente en crisis. El joven ya no sabe apaciguar sus ímpetus como los había calmado al final de su etapa edípica; por el contrario, atiza su deseo volviéndose rebelde y, en ocasiones, a la inversa, reprime su deseo tan violentamente que se vuelve inhibido y completamente tímido. No obstante, el volcán edípico no se extingue en la adolescencia. Mucho después, ya en la edad adulta, como consecuencia de un conflicto afectivo puede volver a hacer erupción adquiriendo la forma de sufrimientos neuróticos tales como la fobia,



la histeria y la obsesión. Por último, no olvidemos que otra reactivación del Edipo puede darse —esta vez experimentalmente— en el escenario analítico en el seno de la neurosis de transferencia. Lo enunciare según la siguiente fórmula: la transferencia entre paciente y psicoanalista es la repetición en acto del complejo de Edipo.

→ ¿Qué es pues el Edipo? El Edipo es la prueba que experimenta el niño de alrededor de cuatro años, quien, superado por un deseo sexual incontrolable, debe aprender a sofrenar su ímpetu y a ajustarlo a los límites de su cuerpo inmaduro, a los límites de su conciencia naciente, a los límites de su miedo y, finalmente a los límites de un Ley tácita que le ordena dejar de tomar a sus padres por objetos sexuales. Ésta es la esencia de la crisis edípica: aprender a canalizar un deseo que nos desborda. Durante el Edipo, por primera vez en nuestra vida, le decimos a nuestro insolente deseo: “¡Calma! ¡Tranquilízate! ¡Aprende a vivir en sociedad!” También llegamos a la conclusión de que el Edipo es el doloroso paso de iniciación de un deseo salvaje a un deseo socializado y la aceptación igualmente dolorosa de que jamás podremos satisfacer totalmente nuestros deseos.

Límites.

Pero el Edipo es, además de una crisis sexual de crecimiento, la fantasía que esa crisis modela en el inconsciente infantil. En efecto, la experiencia vivida del seísmo edípico se graba en el inconsciente del niño y perdura a lo largo de toda la vida como una fantasía que habrá de definir la identidad sexual del sujeto, que habrá de determinar numerosos rasgos de su personalidad y que fijará su aptitud para manejar los conflictos afectivos futuros. En el caso del niño que,

durante la crisis edípica, hubiera experimentado un placer demasiado precoz, demasiado intenso y demasiado inesperado, es decir en el caso en que la experiencia de un placer excesivo hubiera resultado traumática, la fantasía resultante constituye la causa segura de una futura neurosis.

Con todo, el Edipo representa más que una crisis sexual y la fantasía que modela en el inconsciente: es también un concepto, el más decisivo de los conceptos analíticos. Diría que es el psicoanálisis mismo, pues para los psicoanalistas, el conjunto de sentimientos que vive el niño durante esta experiencia sexual que llamamos complejo de Edipo conforma el modelo que nos sirve para concebir el adulto que somos. Al igual que el niño edípico, experimentamos un aumento de deseo hacia el otro, nos forjamos fantasías, obtenemos placer con nuestro cuerpo y el cuerpo de otro, sentimos temor de vernos superados por nuestros impulsos y aprendemos, finalmente, a refrenar nuestro deseo y nuestro placer para vivir en sociedad. Y ¿qué es el psicoanálisis sino una práctica sostenida por una teoría que concibe al hombre de hoy siguiendo el modelo de la prueba edípica que atraviesan todos los niños cuando deben aprender a refrenar su deseo y a atemperar su placer?

Por último, el Edipo es también un mito, puesto que esta crisis real y concreta que se da en un niño o una niña de cuatro años es una espléndida alegoría del combate entre las fuerzas impetuosas del deseo individual y las fuerzas de la civilización que se le oponen. La mejor manera de resolver este combate es un término medio llamado *pudor e intimidad*.

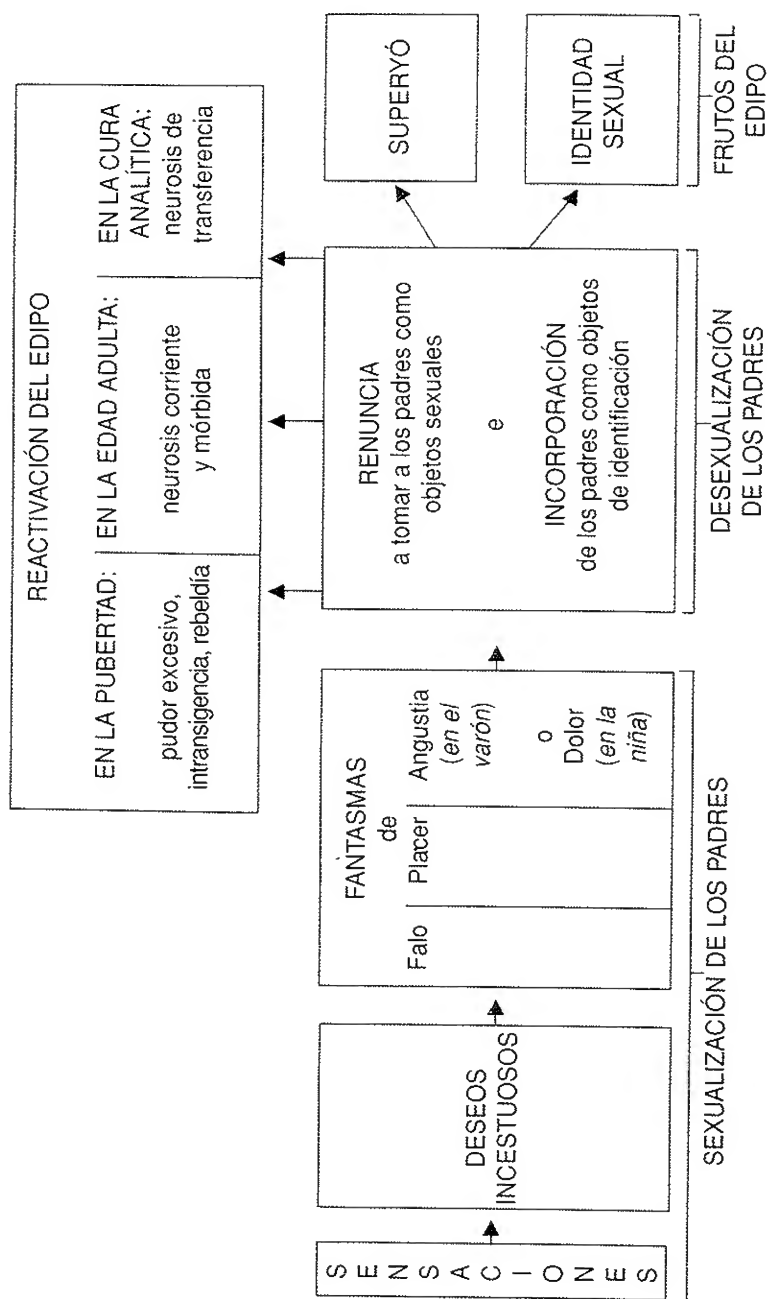


¿CUÁL ES LA CONDICIÓN DEL EDIPO?  
¿ES UNA REALIDAD, UNA FANTASÍA,  
UN CONCEPTO O UN MITO?

¿Cuál es pues la verdadera condición del Edipo? ¿Es una crisis sexual de crecimiento, observable en el comportamiento de los niños? ¿Es una fantasía inscrita en el inconsciente? ¿O es acaso la construcción teórica más importante, piedra angular del edificio analítico? ¿O se trata sencillamente de un mito moderno que nos revela que la prohibición universal del incesto es una respuesta al loco deseo humano del incesto? ¿Es entonces el Edipo una realidad, una fantasía, un concepto o simplemente un mito? Pues bien, yo respondería que es todo eso al mismo tiempo: realidad, fantasía, concepto y mito. No obstante, para el psicoanalista que soy, el Edipo continúa siendo ante todo una fantasía y debería decir, una doble fantasía. Es, por un lado, la fantasía infantil que obra en el inconsciente del paciente, redoblada además por la misma fantasía, esta vez reconstruida por el analista. Además, sólo puedo comprender el sufrimiento que escucho de boca de mis pacientes adultos, suponiéndoles deseos, ficciones y angustias que habrían vivido en la edad edípica. Y me digo que esos deseos, esas ficciones y esas angustias infantiles están aún hoy presentes, ocultas bajo la apariencia de los múltiples tormentos de la neurosis de que se queja el paciente. Cuando, por ejemplo, escucho a Sarah, una anoréxica grave de 26 años, mentalmente veo a la niña que era y la imagino desmembrada entre el deseo de ser un varón de cuerpo chato como el de su hermano, el hijo preferido del padre y el deseo de ser la mujer amada por el padre. Ahora bien, sólo puedo tener la oportu-

nidad de influir en el curso de la anorexia de Sarah dirigiéndome a esa niña que está en su interior. Cuando, durante una sesión, le presento una interpretación, quien la oye es Sarah, mi paciente, pero quien la recibe es la niña. ¿Qué niña? La pequeña Sarah edípica con la que fantaseo en la escucha y a quien supongo actuando en el inconsciente de la Sarah adulta. ¿Pero quién puede probar que esa fantasía, forjada en la escucha con ayuda del material clínico y de la teoría del Edipo es realmente la que actúa en el inconsciente de mi paciente? ¿Quién me garantiza que esa fantasía, en la que la pequeña Sarah se encuentra tironeada entre el deseo de ser un varón y el de ser una mujer, no es una construcción errada? En otras palabras, ¿qué validez tienen esa fantasía y el concepto del Edipo que la sustenta? Pues bien, ese concepto y esa fantasía son válidos esencialmente por dos razones. Primero, porque cada vez que trato a un paciente con el a priori teórico del Edipo y la fantasía que se desprende de él, mis intervenciones resultan pertinentes, es decir, el paciente mismo las valida en retrospectiva. Y después, porque he confirmado, en virtud de la experiencia, que la escucha, enriquecida por el concepto del Edipo, es una escucha extremadamente ágil, maleable, capaz de armonizar al mismo tiempo el sufrimiento actual del paciente, la fantasía del niño que alguna vez fue y el rigor de una teoría analítica que no ceso de ajustar y de hacer propia.

\*  
\* \*



Cuadro 1. Visión general del Edipo

Si tuviera que esquematizar ahora la crisis edípica en dos grandes etapas, diría que el Edipo comienza con la *sexualización* de los padres y se completa con la *desexualización* de los padres, desexualización que desembocará finalmente en la identidad sexual adulta.

Expondré pues en detalle, paso a paso, la lógica de la crisis edípica que experimentan el niño y la niña, a la manera de una leyenda metapsicológica y novelada que he ido creando a la luz de la teoría psicoanalítica y de mi experiencia clínica. Pero, ante todo, debo indicar los principales elementos que intervienen en esta crisis: los *deseos incestuosos*, las *fantasías* y la *identificación*. Hablaré de inmediato de los deseos incestuosos; luego, presentaré las tres principales fantasías del Edipo: fantasías de omnipotencia *fálica* —el niño o la niña se cree omnipotente—; fantasías de *placer* que satisfacen imaginariamente el deseo incestuoso —el niño o la niña está alegre—; fantasías de *angustia* en el caso del varón —el niño está temeroso— y de *dolor* en el caso de la niña —se siente lastimada—. Por último me referiré al último eslabón de la lógica edípica, el sorprendente fenómeno de la *identificación*. Los deseos, las fantasías y la identificación son pues los tres operadores que marcan respectivamente el nacimiento, el apogeo y la declinación del complejo de Edipo (véase cuadro 1).

\*  
\* \* \*



## ¿QUÉ ES EL EDIPO?

*El Edipo es:*

1. Una llamarada de sexualidad vivida por un niño de cuatro años en el corazón de la relación con los padres.
2. Una *fantasía sexual* forjada inocentemente por el niño o la niña para calmar el ardor de su deseo.
3. También es la matriz de nuestra *identidad sexual* de hombre y de mujer, pues es precisamente durante la crisis edípica cuando el niño experimenta por primera vez un deseo masculino o femenino respecto del padre del sexo opuesto.
4. Es, además, una *neurosis infantil*, modelo de todas nuestras neurosis de adultos.
5. Es una *fábula simbólica* que pone en escena a un niño que encarna la fuerza del deseo y a sus padres que encarnan tanto el objeto de ese deseo como la prohibición que lo refrena.
6. Es la piedra angular del psicoanálisis. Es el *concepto soberano* que genera y ordena todos los demás conceptos psicoanalíticos y justifica la práctica del psicoanálisis.
7. Finalmente, es el drama infantil que todo analizando *vuelve a representar en el escenario de la cura* tomando como pareja a su psicoanalista.

## 1. EL EDIPO DEL VARÓN

*Al comienzo era el cuerpo  
de sensaciones erógenas*

*Los tres deseos incestuosos*

*Las tres fantasías de placer*

*Las tres fantasías de angustia de castración*

*Resolución del Edipo del varón:  
la desexualización de los padres*

*Comparado con la mujer,  
el hombre es visceralmente un cobarde*

*Los frutos del Edipo:  
el superyó y la identidad sexual*

*Resumen de la lógica  
del Edipo del varón*

## AL COMIENZO ERA EL CUERPO DE SENSACIONES ERÓGENAS<sup>1</sup>

Alrededor de los tres o cuatro años, todos los niños varones focalizan su placer en el pene, vivido al mismo tiempo como un órgano, un objeto imaginario y un emblema simbólico. A esa edad, el órgano peniano llega a ser la parte del cuerpo más rica en sensaciones y se impone como la zona erógena dominante porque el placer que le proporciona al niño se convierte en la referencia principal de todos los demás placeres corporales. Antes de esa edad, los lugares del placer eran la boca, luego el ano y la actividad muscular. No olvidemos que el placer de andar, de correr y de actuar prevalece en todo niño de entre dos y tres años, mientras que a los cuatro, todo placer corporal, independientemente de cuál sea el lugar excitado, reverbera en su pequeño pene y adopta la forma de un ligero estremecimiento de placer. En otras palabras, si un niño de cuatro años obtiene placer al observar el escote

4-5 años placer corporal  
2-3 años placer de actuar

1. El cuadro 2 de la pág. 49 acompaña la lectura de este capítulo.



de su madre o disfruta de mostrarse desnudo en público o, excitado por el juego, le muerde el muslo a su hermanita, diremos que todos estos placeres que se alcanzan mediante la excitación de los ojos, de los dientes o del cuerpo en su totalidad, son placeres que resuenan en su pene y que ya le hacen vivir una excitación genital.

Pero, a los cuatro años, el pene no es solamente el órgano más rico en sensaciones. También es el objeto más amado y el que reclama toda la atención. Apéndice visible, fácilmente manipulable, erógeno y eréctil, el pene atrae la mano, así como el pezón atrae los labios y la lengua; el pene concita las miradas, moviliza la curiosidad de los niños y las niñas y les inspira historias, ficciones y extravagantes teorías sexuales infantiles. La fuerza imaginaria del pene es tal que el niño lo convierte en su objeto narcisístico más preciado, en lo que más valora y se siente orgulloso de poseer. En consecuencia, semejante culto del pene eleva el pequeño órgano al rango de símbolo del poder absoluto y de emblema de la fuerza viril. Pero, ¡atención! Por estas mismas razones, el niño también lo siente como un órgano frágil, demasiado expuesto a los peligros y, por lo tanto, como símbolo, no sólo de poder sino también de vulnerabilidad y de debilidad. Pues bien, cuando ese apéndice, eminentemente excitable, netamente visible, eréctil, manipulable y en alto grado valorizado se transforma a los ojos de todos —varones y niñas— en el representante del deseo, lo llamamos “Falo”. El Falo no es el pene en su condición de órgano. El Falo es el pene fantaseado, idealizado, símbolo de la omnipotencia y de su reverso, la vulnerabilidad. Cuando abordemos el tema del Edipo femenino, vere-

mos que a esta edad el predominio imaginario y simbólico del pene es tan fuerte que la niña cree que también ella posee un Falo. Precisamente ese pene fantaseado llamado Falo es lo que da nombre a la fase del desarrollo libidinal durante la cual se produce la crisis edípica. En efecto, Freud llama a esta fase, en la que la sexualidad permanece concentrada en el Falo, la *fase fálica*.<sup>2</sup>

Durante ese estadio, los niños, sean varones o niñas, creen que todos los seres del mundo están dotados de un potente Falo, es decir, que todos los seres son tan fuertes como ellos. Cuando un niño, por ejemplo, piensa que todo el mundo tiene un Falo, inconscientemente lo formula del siguiente modo: “Todos tienen un órgano peniano como el mío. Todos tienen las mismas sensaciones que yo y todos deben sentirse tan fuertes como yo”. Destaco que tanto el niño como la niña elaboran esta ficción infantil, esta ilusión de creer que el pene es un atributo universal. Sólo que esta idolatría que siente cada niño por el Falo, en el varón aparece acompañada por la angustia de perderlo y en la niña por el dolor de haberlo perdido. En efecto, a esa edad, el niño ya ha tenido la experiencia de perder objetos vitales; siendo bebé, perdió el pecho materno que hasta entonces consideraba como parte de sí mismo; luego tuvo la experiencia de renunciar al chupete y de separarse de su primer muñeco de felpa; más tarde, al comenzar a sentarse en la bacinilla comprobó que su “caca” se desprendía de él; también vivió la experiencia de perder su jerarquía de rey de la casa

2. Véanse las págs. 87-92.

con el nacimiento de un hermanito o una hermanita y, por último, probablemente ya ha vivido la experiencia de perder a un ser querido. En suma, a la edad edípica, un niño es cabalmente capaz de representarse la pérdida de un objeto querido y de temer que vuelva a suceder. No obstante, para ser más exacto, yo debería agregar que, desde que llegó al mundo o, más exactamente, desde las primeras palpitaciones de su cuerpo embrionario, el ser humano ya es completamente capaz de sentir la falta de un objeto vital y hasta diría directamente, de sentir la falta. Sabemos hasta qué punto un bebé, por pequeño que sea, siente, advierte y llora de dolor la falta de algo esencial. Por eso, diría que la aptitud del niño edípico para representar la ausencia de algo es en el fondo una intuición inherente a la especie humana.

Pero, retomemos el hilo. Lo importante es retener esta observación referente a la ficción de un Falo universal y la referente a la capacidad del niño de imaginarse intuitivamente una falta, pues estas dos proposiciones son las premisas indispensables para comprender cómo se forma la fantasía de *angustia* de castración —en el caso del varón— y de *dolor* por la privación —en el caso de la niña—, es decir, para comprender cómo sale el varón del Edipo y como entra la niña en él. Pronto volveremos a ocuparnos de esta cuestión.

### LOS TRES DESEOS INCESTUOSOS

Por el momento, abordaremos la dinámica de los deseos incestuosos. Excitado sexualmente y orgulloso de su potencia, el niño de cuatro años ve que brota en

él una fuerza nueva, un ímpetu desconocido: el deseo de ir hacia el Otro, de ir hacia sus padres, más exactamente hacia el cuerpo de sus padres para hallar placer en ellos, para encontrar en ellos el conjunto de los diferentes placeres erógenos conocidos en los años previos. ¡Esta es la novedad del Edipo! Hasta alcanzar ese estadio, el niño no había experimentado nunca semejante florecimiento de los sentidos y nunca se había apoderado de él un deseo tan fogoso de asir todo el cuerpo del Otro y encontrar placer en él. ¿Qué es el deseo? Es el impulso que nos induce a buscar placer en el abrazo con nuestra pareja. Cuando uno desea a alguien, lo desea siempre en su carne. Desear es lanzarse fuera de uno mismo en busca de la piel, del cuerpo del otro; es querer alcanzar, a través de ese contacto de la carne con la carne, el goce más exquisito. ¡Eso es el deseo! Por eso todo deseo es un deseo sexual. *Sexual* quiere decir más que *genital*. Sexual quiere decir: “¡Déjame mirar tu cuerpo desnudo! ¡Acariciarlo, sentirlo, besarlo, devorarlo y hasta destruirlo!” ¿Qué cuerpo? Los cuerpos de las personas a las que amo me atraen y están al alcance de mi mano. Y para un niño, ¿quiénes son esas personas sino la madre y el padre? Como un gatito travieso, el niño edípico se afila las uñas del deseo en las espaldas de papá y mamá. En suma, el niño edípico se siente arrastrado por un impulso que lo incita y lo espolea a buscar placer en el intercambio sensual con los cuerpos de las personas que ama, de quienes depende y que a su vez son personas deseantes, seres que provocan y mantienen su deseo. Ahora bien, ese deseo imperioso, ese impulso irresistible cuya fuente son las excitaciones penianas, cuya finalidad es el placer y cuyo objeto es el cuerpo de uno

deseo incestuoso  
de lo absoluto.

de los progenitores o de cualquier otra persona adulta a cargo de la tutela del niño, es una expresión del deseo mítico del incesto. Sí, el Edipo es el intento infantil de hacer realidad un deseo incestuoso irrealizable. Pero, ¿qué es el deseo incestuoso? Es un deseo virtual, jamás saciado, cuyo objeto es uno de los padres y cuya finalidad sería alcanzar, no el placer físico, sino el goce. ¿Qué goce? El goce prodigioso que proporcionaría una relación sexual perfecta en la que los dos compañeros, niño y progenitor, desaparecerían en una fusión total y extática. Por supuesto, ese deseo es un sueño irrealizable, un maravilloso dibujo animado, el mito griego o la más loca e inmemorial de las fábulas. Precisemos de inmediato que los verdaderos pasos al acto incestuoso entre padre/hija o padre/hijo y, más raramente, madre/hijo son violaciones relativamente poco frecuentes y, cuando ocurren, nunca provocan ningún goce, ni prodigioso ni banal. ¡Ni por asomo! La clínica de los casos de incesto revela, por el contrario, la pobreza extrema de la satisfacción que obtiene el adulto perverso y el profundo traumatismo que sufre el niño. No. El deseo incestuoso de que hablo no tiene nada que ver con esta miseria del abuso sexual cometido por un padre contra su hijo. Pero, entonces, podrá preguntarse el lector, ¿por qué el psicoanálisis tiene necesidad de sacralizar el deseo incestuoso y de postular que todos los deseos, por ínfimos que sean, se refieren a un deseo tan virtual? ¿Por qué el deseo incestuoso es el deseo patrón? Pues bien, el único valor que tiene ese deseo insensato de mantener relaciones sexuales con la madre y matar al padre es que representa una alegoría del loco deseo de retornar al estado original de beatitud intrauterino. Para el

psicoanálisis, cada uno de nuestros deseos cotidianos —el placer sensual de mirar un cuadro o el de acariciar el cuerpo de la persona amada, por ejemplo— tendería, desde un punto de vista teórico, insisto, hacia la felicidad perfecta de la que gozarían dos seres convertidos en Uno. El deseo incestuoso es pues únicamente una figura mítica de lo absoluto, el nombre que adquiere el deseo loco de un héroe de penetrar a su madre para reencontrar, en los confines del cuerpo maternal, su punto de origen. Para decirlo con una imagen, el deseo incestuoso es el deseo de fusión con nuestra tierra nutricia.

Una vez que admitimos el carácter mítico del deseo incestuoso, debemos distinguir, en el caso del varón, tres variantes. Señalemos de entrada que los deseos incestuosos no son exclusivamente eróticos sino que pueden definirse más precisamente como un condensado de tendencias eróticas y agresivas. Así es como en el varón de cuatro años y en todo ser humano en posición masculina, sea cual fuere su edad, están presentes tres deseos fundamentales: el *deseo de poseer* sexualmente el cuerpo del Otro, particularmente de la madre; el *deseo de ser poseído* por el cuerpo del Otro, particularmente el padre y el *deseo de suprimir* el cuerpo del Otro, particularmente el del padre. Deseo de *poseer*, deseo de *ser poseído* y deseo de *suprimir*, he aquí los tres movimientos fundadores del deseo masculino.

#### LAS TRES FANTASÍAS DE PLACER

Ahora bien, al no poder alcanzar esos tres propósitos incestuosos e imposibles —obtener el goce absoluto de poseer el cuerpo del Otro, ser poseído por el

1. poseer
2. ser poseído
3. suprimir al otro

2.



Otro, es decir, ser su objeto y hacerlo gozar; y finalmente, obtener el goce absoluto de suprimir al Otro—, el niño se inventa fantasías que lo complacen o lo angustian pero que, de todas maneras, satisfarán imaginariamente sus deseos locos.

→ Pero, ¿qué es una fantasía? Es una escena, la mayoría de las veces no consciente, destinada a satisfacer de manera imaginaria el deseo incestuoso irrealizable o, más exactamente, a satisfacer todo deseo porque “todo deseo” es una expresión del deseo incestuoso.

Una fantasía es una escena imaginaria que le proporciona al niño un alivio, un consuelo que puede adquirir la forma de un placer o, como veremos luego, de una angustia. La fantasía cumple además la función de reemplazar una acción ideal —que habría procurado un goce inhumano— por una acción fantaseada que reduce la tensión del deseo y suscita placer, angustia u otros sentimientos, a veces dolorosos. En efecto, la reducción de la tensión psíquica obtenida por la fantasía no siempre se traduce en un alivio agradable, sino que con frecuencia provoca perturbaciones y tormentos que, por dolorosos que sean, permiten evitar una fractura irreparable del psiquismo. Por asombroso que parezca, la reducción de la tensión psíquica puede también desembocar en un sufrimiento consciente. Una crisis de llanto, por ejemplo, puede cumplir la función de una descarga saludable; también puede ocurrir que un síntoma fóbico invalidante se imponga como un mal menor que preserva de otra dolencia mucho más grave como una psicosis.

Hago notar que la escena fantaseada no necesariamente es consciente y que a menudo se traduce, en la vida cotidiana del niño, en un sentimiento —como

función  
de la fantasía

acabamos de ver—, en una conducta o en una palabra. Un niño pequeño, por ejemplo, nunca copulará con su madre, pero compensará esa imposibilidad mediante una fantasía voyeurista en la que la imagina desnuda. Esa fantasía se mudará en el deseo malicioso de espiar y de sorprender a su madre en situaciones íntimas. Aquí vemos claramente la graduación de que habíamos: el deseo incestuoso de poseer a su madre, el deseo derivado de ver el cuerpo desnudo de la madre, la fantasía de imaginarla y, finalmente, el gesto malicioso de mirar por el hueco de la cerradura, gesto que consuma la fantasía.

Aquí me gustaría detenerme un instante para disipar toda confusión entre los términos “sensaciones, deseos, fantasías y conductas”. Seamos claros y comencemos por el principio. Ante todo, las sensaciones<sup>1</sup> experimentadas despiertan el deseo de ir hacia el cuerpo del adulto. Luego, ese deseo se satisface con fantasías de las que el niño obtiene placer. Repito que el sujeto rara vez visualiza mentalmente estas fantasías de placer. Nosotros, los psicoanalistas, las deducimos a partir de la observación de la conducta infantil y, sobre todo, de la escucha de nuestros pacientes adultos. Escuchamos a un paciente, niño o adulto, y reconstruimos las escenas fantaseadas que gobiernan sus vidas. Ahora bien, yendo un poco más allá en la abstracción, diremos que el sujeto monta esas escenas inconscientemente con el propósito de satisfacer imaginariamente su deseo —en nuestro ejemplo, el deseo voyeurista— y, aún más profundamente, para satisfacer su mítico deseo de incesto. Resumiendo: me entero de que un niño pequeño espía a la madre y deduzco que está animado inconscientemente por una



escena voyeurista en la cual la madre estaría desnuda. Me digo además que esta escena satisface el deseo incestuoso de poseer a la madre y, más concretamente, el deseo de devorarla con los ojos. *En suma, las sensa-<sup>1</sup>ciones despiertan el deseo,<sup>2</sup> el deseo llama a la fantasía<sup>3</sup> y la fantasía se hace realidad a través de un senti-<sup>4</sup>miento, una conducta o una palabra*. Asimismo, cuando uno enfrenta una emoción, decimos que esa emoción expresa una fantasía y que la fantasía satisface un deseo, deseo siempre vivificado por el cuerpo de sensaciones.

Habiendo establecido estas precisiones, veamos seguidamente cómo se satisface imaginariamente cada uno de estos deseos gracias a una fantasía de placer particular. A cada deseo incestuoso corresponde una fantasía de placer específica. ¿Cuál es pues la fantasía específica del deseo incestuoso de *poseer al Otro*? En realidad, esa fantasía adopta varias versiones en las cuales el niño siempre desempeña un papel activo y se siente orgulloso de imponer su presencia al Otro. La fantasía de posesión se manifiesta a través de conductas típicas de esa edad, por ejemplo, exhibirse de manera descarada, jugar al “papá y la mamá”, “al doctor”, hacerse el payaso, decir malas palabras sin saber qué significan y hasta imitar posturas sexuales. A veces, el gesto que domina es el de tocar el cuerpo de uno de los padres, de los hermanos o hermanas y hasta de abrazar febrilmente y a veces morder o maltratar. Pero de todas las versiones de fantasía de posesión, la que expresa más fielmente el deseo incestuoso de poseer al otro es el deseo del niño varón de acaparar a la madre y de tenerla sólo para sí.

Daré un ejemplo. Estoy pensando en el pequeño Martín, un niño de tres años, muy despierto y listo como pocos, a quien su madre, una de mis pacientes, trajo un día a la consulta pues no tenía con quien dejarlo. Mientras el niño jugaba en la sala de espera contigua a mi consultorio, la madre me cuenta en tono de reserva una anécdota referente a su hijo que considero una buena ilustración de una fantasía de placer edípico de poseer a la madre. Aclaremos que la madre de Martín es una joven divorciada muy bonita y agradable que vive sola con su hijo. La mujer me confía: “Doctor, ¡a que no imagina lo que me sucedió con este pícaro Martín! Yo estaba en el cuarto de baño en ropa interior maquillándome —siempre dejo la puerta entreabierta— y de pronto lancé un grito. Martín había entrado silenciosamente, en puntas de pie, para mordirme las nalgas y salir corriendo, orgulloso y feliz por lo que acababa de hacer.” Imaginemos a ese niño pequeño deslizándose suavemente en el cuarto de baño y descubriendo, justo a la altura de sus ojos, el atra-yente trasero de su mamá. Se le enciende la mirada, se acerca y sin previo aviso, muerde con ganas. ¡Eso es el Edipo! ¡El Edipo es morder las nalgas de la madre! El Edipo no es acariciar tiernamente a la mamá; es desearla y morderla. Esto parece evidente al decirlo así, pero no siempre se admite la evidente naturaleza sexual del Edipo y yo quiero remarcar que el Edipo es una cuestión de sexo y no de amor. El Edipo es el deseo sexual de un niño pequeño que no tiene la maduración mental ni corporal para asumirlo.

Después de esta primera fantasía edípica de poseer a la madre, veamos en qué consiste la segunda fantasía de placer, la de *ser poseído por el Otro*. La fantasía

más común del deseo de ser poseído es una escena en la que el niño obtiene placer seduciendo a un adulto para convertirse en su objeto. Ésta es una fantasía de seducción sexual en la que el pequeño seductor se imagina que su madre, un hermano mayor o hasta el padre —aunque pueda parecer sorprendente— lo seduce. En efecto, un niño puede desempeñar el papel pasivo, eminentemente femenino, de ser el objeto de su padre y de hacerlo gozar. Pero es importante que quede claro que si bien el niño imagina ser objeto de la seducción, no es solamente víctima pasiva de un padre perverso, malvado o abusador: es también un seductor activo que espera ser seducido. El niño seduce para ser seducido. Conviene señalar que si esta fantasía edípica de seducción del varón por parte del padre se fija e invade luego la vida del adulto en que se convierte el niño, provoca estragos y se convierte en un agente nocivo, causa frecuente de una forma de histeria masculina muy difícil de tratar. Con frecuencia, la cura analítica de esta historia fracasa y se detiene en una crisis llamada “roca de la castración” o, como la llamaba Adler, “protesta viril”. Y puesto que hablamos de la clínica, quiero señalar que mi decisión de presentar la cuestión del Edipo responde ante todo a mi deseo de clarificar la práctica de los lectores con sus pacientes adultos. Pues, como habrán comprendido, el interés del Edipo no es solamente teórico, es ante todo clínico y la fantasía de seducción es una ilustración patente de ello. Cada vez que recibo en mi consultorio a hombres neuróticos que me piden tratarse, pienso en sus fantasías inconscientes de ser el objeto del padre y de hacerlo gozar.

La última fantasía de placer, la relativa al deseo de suprimir al Otro, en particular al padre, hace

adoptar al sujeto una actitud sexual activa. Y digo “sexual” porque destruir al Otro provoca tanto placer sexual como cualquier otra fantasía edípica. Una de las conductas infantiles que mejor traduce la fantasía de hacer desaparecer al padre rival es aquella, muy frecuente, en la que el niño varón aprovecha la ausencia de su padre, que ha partido de viaje, para jugar a ser el “jefe de familia” y, por ejemplo, querer compartir la cama matrimonial con la madre.

### LAS TRES FANTASÍAS DE ANGUSTIA DE CASTRACIÓN

Las fantasías de *placer*, ya sean aquellas en que el niño adopta una actitud sexual *activa* como la de morder a la madre, ya sean aquellas en que la actitud adoptada es *pasiva* como cuando seduce para ser seducido, ya sean aquellas en que adopta una actitud sexual *activa* de rechazo al padre, son todas fantasías que hacen feliz al niño, pero que al mismo tiempo desencadenan en él una profunda *angustia*: el pequeño malicioso teme ser castigado por donde ha pecado, castigado con la mutilación de su órgano viril, símbolo de su potencia, de su orgullo y de su placer. Esta fantasía en la que recibiría el castigo de la mutilación de su Falo se llama fantasía de “angustia de castración”. Pero, aclaremos esto. La amenaza de ser castigado con la castración y la angustia que suscita son una amenaza y una angustia *fantaseadas*. Ciertamente, un niño puede cometer una falta y temer el castigo, pero la fantasía de ser castigado mediante la castración y la angustia resultante son inconscientes. En otras palabras, el niño no experimenta la angustia de castración pues



pesadillas, manifestación  
inconsciente de angustias  
de castración.

ésta es inconsciente. Éste es un punto importante porque muchos analistas querrían poder verificar si un niño de cuatro años siente efectivamente temor de que le mutilen el pene. Pues bien, lo diré sin dilaciones: salvo alguna excepción, nunca tendremos una confirmación de ese temor. Aunque es cierto que a menudo alguna madre, al ver a su hijo tocándose los genitales, le grite: "¡Deja de toquetearte! ¡Tu pajarito no se va a volar ni nadie te lo va a comer!" Pero es una broma que no suscita en el niño ninguna angustia de castración. No. La angustia de castración no es consciente. Si esto es así, ¿cómo damos cuenta de las angustias que observamos cotidianamente en los niños pequeños y que se manifiestan como miedos y pesadillas? Yo diría que esas angustias infantiles son las formas clínicas que adquiere la angustia inconsciente de castración. En suma, importa poco que el niño sufra o no una amenaza real y se angustie, lo que hay que saber es que, de todas maneras, la angustia inconsciente de castración habita en su interior; mientras desee y obtenga placer, por mínimo que éste sea, el niño estará angustiado. La angustia es el reverso del placer. Angustia y placer son dos sentimientos tan indisolubles que los imagino como dos gemelos engendrados por el deseo. Aclaremos esto. Así como el psicoanálisis postula la premisa del deseo incestuoso, afirma también que todos los hombres están habitados esencialmente por una angustia de castración intrínseca a su deseo masculino. Volveremos a referirnos a este aspecto cuando hablemos de la neurosis masculina, pero desde ahora quiero afirmar que la angustia de castración es la médula espinal del psiquismo del hombre. Más

adelante veremos de qué sustancia emocional está hecho el psiquismo de la mujer.

Decíamos pues que la angustia masculina es el reverso del placer de fantasear. En efecto, no hay placer edípico sin su contraparte, la angustia de desear y de ser castigado por ello. Ese par de sentimientos antagónicos, el placer y el temor de ser castigado, está en la base de toda neurosis. Podemos decir ya que el Edipo es en sí mismo una neurosis infantil; mejor aún, diremos que es la primera neurosis de crecimiento del ser humano. ¿Por qué? Porque la neurosis es ante todo la acción simultánea de dos sentimientos opuestos y porque el niño edípico sufre, como cualquier neurótico, el doloroso tironeo entre saborear el placer de fantasear y tener miedo de ser castigado si persiste en fantasear.

En este mismo libro volveré con frecuencia a esta idea cardinal de que el Edipo es en sí mismo una neurosis.

Si bien ya hemos afirmado la condición inconsciente de la angustia de castración sin tener que justificarla mediante ejemplos de situaciones concretas, sin embargo ciertos incidentes de la vida del niño confirman, si fuera necesario, la existencia de esta angustia. He aquí el acontecimiento insoslayable al que se refieren todos los teóricos del Edipo: un día el niño ve el cuerpo desnudo de una niña o de su propia madre y comprueba, sorprendido, que ellas no tienen pene-Falo. Si recordamos la ilusión infantil según la cual todos poseemos un Falo, es comprensible que el niño se diga entonces inconscientemente: "Puesto que hay alguien en este mundo que ha perdido su Falo, yo también corro el riesgo de que se me prive de él". Con este descubrimiento se confirma definitivamente la angustia de castración.

Neuróticos



Tenemos, pues, tres variantes de la fantasía de angustia que deben entenderse como el reverso de las tres fantasías de placer.

- Si la fantasía de placer es morder a la madre o tener un hijo con ella, es decir *poseer al Otro*, la amenaza de castración pende sobre el objeto máspreciado: el *pene-Falo*, es decir, la parte del cuerpo más catectizada, de mayor investidura. En este caso, el *agente* de la amenaza es el *padre que prohíbe* y le recuerda al niño la Ley de interdicción del incesto: "¡No puedes poseer a tu madre ni hacerle un hijo!". También se dirige a la madre y le dice: "¡Tú no puedes hacer volver a tu hijo a tu seno!"

- Si la fantasía de placer es una fantasía de seducción, es decir, de *ser poseído por el Otro*, más exactamente, ofrecerse al padre, la amenaza de castración pende igualmente sobre el Falo, pero esta vez considerado menos como apéndice separable que como símbolo de la virilidad. En este caso, el *agente* de la amenaza no es el padre portador de la prohibición, sino el *padre seductor*: el padre es un amante al que el niño desea pero de quien teme un exceso, la posibilidad de que abuse de él. En tal caso, la angustia no es el temor a perder su pene-Falo, sino a perder su *virilidad* transformándose en la mujer-objeto del padre. "Temo que mi padre abuse sexualmente de mí y perder con ello mi virilidad." Insisto en afirmar que esta fantasía de seducción, del niño varón seducido por el padre, así como la angustia de ser objeto de abuso, es una fantasía primordial que es necesario identificar en la cura analítica de los hombres neuróticos.

- Por último, si la fantasía de placer es una fantasía de apartar al padre rival, la amenaza de castración pende nuevamente sobre el *pene-Falo* considerado como la parte expuesta del cuerpo. En este caso, el *agente* de la amenaza es el *padre odiado* que intimida al niño porque puede poner freno a sus impulsos parricidas.

Éstas son las tres variantes de la fantasía de angustia de castración. En la primera, el padre es el que prohíbe, alguien a quien se teme; en el segundo, el padre es un abusador que infunde temor; en el tercer caso, el padre es un rival también temido. En todos los casos, el agente de la amenaza es el padre y el objeto amenazado es el pene-Falo o su derivado, la virilidad.

#### RESOLUCIÓN DEL EDIPO DEL VARÓN: LA DESEXUALIZACIÓN DE LOS PADRES

*El niño varón renuncia a la madre porque teme ser castigado en su carne, en tanto que la niña —como veremos luego— se aparta de la madre, que la decepciona, y se vuelve hacia el padre.*

¿Adónde conduce la angustia de castración? Precisamente esa angustia es la que precipita el fin de la crisis edípica. En efecto, dividido entre las fantasías de placer y las fantasías de angustia, repartido entre el regocijo y el temor, el niño se siente finalmente desbordado por el miedo. La angustia, más poderosa que el placer, lo disuade de proseguir en esa busca incestuosa y lo lleva a renunciar al objeto de sus deseos. Angustiado, el niño deja de considerar a los padres

Angustia + poder/en  
que el placer.



como objetos sexuales para salvar supreciado pene-Falo, es decir, para proteger su cuerpo. Con la renuncia a los padres y la sumisión a la Ley de la prohibición del incesto, se alcanza el momento culminante, el apogeo del complejo de Edipo masculino. Finalmente, el niño logra preservar su Falo pero para ello debe pagar el precio de apartarse de su padres sexualizados. Para decirlo de otro modo, ante la amenaza, el varón angustiado debe elegir entre quedarse con su mamá o con su pene. Pues bien, opta por conservar su pene y renunciar a la madre. Al renunciar a la madre, desexualiza globalmente a los dos progenitores y reprime deseos, fantasías y angustia. Aliviado, puede ahora abrirse a otros objetos deseables pero esta vez legítimos y adaptados a sus posibilidades reales. Sólo así, apartado sexualmente de sus padres, el niño podrá, a partir de entonces, desear a otros pares elegidos fuera de la familia.

#### COMPARADO CON LA MUJER, EL HOMBRE ES VISCERALMENTE UN COBARDE

*Cuanto más amado por su madre, tanto más viril llegará a ser el niño. Y cuanto más orgulloso esté de su potencia, tanto más se preocupará por defenderla, susceptible en cuanto a su virilidad y ridículamente atento a la menor dolencia. Comparado con la mujer, el hombre es visceralmente un cobarde.*

Para mayor claridad, esquematizaré aquí la secuencia de la crisis edípica del varón. Identificamos pues <sup>1</sup>tres momentos: Amor por el pene → <sup>2</sup>Angustia de perderlo → <sup>3</sup>Renuncia a la madre. O podemos formularlo del siguiente modo: a causa de la angustia, el narcisismo

mo del niño, es decir, el amor por su cuerpo, el amor por su pene-Falo, ha prevalecido sobre el deseo por los padres. Ante la amenaza, el narcisismo fue más fuerte que el deseo o, en un vocabulario más técnico, las pulsiones de autoconservación vencieron a las pulsiones sexuales. Insisto en señalar que la angustia precipitó esta victoria del narcisismo sobre el deseo: no olvidemos que el niño se aparta de la madre por temor a resultar herido. No obstante, el niño reprimirá la angustia y, con frecuencia, ésta resulta una represión incompleta. En efecto, veremos que la neurosis de la edad adulta es el retorno de la angustia de castración mal reprimida en la infancia. Pero, fuera de ese retorno neurótico, es indiscutible que la angustia de castración continúa siendo omnipresente en la relación normal que mantiene un hombre con sus órganos genitales y, de manera más general, con su virilidad. A pesar de haber sido reprimida por el niño edípico, la angustia, eje del Edipo del varón, marca para siempre la condición masculina. De ello podemos deducir hasta qué punto ocupa la angustia el centro de la vida de un hombre. Impregna tan profundamente el carácter masculino que no dudo en afirmar —y la experiencia clínica lo prueba— que el hombre es un ser particularmente temeroso ante el dolor físico y preocupado por darse permanentemente muestras de su virilidad y de su potencia. El hombre es en su esencia un ser angustiado por la posibilidad de perder el poder que cree poseer o, para decirlo de un modo abreviado y caricaturesco, el hombre es un cobarde. Sí, lo reconozco, los hombres somos visceralmente cobardes. Y esa cobardía procede del temor. Y el temor responde al excesivo narcisismo del cuerpo, a la inquieta y febril



atención que le prestamos a nuestro cuerpo. Aclaremoslo, no me refiero aquí a la atención que se le presta a la apariencia ni a la belleza del cuerpo, sino al interés por el vigor y, sobre todo, por su integridad. Precisamente, recuerdo en este momento una imagen divertida tomada de los partidos de fútbol: el momento en que los jugadores forman la valla para detener un tiro libre. Por reflejo, se colocan las manos cruzadas delante de los genitales para protegerlos así de la pelota. Ésta es una imagen cómica que hace pensar en una hilera de niños pequeños, muy preocupados por sus cuerpos y es también una ilustración llamativa del modo en que el hombre vive su sexo como si éste fuera su más íntimo talón de Aquiles. Pero lo más gracioso de esta instantánea futbolística es que, cuando finalmente el jugador del equipo contrario lanza su tiro libre, los defensores de la valla, sin dejar de preservar sus genitales, hacen espontáneamente un movimiento de caderas como si temieran recibir el pelotazo y, a veces, contra lo que podría esperarse, saltan en el lugar para evitar la pelota, corriendo el riesgo de dejarla pasar entre las piernas y verla zambullirse en la red del arco. Preocupados por cuidarse, desdeñan su misión que consistía en obstaculizar la trayectoria de la pelota. Del mismo modo, cuando su virilidad está en peligro, el hombre se preocupa tanto como los futbolistas por proteger sus genitales. El hombre puede arriesgarlo todo, hasta la vida, pero nunca su orgullo de ser viril. Ahora bien, ¿quiénes son las personas que, a lo largo de la vida de un hombre, pueden hacerle mal, quitarle su poder, amenazar su virilidad o humillar, sino el padre admirado y temido y la mujer, quiero

decir, la mujer que rivaliza con él? ¿Quién que no sea el padre admirado ni la mujer rival puede robarle su potencia? En todo caso, no es la madre. Por el contrario, la madre nutre su fuerza y lo persuade del destino excepcional que lo espera... Es por ello que siempre les recomiendo a las madres que les comuniquen a sus hijos toda la confianza que tienen en ellos y que los reconforten en sus proyectos. Y sobre todo que no concentren su aliento en la belleza ni en la imagen y que lo hagan, en cambio, en el poder de hacer y de crear de su hijo. En efecto, repetirle que es bello y encantador fortalecería más bien su narcisismo "malo", el de la imagen, y debilitaría su yo. No, decididamente quien amenaza al hombre no es la madre; lo son, antes bien, el padre idealizado y la mujer vengativa. En suma, su sexo, su virilidad y su fuerza son para el hombre los valores sagrados que debe defender a cualquier precio.

## LOS FRUTOS DEL EDIPO: EL SUPERYÓ Y LA IDENTIDAD SEXUAL

Una vez resuelto —aunque debería decir insuficientemente resuelto puesto que la desexualización de los padres nunca es completa y la angustia nunca queda definitivamente reprimida—, el complejo de Edipo masculino tendrá dos consecuencias decisivas en la estructuración de la personalidad futura del niño. Por un lado, el nacimiento de una nueva instancia psíquica <sup>1</sup> el superyó— y por el otro, la confirmación de una identidad sexual que ya había nacido alrededor de los dos años de edad y que se afirmará más sólidamente después de la pubertad. El superyó se instituye



gracias a un gesto psíquico sorprendente: el niño varón aparta de sí a los padres entendidos como objetos sexuales y los conserva como objetos de identificación. Puesto que ya no puede tenerlos como objetos de su deseo, se apropia de ellos como objetos de su yo; a la imposibilidad de *tenerlos* como compañeros sexuales sigue el deseo inconsciente de *ser* como ellos, en sus ambiciones, en su debilidad y en sus ideales. Al no haber podido poseerlos sexualmente, asimila la moral de los padres. En virtud de esta incorporación, el niño integra en sí mismo las prohibiciones parentales que se impondrá a partir de entonces. El resultado de este paso de la sexualidad a la moral es lo que llamamos el superyó y los sentimientos que lo expresan: el pudor, el sentido de la intimidad, la vergüenza y la delicadeza moral.

El segundo fruto del Edipo es la asunción progresiva de la identidad sexual. Antes del Edipo, el niño tenía un conocimiento intuitivo y rudimentario de la diferencia de los sexos y no podía aún considerarse varón o niña, ni podía afirmar que su padre es un hombre ni que su madre es una mujer. Al comienzo del Edipo, el niño no siempre logra identificar el sexo del padre, de la madre o de sus hermanos y hermanas. No olvidemos que a los tres años, la línea divisoria no pasa todavía entre hombre y mujer, entre masculino y femenino, sino entre los que tienen el Falo y los que no lo tienen, entre los fuertes y los débiles. Con todo, el contexto familiar, social y lingüístico, así como las sensaciones erógenas que emanan de la región genital y el sentimiento de atracción hacia el progenitor del sexo opuesto, son los factores que instalarán progresi-

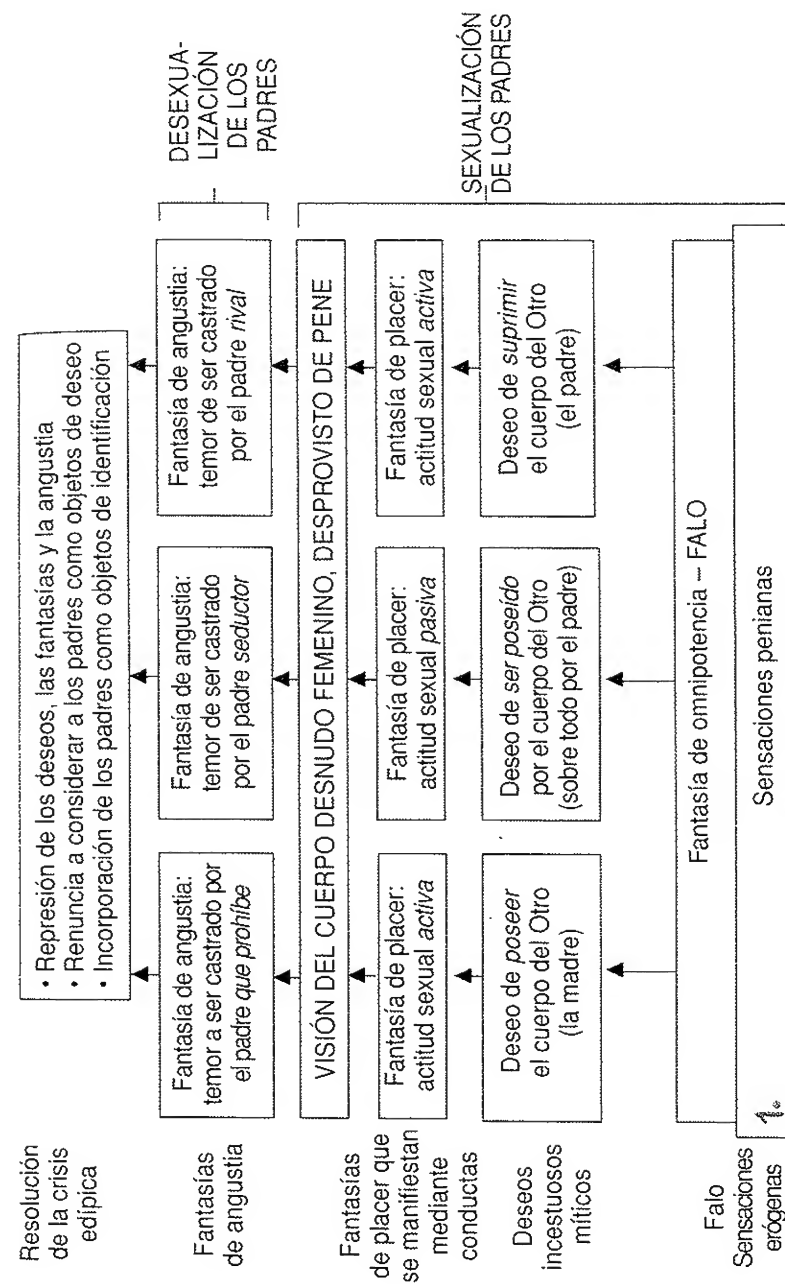
vamente las bases de una identidad sexual que sólo se adquirirá verdaderamente mucho después, a la edad de la pubertad. Sólo entonces el joven adolescente integrará la idea de que el pene es un atributo exclusivo del hombre y, si ya ha descubierto la vagina, que ésta es un atributo exclusivo de la mujer. Poco a poco se forjará una identidad sexual de hombre al tiempo que irá descubriendo que la masculinidad y la feminidad son ante todo conductas que no corresponden necesariamente a la realidad fisiológica y anatómica de un hombre o de una mujer. Aprenderá así que todos los seres humanos, a causa de su constitución bisexual, poseen a la vez rasgos masculinos y rasgos femeninos. Probablemente llegue a la conclusión de que la diferencia sexual continúa siendo un enigma que no cesa de inquietarnos. El lector puede remitirse ahora al Cuadro 8 (págs. 138-139) donde hallará una comparación entre el tipo viril y el tipo femenino. Aclaro inmediatamente que ese cuadro debe leerse como el conjunto de los rasgos dominantes que caracterizan la conducta de un hombre y la de un mujer desde el punto de vista del Edipo y no como un conjunto de rasgos normativos.

#### RESUMEN DE LA LÓGICA DEL EDIPO DEL VARÓN

Antes de abordar el Edipo de la niña, quisiera resumir las diferentes fases por las que atraviesa el varón edípico, cediéndole la palabra. Escuchémoslo:

### Resumen.

"Tengo 4 años. Siento excitaciones penianas → Tengo el Fallo y me creo omnipotente → Deseo a la vez poseer sexualmente a mis padres, ser poseído por ellos y suprimir a mi padre → Siento placer al fantasear con mis deseos incestuosos → Mi padre amenaza castigarme con la castración → Veo el cuerpo desnudo de una niña o el de mi madre y compruebo la ausencia de pene → Siento aún más temor de ser castigado → Angustiado, prefiero dejar de desear a mis padres y salvar mi pene → Me olvido de todo: deseos, fantasías y angustia → Me separo sexualmente de mis padres y hago mía su moral → Comienzo a comprender que mi padre es un hombre y mi madre una mujer y a saber poco a poco que pertenezco al linaje de los varones → Más tarde, en la adolescencia, se reavivarán mis fantasías edípicas, pero mi superyó, muy severo a esa edad, se opondrá a ellas ferozmente. Esta lucha entre las fantasías y el superyó se manifestará mediante actitudes excesivas y conflictivas propias de la adolescencia: pudor exacerbado, inhibiciones, temor y desprecio de la mujer, rechazo de los valores establecidos."



Cuadro 2. Lógica del Edipo del varón



## 2. EL EDIPO DE LA NIÑA

*El tiempo preedípico:  
la niña es como un varón*

*El tiempo de la soledad:  
la niña se siente sola y humillada*

*El tiempo del Edipo:  
la niña desea a su padre*

*Resolución del Edipo:  
la mujer desea a un hombre*

*La más femenina de las mujeres  
siempre lleva en ella a su padre*

*Resumen de la lógica  
del Edipo de la niña*

#### EL TIEMPO PREEDÍPICO: LA NIÑA ES COMO UN VARÓN<sup>1</sup>

Ahora relataré la continuación de nuestra leyenda metapsicológica describiendo los cuatro tiempos del Edipo femenino. El lector se dará cuenta inmediatamente de que aquí entramos en un mundo completamente distinto del Edipo masculino. Mientras que en el varón de cuatro años coexisten tres deseos incestuosos: deseo de poseer, de ser poseído y de suprimir al Otro, en la niña de la misma edad, al comienzo hay un único deseo incestuoso: el de *poseer a la madre*, seguido más tarde por el de *ser poseída por el padre*. Sí, dije "*poseer a la madre*", aunque esto pueda parecer sorprendente cuando se trata de una niña. En este aspecto, conviene hacer una precisión. Si aceptamos la acepción corriente del término "Edipo" que designa la inclinación erótica del niño hacia el padre del sexo opuesto, no podemos decir que la niña que desea poseer a la madre se encuentre en la etapa del Edipo; se

1. El cuadro 3 de la pág. 71 acompaña la lectura de este capítulo.

halla antes bien en un período preedípico considerado necesario para llegar hasta el padre y entrar efectivamente en el Edipo. Para poder sexualizar luego al padre, la niña sexualiza en primer término a la madre. Es por ello que Freud llama a la etapa preparatoria de la sexualización del padre la “fase preedípica”. El varón, en cambio, no tiene necesidad de pasar por esta fase preliminar puesto que de entrada desea al padre del sexo opuesto, de decir, a la madre y ésta continuará siendo el único objeto de su deseo edípico. Acabo de decir que el objeto del varón es siempre la madre, aun cuando, al referirme a la fantasía de seducción del niño, mostré que el padre también puede ser objeto del deseo de su hijo. No obstante, hablando en términos clásicos, deberíamos decir que el varón desea un único objeto sexual: la madre. En tanto que la niña desea a dos: primero a la madre y luego al padre.

Estamos en los albores del siglo XXI y debo recordar los innumerables y apasionantes debates mantenidos entre psicoanalistas en la década de 1930 respecto de la importancia de la fase preedípica en la vida de una mujer. En efecto, esta fase es esencial para comprender la problemática de las pacientes neuróticas que recibimos cada día en la consulta. Cuando escucho a una mujer, siempre pienso en la relación de la paciente con su madre y, paralelamente, cuando escucho a un hombre, generalmente pienso en la relación con el padre. Ciertamente, aquí expongo una teoría del Edipo, pero quisiera hacer notar además la incidencia del Edipo en la clínica y sobre todo hacerle comprender al lector que el problema de las neurosis reside en el penoso retorno durante la edad adulta de un *Edipo*

*invertido*, es decir de aquello que en la infancia era la atracción sexual hacia el padre del *mismo* sexo. La niña se neurotiza, pues, más fácilmente a partir de la relación con el padre. Además deberíamos decir que la neurosis masculina resulta de una fijación del niño varón con el padre y la femenina, de una fijación de la niña con la madre. Si durante la práctica clínica un terapeuta escucha a un hombre neurótico, debe pensar sobre todo en el padre de ese hombre y en presencia de una mujer neurótica concentrarse fundamentalmente en la relación con la madre.

Dejemos por un momento de lado la práctica clínica y consideremos un instante la expresión consagrada: “entrar en el Edipo” ¿Cuándo decimos que una niña entra en el Edipo? Nuestra respuesta es diferente de la que damos en el caso del varón. Éste *entra* directamente en el Edipo porque desea de golpe a la madre y *sale* del Edipo cuando desea a otra mujer que no sea su madre. La niña, en cambio, *entra* en el Edipo —es decir, sexualiza a su padre— después de haber atravesado la fase preedípica durante la cual sexualiza a la madre y luego la rechaza, y *sale* del Edipo cuando desea a otro hombre que no sea su padre. Encontramos una segunda disimetría entre varones y niñas en lo referente a la velocidad con la cual salen unos y otras del Edipo. El varón, como vimos, desexualiza simultáneamente a los dos padres de manera rápida y brutal, mientras que la niña desexualiza primero a la madre y luego, muy lentamente, se aparta sexualmente del padre. *El varón sale del Edipo en un día y la niña en varios años*. También podríamos decir que el niño se hace hombre de un solo golpe, en tanto que la niña llega a ser mujer progresivamente.



Pero, retornemos al período preedípico en el cual la niñita desea a su madre como objeto sexual. En esta etapa, la niña adopta respecto de la madre la misma actitud que el varón edípico. Como él, cree poseer un Falo y, a través de su conducta, muestra que se deja guiar por fantasías de omnipotencia fálica y de placer en las cuales desempeña un papel sexual activo en relación con la madre. Al igual que el varón, se siente feliz, fuerte y orgullosa; es curiosa, a veces *voyeurista*, exhibicionista y agresiva. En suma, durante este período, la pequeña está animada por el deseo incestuoso de poseer a la madre, el júbilo de tenerla completamente para sí, y adopta una posición netamente masculina semejante a la del varón.

#### EL TIEMPO DE LA SOLEDAD: LA NIÑA SE SIENTE SOLA Y HUMILLADA

Ahora bien, en un momento se va a producir un acontecimiento crucial que eclipsará el inocente e insolente orgullo de la pequeña dichosa de sentirse todopoderosa. Del mismo modo en que el varón descubre visualmente y con angustia la ausencia de pene en el cuerpo femenino, la niña comprueba la diferencia del aspecto de su sexo y el del varón. La reacción de la niña es inmediata: se siente decepcionada por no tener el mismo apéndice que el varón: "¡Él tiene algo que yo no tengo!" Hasta ese momento, la niña confiaba en sus sensaciones de placer vaginal y clitoriano que la confortaban en su sentimiento de omnipotencia, pero después de ver el pene, duda de sus sensaciones y se dice que la fuente del poder no está en ella sino que

está en el cuerpo del otro, en el sexo del varón. El impacto que produce la visión del pene es más fuerte que el que le producen sus sensaciones erógenas. La imagen desconcertante del pene prevalece sobre sus sensaciones íntimas; lo que vio ha abolido lo que sentía. La niña se halla así dolorosamente desposeída pues el cetro de la fuerza ya no está encarnado por sus sensaciones erógenas sino por el órgano visible del niño. Ahora es otro quien tiene el Falo que toma desde entonces la forma de un pene. Éste es el momento en que se derrumba brutalmente una inmensa ilusión y se produce un penetrante desgarró interno. Llamo a esta fantasía, en la cual la niña sufre el dolor de haber sido privada del precioso Falo, "fantasía de privación" o más exactamente, "fantasía de dolor de privación". Mientras el varón vivía la *angustia* de poder perder, la niña vive el *dolor* de haber perdido; mientras el varón teme una *castración*, la niña deplora una *privación*.

Recordemos que en el caso del varón, la fantasía que condujo a la resolución del Edipo es una fantasía de angustia. Temiendo perder el Falo venerado que creía poseer, el niño se siente inclinado a preferir su pene antes que a su madre. El caso de la niña es radicalmente diferente: no tiene temor de perder, puesto que acaba de comprobar que no tiene pene y que nunca lo tendrá. A diferencia del varón, no tiene nada que perder. No, no teme una pérdida, no sufre la angustia; lo que experimenta es un dolor, el dolor de haber sido privada de algo importante. Como vemos, en el varón domina la angustia y en la niña el dolor. Pero, ¿qué dolor? Ciertamente el dolor de haber sido privada de un objeto inestimable que creía poseer, pero sobre todo el

dolor del desengaño. Sí, la niña se siente engañada. Alguien todopoderoso le mintió haciéndole creer que poseía el Falo y que lo tendría eternamente. Pero, ¿quién es esa persona todopoderosa sino la propia madre? La madre ayer omnipotente que hoy se revela incapaz de dar un Falo que ella misma no posee ni nunca poseyó. Sí, la madre esta tan despojada como ella y sólo merece desprecio y reproches.

En ese instante exactamente la niña, despechada, se aparta de la madre y, en su soledad, se exaspera por haber sido despojada y engañada. El dolor de haber sido desposeída y de haber sido engañada en realidad son uno solo, el mismo dolor que yo llamo el “dolor de la humillación”, es decir el dolor de sentirse víctima de una injusticia y de ver la propia imagen herida. Aquí la privación y la herida del amor propio se confunden en un solo sentimiento, el de la humillación. La experiencia de la privación se vive como una ofensa irreparable al legítimo “orgullo” de poseer el Falo, como un golpe humillante descargado contra el propio narcisismo. Ya dijimos que en el caso del niño varón, el objeto narcisista por excelencia es supreciado órgano, el pene-Falo y que la decisión de salvarlo lleva al niño a renunciar a sus padres. En el caso de la niña, por el contrario, el objeto narcisista por excelencia no es una parte de su cuerpo sino su amor propio, la imagen querida de sí misma. En su caso, el Falo no es el pene sino *la imagen de sí misma*. Ahora bien, la reacción inmediata a la herida de su amor propio es reclamarle lo que le es debido a la madre y quejarse del daño que ha sufrido. Sólo después, cuando la niña desee a su padre, llegará el momento de la reparación, del apaciguamiento y de la reconciliación con la madre. Por

el momento, la niña está sola porque no tiene ni uno ni otro progenitor hacia quien volverse: ha rechazado a la madre y aún no recurre al padre. Es un período de negra soledad en el que la niña llora su narcisismo magullado.

En una palabra, si el varón sale del Edipo para proteger su narcisismo, diría que la niña entra en el Edipo, va al encuentro del padre para pedirle que cure su narcisismo herido. Digámoslo de otro modo. En el niño, la salvaguarda de su pene-Falo detuvo el impulso incestuoso hacia la madre; en tanto que en la niña, la necesidad de consuelo despierta un nuevo deseo, el de ser poseída por su padre. Se aparta de la madre y, para ser consolada, busca a su padre con la esperanza de ser poseída por él. *En el caso del varón, el narcisismo del cuerpo detiene al Edipo; en el caso de la niña, el narcisismo de la imagen de sí misma abre la puerta al Edipo.*

### *El anhelo envidioso de poseer el Falo*

Pero retrocedamos hasta el momento en que la niña descubre en el niño el pene-Falo que ella no tiene. Sufre, se siente agraviada en su amor propio y reivindica, hasta exige, lo que le corresponde: “¡Quiero ese Falo que me han quitado y lo tendré, aunque deba arrancárselo al varón!”, grita. Esta reivindicación muestra a las claras que el dolor de la humillación se ha convertido en rabia envidiosa de poseer el Falo. Desde entonces la niña está dominada por un sentimiento que el psicoanálisis llama “anhelo o envidia del pene” y que yo prefiero llamar “anhelo del Falo” para que

quede claro que la niña no envidia el órgano peniano del varón, sino que ansía el símbolo de poder que ese órgano encarna a los ojos de los niños. *El pene no le interesa y a veces hasta le desagrada; lo que le interesa y la apasiona es el poder que le atribuye y que le produce envidia, le hace anhelarlo.* Pero, ¡atención!, anhelo no es sinónimo de deseo. El anhelo no es el deseo. Una cosa es anhelar el Falo y otra desear el pene de un hombre. La niña anhela, ambiciona, el Falo, pero la mujer desea el pene; ese anhelo es un sentimiento pueril, en tanto que el deseo del pene es un impulso propio de la madurez. Además para que la niña pequeña llegue a desear el pene de un hombre aún necesita transformarse en mujer, madurar; es necesario que su Edipo madure, es decir que primero sexualice a su padre, se separe de él y se convierta más tarde en la compañera que goza del cuerpo y del sexo del hombre amado. No, el anhelo del Falo es la pretensión infantil y envidiosa de una niña herida, rencorosa y nostálgica que quiere recuperar el símbolo del poder que cree le han sustraído. Obsérvese que en esta justa imaginaria, la niña se bate de igual a igual con el varón y adopta una posición de rivalidad viril.

#### EL TIEMPO DEL EDIPO: LA NIÑA DESEA A SU PADRE

Aquí entra en escena un personaje nuevo, el del padre maravilloso, gran portador del Falo. Entonces, la pequeña herida y aún anhelante se vuelve hacia él para refugiarse y consolarse, pero también para reclamarle su poder y su potencia. Quiere ser tan

fuerte como su padre y empuñar el Falo que la haría nuevamente ama de los seres y de las cosas. Ante semejante pretensión, el padre todopoderoso de su fantasía opone una negativa sin apelaciones y le dice: “No, nunca te daré la antorcha de mi fuerza ¡pues le corresponde a tu madre!” Por supuesto, el padre que habla de este modo es un personaje caricaturesco, es el padre fantaseado por un niño caprichoso e intransigente. No, un padre adulto no hablaría nunca así. Si tuviera que responder a una demanda tan pueril, lo más probable es que contestara:

*“No, hija mía, no puedo darte el poder absoluto que me atribuyes por la sencilla razón de que tal cosa no existe. El Falo que me pides es un sueño infantil, aun cuando ese sueño sea una antigua quimera que ha hecho que los hombres se quieran, es verdad, pero con frecuencia ha hecho que se destruyan. No, nadie posee el Falo ni nadie lo poseerá jamás. El único poder que tengo, hija mía, mi poder máspreciado es el poder supremo de desear vivir, de luchar a cada instante para hacer lo que debo hacer, de amar lo que debo hacer y de tratar de transmitirte ese deseo. A ti te corresponderá luego transformarlo en deseo femenino de amar, de engendrar y de crear.”*

La niña recibe esta negativa irrevocable del padre como una acerba bofetada que pone fin a toda esperanza de conquistar algún día el mítico Falo. Si bien acaba de comprender que nunca lo tendrá, la niña no se resigna. Por el contrario, se lanza, con todo el furor de su deseo juvenil, en los brazos del padre, ya no para quitarle su poder, sino para ser ella misma la fuente del poder. Sí, la niña quería *tener* el Falo, pero ahora quiere ir más lejos, quiere *serlo*, ser el objeto del padre. ¿Qué significa esto? Significa que la pequeña quiere ser ella misma, en su totalidad, elpreciado



Falo. En otros términos, quiere llegar a ser la preferida del padre. Como consecuencia del "No", de la primera negativa paterna, el *anhelo* envidioso de poseer el Falo del padre deja lugar, de ahora en adelante, al *deseo* incestuoso de ser poseída por él, de ser el Falo del padre. Cuando la niña anhelaba, adoptaba una posición masculina, ahora que desea, adopta una posición femenina. Al sentimiento masculino del anhelo, sucede el deseo femenino de ser poseída por el padre.

Así es como, al sexualizar a su padre, actor principal de sus fantasías, la niña entra efectivamente en el Edipo. Justamente, la fantasía de placer que mejor ilustra el deseo edípico de ser poseída por el padre es el de ser su mujer, esperanza expresada a menudo mediante la conocida frase: "Cuando sea grande, me casaré con papá". Esta entrada en el Edipo es también el momento en el que la madre, después de haber sido apartada, vuelve a escena y fascina a la niña con su gracia y feminidad. En efecto, la madre, tan duramente juzgada antes, vuelve a ser admirada en su condición de mujer amada y modelo de feminidad. Es natural entonces que la niña se acerque a su madre y se identifique con ella, más exactamente con el deseo de la madre de gustarle a su compañero y ser amada por él. El comportamiento edípico de la niña se inspira plenamente en el ideal femenino que encarna la madre; la pequeña es toda oídos y toda mirada para observar a su madre y aprender de ella el arte de seducir al hombre. Es la edad en que las niñas adoran mirar a su mamá cuando ésta se maquilla y se pone bonita, aun cuando la admiración por la madre sólo pueda asimilarse a una viva rivalidad: toda madre es para su hija tanto un modelo ideal como una temible rival.

Así se consuma el primer movimiento de identificación de la niña con el deseo de su madre, el de ser la mujer del hombre amado y de darle un hijo.

#### RESOLUCIÓN DEL EDIPO: LA MUJER DESEA A UN HOMBRE

Del mismo modo en que el padre le ha negado el Falo a su hija, ahora se niega, tan firmemente como antes, a tomarla como objeto sexual, a considerarla como su Falo, es decir a poseerla incestuosamente. Así como la primera negativa ("¡No te daré mi fuerza!") le permitió a la niña acercarse a la madre e identificarse con ella, la segunda ("¡Yo no te quiero como esposa!") lleva a que la niña se identifique con la persona del padre. En efecto, se produce un fenómeno curioso, pero perfectamente sano, en el desarrollo del Edipo femenino: puesto que la niña no puede ser el objeto sexual del padre, quiere entonces ser como él. "¡Si no me quieres como mujer, seré como tú!" ¿Qué quiere decir esto? Que la niña acepta reprimir el deseo de ser poseída por el padre, sin que ello implique renunciar a su persona. Mientras el niño edípico se resigna a perder a su madre por cobardía, la niña, que ya no tiene nada que perder, se lanza intrépidamente a apoderarse de su padre. Quería tener el Falo y se lo negaron; quiso serlo y la rechazaron; es todo lo que va a tolerar; ahora quiere todo, quiere al padre todo para sí y lo tendrá. ¿Cómo? Devorándolo. Y con esto quiero decir incorporándolo y haciéndolo revivir en ella. Por ello diré que la desexualización del padre es en el fondo un duelo: la pequeña llora a su padre sexualizado y lo hace re-

vivir desexualizado en su interior. Así como quien está de luto, al salir de su duelo, termina por identificarse con el difunto, la niña, después de renunciar al padre fantaseado, termina por identificarse con la persona del padre real. Mata al padre fantaseado, pero lo resuscita como modelo de identificación. Dicho de otra manera, la niña ya no considera deseable a su padre en sus fantasías edípicas e incorpora la persona paterna a su yo. Así es como termina por impregnarse de las actitudes, los gestos y hasta los deseos y valores morales que caracterizan a su padre real. Es el "fiel retrato de su padre". Identificada con los rasgos masculinos del padre, después de haberse identificado con los rasgos femeninos de la madre, la niña abandona finalmente la escena edípica y se abre a partir de entonces a los futuros compañeros de su vida de mujer. Obsérvese que los desencadenantes de las dos identificaciones constitutivas de la mujer (la identificación con la feminidad de la madre y la identificación con la virilidad del padre) fueron las dos negativas del padre: la de negarse a darle el Falo y la de negarse a tomarla como Falo.

Pero, cambiemos de tono. El encuentro frente a frente al que acabamos de asistir, que opone a la niña edípica y a su padre, me inspiró este breve y vivo intercambio entre nuestros dos héroes legendarios. Me apresuro a advertirle al lector que el padre de la escena siguiente es un hombre sano y enamorado de su mujer.

La niña: *Papá, dame tu fuerza.*

El padre: *¡No! No lo haré. No te daré mi fuerza. ¡Se la doy a tu madre!*

La niña: *Pues entonces quiero ser yo tu fuerza. Por favor, déjame ser tu musa, la fuente ardiente de tu fuerza. ¡Padre,*

*te lo suplico! ¡Mírame! Soy tu objeto más preciado. ¡Poséeme!*

El padre: *¡No! Es imposible. Tú no eres mi mujer. Ya te negué mi fuerza y mucho menos acepto que seas la fuente de mi fuerza.*

La niña: *Puesto que eso es lo que decides, puesto que me privas de tu fuerza y no me dejas ser tu musa, me apoderaré de ti y seré como tú. ¿Qué digo? ¡Mejor que tú! Sí, te devoraré completamente y me pareceré tanto a ti que andaré con tu mismo paso, mi nariz tendrá la forma de la tuya, mi mirada la intensidad de la tuya, me apoderaré del brillo de tu espíritu y el ardor de tu ambición. Entonces seré tan fuerte como tú y, lo verás, ¡mucho más fuerte que tú!*

Aquí estamos ante la avidez juvenil, la voluntad combativa de una niña pequeña que no cesará hasta realizar su deseo de ser amada y, llegado el momento, concebir un hijo. Amar y transmitir la vida, en definitiva, es la misión más digna que la naturaleza asigna a la mujer. Como si la naturaleza —si existe verdaderamente una entidad que se llama la naturaleza— la alentara intimándola: "¡Defiende el deseo con uñas y dientes, protege el amor y asegura la transmisión de la vida!"

Antes de proseguir, quisiera señalar hasta qué punto es inmensa, rica y fecunda en interrogantes la bibliografía analítica sobre el Edipo. No obstante, todos los autores convergen hacia la misma conclusión al declarar que la feminidad continúa siendo un enigma irresuelto. Pero, el hecho de reconocer la propia ignorancia no nos hace progresar mucho. Por mi parte, intenté profundizar la leyenda de la niña edípica, modelar su historia y proponer una versión clara y detallada de esa historia, una versión inspirada por la teoría psicoanalítica y por la escucha de mis pacientes. He querido dramatizar mi intuición de que la niña, a

diferencia del varón, estaba animada por una sed inextinguible de amor y que el *crescendo* de su Edipo (“¡Dame! ¡Tómame! ¡Te devoro!”) era en realidad el ascenso irresistible de un deseo extendido por todas las fibras de su feminidad.

LA MÁS FEMENINA DE LAS MUJERES  
SIEMPRE LLEVA EN ELLA A SU PADRE

*“Mi padre ha dejado en mí su huella: ha impregnado mi deseo, ha modelado la forma de mi nariz, ha marcado el ritmo de mis pasos; aun así, me siento la más femenina de las mujeres.”*

Palabras de una paciente

Quiero detenerme un poco más en la identificación de la niña con la persona de su padre. Desde el punto de vista de la clínica, resulta difícil imaginar la importancia que tiene el padre fantaseado en la vida de una mujer. Cuando el terapeuta escucha a una mujer que sufre, debe preguntarse dos cosas. En primer lugar, como dije antes, debe interrogarse acerca del vínculo, con frecuencia conflictivo, que tendió con el progenitor del mismo sexo, es decir, con la madre; y en segundo lugar, debe preguntarse quién es el padre que está en ella. Sí, una mujer tiene a su padre dentro de sí. Cada vez que escucho a una paciente, vuelve a mí esta idea de que está habitada por su padre. Seguramente esta identificación no es válida para todas las mujeres, pero cuando se confirma, si el analista es un buen observador, podrá descubrir fácilmente al padre en las expresiones distraídas del rostro de la paciente, en las arrugas de la frente, en la rudeza de sus manos, en

la forma de la nariz y, sobre todo, en la manera espontánea de adoptar una posición o de andar. En efecto, es muy frecuente que una mujer adopte inconscientemente el mismo porte y el mismo andar que el padre. Indiscutiblemente, el padre fantaseado ocupa un lugar central en la vida de una mujer.

Pienso en una situación familiar de las más clásicas. Una vez que se ha identificado con su padre, la niña ya no soporta al padre verdadero, a su padre de carne y hueso. Se enfada con él y le reprocha sus defectos y debilidades o, sencillamente, que sea tal como es. Además, el padre, quiero decir, el verdadero padre, el padre que somos, tiene ante sí, en la persona de su hija, la encarnación de su propio superyó. La hija se ha convertido, sin saberlo, en su rival más temible y él es ahora para ella su espejo más intolerable.

Hagamos una última observación sobre la patología de la identificación con el padre. Cuando esta introyección no se compensa mediante la identificación con la madre, se instala una de las neurosis femeninas más tenaces que califico de *histeria de amor* y que consiste en el rechazo del vínculo amoroso. La mujer enteramente habitada por su padre fantaseado no puede comprometerse en una relación amorosa duradera; todos sus receptores de amor están saturados por la omnipresencia paterna. No forma pareja sino que queda intensamente impregnada de su padre amado; permanece sola e insatisfecha pero colmada por su pasión secreta. No es resentida ni odiosa respecto de los hombres, sencillamente se retira de la vida amorosa y sexual. En suma, prefiere conservar a su padre interior antes que comprometerse en una relación



afectiva, siempre frágil, en la cual se siente expuesta al riesgo de ser abandonada.

Pero, salvo por esta eventual desviación neurótica debida a una identificación generalizada con el padre, la niña combinará de diversas maneras los rasgos femeninos y masculinos que ha tomado tanto de la madre como del padre. Ésta es precisamente, la salida más frecuente del Edipo femenino. El fin del Edipo es, en efecto, un largo camino a lo largo del cual la pequeña, al transformarse en mujer, adoptará rasgos masculinos y femeninos y cambiará progresivamente su deseo de ser poseída por el padre en deseo de ser poseída por el hombre amado. Se opera así una lenta desexualización de la relación edípica con el padre y, correlativamente, la asunción de la identidad femenina.

¿Cómo se resuelve entonces el Edipo de la niña? Propondré lo que podría ser su desenlace ideal. La fantasía dolorosa de haber sido privada de un Falo todopoderoso se ha desvanecido por completo. Ahora, la pequeña en su proceso de hacerse mujer ha olvidado por entero la alternativa pueril de tener o no tener el Falo. Ya no mide su ser ni su sexo con la vara de un supuesto Falo masculino. Ha hecho el duelo del Falo ilusorio y comprueba que su sexo es algo diferente de la falta de un Falo perdido. Así es como supera la idea infantil que hace de la mujer un ser castrado e inferior y deja de culpar a la madre y de rivalizar con el hombre. La niña descubre la vagina, el deseo de ser penetrada y de gozar del pene en la unión sexual; asimismo descubre el útero y su deseo de llevar dentro de sí el hijo del hombre amado.

Una palabra más, antes de concluir, a fin de disipar un malentendido frecuente. Algunos han creído que

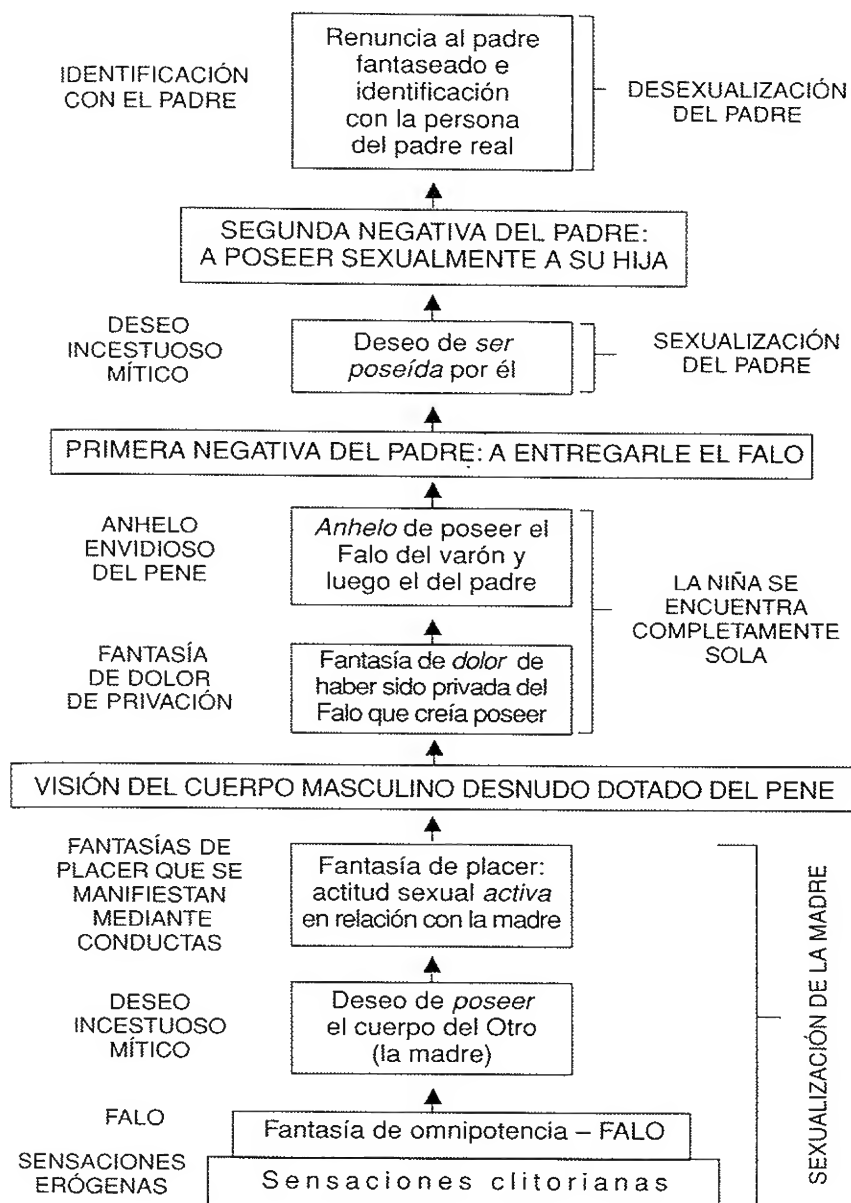
el psicoanálisis, fundador del concepto de Falo, concebía a la mujer como un ser castrado e inferior. ¡Es absurdo! Lo único que hizo el psicoanálisis —y que constituyó una verdadera revolución— fue descubrir que los seres humanos están habitados por fantasías tan mórbidas como el más nefasto de los virus y que la más virulenta de esas fantasías es representarse a la mujer como un ser castrado e inferior. Esa fantasía es ante todo una quimera infantil. Sé, por supuesto, que esta representación infantil está también instalada en la cabeza de numerosos adultos neuróticos. Precisamente los neuróticos son quienes creen que la mujer es un ser castrado. Y, evidentemente, ésa es una idea falsa. El sexo de una mujer no es en modo alguno la falta de nada. La mujer tiene su propio sexo y está orgullosa de él; ya se trate de su vagina, ya de sus senos, de su piel o de todo su cuerpo erógeno, la mujer es feliz de ser tal cual es. Pero, ¿por qué digo que el neurótico, hombre o mujer, considera a la mujer un ser inferior? Porque se trata de sí mismo; esa persona neurótica es la mujer débil. Fijado a su fantasía infantil, el neurótico vive bajo la amenaza de ser castrado. Además, vive todas sus relaciones afectivas con una actitud defensiva: está constantemente en guardia para evitar todo abuso y toda humillación que pueda provenir de quienes lo rodean, de quienes depende y... de aquellos de quienes a ningún precio querría depender. Es como si, en sus fantasías, el neurótico se dijera: “¡No me atraparán! No soy ningún afeminado!”, o que la mujer neurótica se dijera: “¡No soy la sirvienta de nadie!”. Sin duda, el psicoanálisis postula que el Falo existe y que la mujer está castrada pero, como el lector habrá comprendido, el Falo es una ilusión y

la mujer no ha sido castrada más que en la imaginación inconsciente de los niños y de los neuróticos.

### RESUMEN DE LA LÓGICA DEL EDIPO DE LA NIÑA

Como hicimos con el niño que nos contaba su travesía edípica, escuchemos ahora el testimonio de la niña:

Tiempo preedípico	"Tengo 4 años. Siento excitaciones clitorianas → Tengo el Falo, estoy orgullosa por ello y me creo omnipotente → Igual que el varón, <i>deseo poseer a mi madre</i> ."	La niña es un varón
Tiempo de la soledad	→ Ante un niño desnudo, <i>descubro que no tengo el Falo</i> → Sufro por estar desprovista de él → Me doy cuenta de que mi madre también está desprovista de él → La culpa por haberme hecho creer que las dos lo teníamos → Ella me engañó → Despechada, me alejo de mi madre → Ahora me siento sola y humillada. Estoy herida en mi amor propio. → Envidia al varón.	La niña se siente sola y humillada
Tiempo del Edipo	Ahora me vuelvo hacia mi padre, gran portador del Falo → Todavía envidiosa y anhelante, le exijo que me lo dé → <i>El me lo niega</i> → Comprendo que nunca lo tendré → Le pido a mi padre que me consuele → Mi anhelo se ha transformado en deseo. Ya no quiero tener el Falo de mi padre; quiero serlo; quiero ser la preferida de mi padre → Entonces me identifico con mi madre en cuanto mujer deseada y modelo de feminidad → <i>Deseo ser poseída por mi padre</i> →	La niña desea a su padre
Resolución del Edipo	→ <i>Mi padre se niega</i> → Desexualizo a mi padre, pero <i>incorporo su persona</i> → Poco a poco me hago mujer y me abro al hombre amado → Dejo de medir mi sexo con la vara de un mítico Falo y descubro la vagina, el útero y el deseo de llevar en mi vientre el hijo de mi compañero."	La mujer desea a un hombre



Cuadro 3. Lógica del Edipo de la niña

### 3. PREGUNTAS Y RESPUESTAS SOBRE EL EDIPO



¿A QUÉ PROBLEMA DA SOLUCIÓN EL CONCEPTO  
DEL EDIPO?

—*Usted dice con frecuencia que un concepto psicoanalítico es la respuesta a una pregunta. ¿Cuál sería la pregunta a que responde el Edipo?*<sup>1</sup>

—Es verdad. Un concepto psicoanalítico sólo tiene valor si resulta indispensable para la coherencia de la teoría y la eficacia de nuestra práctica. Principio tanto más verdadero cuando se trata de una noción tan esencial como la que acabo de exponer. ¿A qué problema da solución el Edipo? En mi opinión, el Edipo responde a dos preguntas: ¿Cómo se forma la identidad sexual de un hombre y de una mujer? Y ¿cómo llega alguien a volverse neurótico? Por lo tanto, el problema al que el Edipo da solución es el del origen de nuestra sexualidad de adultos y además, al problema del ori-

1. Las preguntas a que respondo fueron redactadas sobre la base de intervenciones de oyentes que asistieron a mis distintas exposiciones orales sobre el tema del Edipo.

gen de nuestros numerosos sufrimientos neuróticos. Estas dos cuestiones, la de la sexualidad y la de la neurosis, están tan íntimamente imbricadas que podemos decir que la neurosis resulta de una sexualidad infantil perturbada, detenida en su maduración, hipertrofiada o, por el contrario, inhibida. En el fondo, el Edipo sirve para comprender en qué medida un placer erótico que se apodera de un niño o una niña de cuatro años puede transformarse en un dolor neurótico que atormenta al hombre o a la mujer de cuarenta años que llega a ser.

Querría formular ahora la misma idea, pero recordando lo que llevó a Freud a descubrir el complejo de Edipo. ¿De dónde sacó Freud la idea del Edipo? ¿De la observación de los niños? ¡De ningún modo! Es verdad que prestaba mucha atención a sus comportamientos, pero Freud no concibió la noción de Edipo estudiando la relación padres-hijos, si bien la realidad familiar, de ayer o de hoy, confirma cotidianamente el descubrimiento freudiano. No, no fueron los niños quienes introdujeron el Edipo. Debemos suponer entonces que la invención freudiana procede del autoanálisis. Efectivamente, Freud elaboró el Edipo soñando, analizando sus sueños, evocando su infancia y poniendo por escrito sus reflexiones en las cartas dirigidas a su amigo Wilhelm Fliess. Elaboró un Edipo dominado esencialmente por el deseo parricida y la consecuente culpabilidad, más aún dado que la idea del Edipo fue expuesta por primera vez en 1897, el mismo año en que murió Jacob Freud, su padre. Sin embargo, lo esencial de este concepto nodal del psicoanálisis no fue un descubrimiento que hizo Freud partiendo de su introspección. Mi hipótesis es comple-

tamente diferente y la someteré a la opinión de mi público. Sostengo que el Edipo es un concepto forjado por Freud en la escucha de sus pacientes adultos. Permítaseme ahora proponer una ficción.

Estamos en Viena en 1896, en el consultorio del número 19 de la calle Berggasse, en el momento en que Freud recibe a una paciente histérica que le habla de su infancia. Al tiempo que la escucha con atención, el médico busca confirmar la tesis que ha elaborado recientemente sobre la etiología de la histeria. En efecto, en esa época, pensaba que la histeria estaba provocada por la incapacidad del paciente de recordar un trauma sexual ocurrido en los primeros años de su vida. Siendo niña, sospechaba Freud, la paciente habría sufrido el abuso sexual de un adulto. Y el obstinado olvido de esta escena de seducción la habría vuelto neurótica. Mientras la escena de seducción permaneciera reprimida en el inconsciente, se traduciría en síntomas que harían sufrir a la paciente; pero bastaría con llevar ese recuerdo al plano consciente para hacerle perder su virulencia. Precisamente, para curar la histeria, se decía Freud, es necesario que las escenas de contenido sexual sepultadas en el inconsciente se hagan conscientes, única condición para que se debiliten y dejen de ser un foco patógeno. Así es como Freud escucha a la joven histérica tratando de saber si durante su infancia fue seducida por un adulto y, en caso de que así fuera, tratando de hacerle revelar los detalles del incidente y, sobre todo, de hacerle revivir su experiencia traumática. Muchos de los lectores sabrán que, años más tarde, Freud habría de realizar un cambio capital en su teoría. Debió reconocer que sus famosas escenas de seducción no tenían necesariamente que

haber ocurrido y que, en general, eran fantasías imaginadas por sus pacientes. Además, los síntomas neuróticos no serían consecuencia de un abuso sexual sufrido realmente, sino de un abuso sexual fantaseado y olvidado. En el fondo, que sea un acontecimiento real o fantaseado no es lo esencial, se decía Freud; la verdadera causa de la histeria continúa siendo la escena de una seducción sexual infantil cometida por un adulto perverso, siempre que esa escena haya sido reprimida. Recordemos que la histeria es ante todo una enfermedad del olvido, que la mujer histérica lo es porque no quiere recordar lo que fue doloroso.

Pero, dirá el lector, ¿cuál es la relación de todo esto con el Edipo? Pues bien, creo que Freud descubrió el Edipo al reflexionar sobre la trama y los actores que intervienen en la escena de la seducción. En el caso de la neurosis, la niña fue seducida por un hombre perverso; en el caso del Edipo, la niña fue seducida por su propio padre. En el pensamiento de Freud la escena de seducción fantaseada que está en el origen de la histeria había llegado a ser una escena fantaseada en la cual la niña era seducida por el padre sin ser por ello víctima de un abuso sexual, sin que ello implicara que había quedado aturdida por un placer de efectos nocivos; bastaba que uno de los padres hubiera sido un poco más tierno que de costumbre para que el niño o la niña sintiera este exceso de ternura como un aguijón erótico y un placer sexual demasiado intenso. Pero haber pensado en el padre no era aún el descubrimiento completo del Edipo. Faltaba el elemento principal. Y acá quiero ser claro. Al escuchar a su paciente relatar un incidente sexual de la infancia, Freud imagina la escena, se identifica con el personaje

de la niña seducida y entonces se da cuenta de que la pequeña no es meramente pasiva, también está habitada por el deseo *activo* de ser seducida por el padre. Sí, la clave del Edipo reside en el *deseo* incestuoso del *niño* o la *niña* de ser poseído por el padre. Freud descubrió el Edipo al pasar de una escena de seducción en la que una niñita aterrorizada es víctima pasiva de un agresor adulto, a la escena edípica en la que una niña inocente y sensual es la instigadora inconsciente que incita al padre o al hermano mayor a desearla sexualmente. La pequeña de la escena de seducción es una víctima, en tanto que la niña de la escena edípica es un ser tironeado entre su deseo de ser seducida y el temor a que eso ocurra, entre la sed de placer y el miedo a experimentarlo.

Ahora que conocemos el contexto del descubrimiento del Edipo, podemos retornar a la pregunta inicial: ¿A qué problema da solución el Edipo? El Edipo es una *fantasía de seducción* que está en la base de la identidad sexual de todo hombre y toda mujer. Una fantasía de *placer* y de *angustia*. Habitualmente, el niño metaboliza esta fantasía, pero puede ocurrir que el placer, la angustia o el dolor resulten traumáticos y difíciles de reprimir, es decir, que las emociones vividas por el niño edípico en la situación de seducción sean tan violentas que permanezcan activas y fomenten una neurosis en la edad adulta. La fantasía edípica que no fue suprimida, permanece insidiosamente, aflora a la conciencia y se exterioriza repetitiva y convulsivamente a lo largo de la vida del neurótico.



—¿A qué edad un niño siente por primera vez un placer sexual?

—En primer lugar, un hecho comprobado: el placer sexual que vive un niño es de una naturaleza diferente del que experimentamos los adultos. Sabemos que en la vida intrauterina, un feto ya puede tener erecciones que nos permiten suponer que tiene una vivencia, si no de excitación sexual, al menos de estremecimiento genital. Lo cual nos indica hasta qué punto es cierto que no hay edad para experimentar placer sexual, siempre que el cuerpo del niño esté en contacto con un adulto que a su vez esté entusiasmado, deseoso y obtenga placer de ocuparse del pequeño, aunque sea de la manera más tierna y casta posible. A propósito de esta cuestión precisa, tengo aquí algunas líneas sorprendentes de Freud que quiero citar. Freud no vacila en “identificar los sentimientos tiernos con el amor sexual” y afirma que “las relaciones del niño con su madre constituyen para él una fuente continua de excitación y de satisfacción sexual, tanto más por cuanto la madre le testimonia sentimientos que derivan de *su propia vida sexual*, lo besa, lo mece y lo considera el sustituto de un objeto sexual completo. Probablemente una madre se sienta por entero sorprendida si se le dice que, mediante sus *ternuras*, despierta la pulsión sexual de su hijo. La madre cree que sus gestos demuestran un *amor asexual y puro* en el cual la sexualidad no tiene lugar, puesto que evita excitar los órganos sexuales de su bebé más allá de lo que exigen los cuidados corporales. Pero, como sabemos, no sólo la excitación de la zona genital, despierta la pulsión sexual; también la ternura puede ser muy excitante.”

Al presentar el Edipo he dicho que la sexualidad estaba en el corazón mismo del amor y del odio familiares, pero en el pasaje que acabo de citar, Freud va mucho más allá, porque no dice que lo sexual anida en la ternura, sino que la ternura es en sí misma una excitación sexual.

—Si es verdad que un bebé puede experimentar placer sexual en los brazos de la madre, ¿podemos deducir que el Edipo aparece bastante antes de los tres o cuatro años?

—Ésta es exactamente la posición de Melanie Klein, quien postula la existencia de un Edipo precoz en el recién nacido y la de Lacan, cuando considera que no hay edad para el Edipo puesto que el deseo del niño o la niña no es más que la prolongación del deseo de la madre; posición que en realidad es la misma de Freud en el pasaje al que acabamos de aludir. Con todo, hay una gran diferencia entre el Edipo kleiniano y el Edipo freudiano. Para Melanie Klein, las pulsiones eróticas de un bebé se dirigen a la madre, quien es experimentada, no como una persona global, sino como un objeto parcial; la madre se reduce a ser el seno. El Edipo kleiniano puede ser un Edipo oral, anal, etcétera. Para Freud, en cambio, el Edipo sólo existe si las pulsiones eróticas del niño se dirigen a la madre o al padre en su condición de personas globales dotadas de un cuerpo, habitadas por un deseo y susceptibles de experimentar placer. Si para Melanie Klein el Edipo es oral o anal, para Freud, el Edipo está más allá de lo pregenital y más acá de lo genital; es ante todo *fálico*.

—¿Cómo se da el Edipo cuando la madre vive sola con su hijo?

—Se verifica plenamente, con la condición de que la madre tenga deseos. No importa que la madre viva sola, lo que cuenta es que esté apegada a alguien, que desee a alguien y, en el caso en que no tenga un compañero, lo que pesa es que se interese en algo más que en su hijo, que el amor por su hijo no sea el único amor de su vida. En resumidas cuentas, hay Edipo a partir del momento en que la madre desea a un tercero entre ella y su niño. ¡Y aquí aparece el padre! El padre es el tercero que la madre desea.

\*  
\* \*

*"Freud no dio una explicación científica del mito antiguo. Propuso un mito nuevo. Eso es lo que hizo."*

WITTGENSTEIN

*Ciertamente, Freud propuso un mito nuevo, pero ¡Qué mito! ¡Qué fecundidad! Gracias a ese soberbio instrumento teórico los psicoanalistas hoy pueden escuchar mejor a sus pacientes y aliviarlos.*

—Finalmente, el Edipo, ¿es una realidad observable o una fantasía deducida por los psicoanalistas?

—He mostrado ya que el Edipo era al mismo tiempo realidad y fantasía, pero aprovecho la pregunta para abordar el problema de un modo diferente. Digamos que el complejo de Edipo es un conjunto de sentimientos contradictorios de naturaleza inconsciente

que reflejan los sentimientos vividos conscientemente por el niño en la relación triangular con los padres. En el fondo, el Edipo es un *complejo intrasubjetivo engendrado por una realidad intersubjetiva*. Es muy importante concebir el Edipo como una fantasía inconsciente que se da en *un solo* individuo, aun cuando, para que esa fantasía se forme y subsista, haga falta el apuntalamiento de otro individuo deseante —acabamos de verlo leyendo a Freud—. No obstante, debemos saber que la fantasía edípica es una hipótesis, una construcción del espíritu edificada a partir de la conducta del niño respecto de sus padres y, sobre todo, a partir de los recuerdos de infancia relatados por los pacientes adultos en el análisis. En realidad, el Edipo no siempre es un fenómeno observable ni una hipótesis verificable. El psicoanálisis no es una ciencia del comportamiento. No. Hay que tomar el Edipo como un esquema teórico eficaz que tiene un impacto innegable en la vida afectiva de un individuo y en nuestra cultura. Es, por lo tanto, para hablar con propiedad, una *fantasía* y un *mito*. Digámoslo mejor todavía: desde un punto de vista clínico, el Edipo es una fantasía que actúa desde lo más profundo del ser y lo impregna en su totalidad. Y, desde el punto de vista cultural, el Edipo es un mito, un mito de todos nosotros, puesto que es la fábula simbólica, sencilla e impresionante, que pone en escena a los personajes familiares que encarnan las fuerzas del deseo humano y las prohibiciones que se les oponen. Ahora bien, ya sea fantasía, ya sea mito, el complejo edípico es también un *concepto esencial*, absolutamente indispensable para la consistencia de la teoría y la eficacia de la práctica psicoanalítica. No vacilo en afirmar que sin el concepto de Edipo, la ma-

yor parte de las nociones analíticas estarían a la deriva, y sin la fantasía del Edipo no podrían aclarar la complejidad infinita de los sufrimientos psíquicos. Seguramente, gracias a ese excepcional instrumento conceptual, los psicoanalistas saben hoy escuchar a sus pacientes, comprenderlos y aliviar su dolor. Pienso ahora en un texto en el que Lacan destaca ya el valor teórico irremplazable del Edipo. Esto es lo que escribió en su *Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanálisis de la Escuela*: "Querría que se comprendiera sencillamente lo siguiente: que, si quitamos el Edipo, el psicoanálisis [...] podría juzgarse por entero como un delirio." Indiscutiblemente, el Edipo es la piedra angular de la edificación analítica. Es una *crisis* manifiesta de la sexualidad infantil; una fantasía inconsciente; un *mito* social; y el *concepto* clave del psicoanálisis.

—*En la tragedia de Sófocles, el personaje principal es el destino sobre el cual los protagonistas no tienen ninguna influencia. ¿Cuál sería el lugar que ocupa el destino en el complejo de Edipo?*

—No olvidemos que Freud siempre estuvo obsesionado por el destino, por lo que la vida nos tiene reservado e ignoramos. El joven Edipo termina por matar a su padre cuando, paradójicamente, Layo había hecho todo lo posible para escapar al oráculo que presagiaba el gesto parricida de su hijo. ¡Nadie conoce su destino ni escapa a él! El complejo de Edipo es también una prueba a la que ningún niño puede sustraerse y que lo marca para siempre. Pero, ¿de qué

prueba de iniciación se trata? ¿Qué es ese rito insoslayable que llamamos Edipo? Es la experiencia de una pérdida y de un duelo, el de los padres fantaseados como compañeros sexuales. Sí, el Edipo es, en la vida de un niño, la primera separación profunda e interior de los padres. Es un distanciamiento obligado que augura la futura emancipación del joven adulto. Tanto en el caso del Edipo femenino como del masculino, uno pierde a los padres y se trata de una pérdida ineluctable. Ciertamente, el niño ya se ha separado de la madre al nacer, tomó vuelo al dar los primeros pasos y abrió el capullo familiar al ir a la guardería, pero sólo al finalizar el proceso del Edipo, el varón y la niña comienzan a percibir a sus padres de otro modo y a quererlos de una manera diferente. Dejan de desearlos para aprender a amarlos tiernamente o a odiarlos. Por supuesto, estoy hablando aquí de la separación ideal, porque en nuestra vida cotidiana, siempre continuamos deseando sexualmente a nuestros padres, las más de las veces en la forma sublimada de la ternura, otras, desdichadamente, en la forma de un conflicto penoso debido a la persistencia de un deseo siempre virulento.

—*A propósito del varón, ¿podría usted retomar la expresión "Edipo invertido"?*

—El Edipo invertido es la inclinación sexual de un niño hacia el padre del mismo sexo. En lo que concierne al Edipo masculino, habitualmente se pone el acento en el apego erótico del niño a su madre y en la rivalidad odiosa que desarrolla respecto del padre. Ahora bien, con frecuencia el Edipo masculino gira,



no alrededor de la relación deseante del hijo con la madre, sino de la relación de deseo del hijo con *el padre, considerado como compañero sexual*. ¡Sí, en la fantasía del niño, el padre puede ser un compañero sexual! Y esto es lo que llamamos el “Edipo invertido”. ¿En qué consiste? Para responder a esta pregunta, representaré el Edipo del varón como un obra de teatro en tres actos. En efecto, resulta oportuno que simbolizemos así el complejo edípico, marcados como estamos por la tragedia griega. Este artificio me permitirá no sólo recordar de otro modo lo esencial de la dinámica edípica, sino además profundizar mi idea de que el personaje principal del Edipo masculino es más frecuentemente el padre que la madre.

Vayamos a los tres actos del drama. Comencemos por el *primer acto* que incluye indiferentemente a la niña y al varón de tres o cuatro años. El telón se levanta y todos los personajes aparecen de entrada sobre el escenario: un niño, una niña, una madre, un padre e incluso todos los seres humanos que habitan nuestro planeta. Imaginemos una escena llena de gente, una multitud en la cual, a los ojos de esos dos niños, cada uno es poseedor de una potencia representada por un signo corporal visible: el pene. En la cabeza del niño, varón o mujer, todos poseen un pene o, mejor aún, todo el mundo está investido de la potencia representada por el pene. Freud llama a esta obertura del Edipo, *premisa de la posesión universal del Falo*. Es el momento en que domina en el niño la creencia mágica en un universo completamente habitado por portadores de un pene maravilloso. Me corrijo de inmediato y en lugar de utilizar la expresión “pene maravilloso”, diré “Falo”.

—*Lo lamento, pero nunca comprendí cómo se pasa del pene al Falo. ¿Qué entiende usted exactamente por Falo?*

—Falo es el nombre que le damos a la fantasía del pene, a la interpretación subjetiva del pene, a la manera que tiene cada uno —varón o niña— de percibir el apéndice peniano. De manera más general, utilizamos la palabra *Falo* para designar la versión fantaseada de todo objeto que a nuestros ojos de niño —aunque seamos adultos— reviste el más elevado valor afectivo. Cuando digo “a nuestros ojos de niño” es para dar a entender que el amor apasionado que sentimos por un ser o por un objeto es siempre un amor de niño, porque amar no es otra cosa que un refinamiento del candor infantil. Amar es creer, de manera por completo ingenua —y ésta es una ingenuidad preciosa—, que el otro, la persona que amamos, algún día podrá colmar-nos. Pues bien, esa fantástica esperanza que es el amor me hace feliz, me conforta, me da fuerza. Asimismo, todo objeto amado, admirado y poseído me estimula y me fortalece en mi sentimiento de ser yo mismo. Ahora bien, este objeto tan investido, tan cargado de toda mi afectividad y que me es indispensable se llama Falo. Es por ello que la palabra Falo no designa sólo el pene fantaseado —es decir, cuando se lo vive como el símbolo de la fuerza—, designa además a toda persona, objeto o ideal al cual me siento unido visceralmente, de quien dependo y que siento como la fuente de mi potencia. Falo es, pues, el nombre que le damos a todo objeto en alto grado catectizado, tan investido, tan amado que deja de ser concreto para hacerse fantaseado. Una madre, un padre, nuestro cónyuge, el pene,

el clítoris y hasta una casa, una profesión, un título, son todos soportes concretos que pueden transformarse en nuestro Falo. Pero, ¿qué es la cosa concreta que le da al niño edípico el sentimiento de que posee un Falo? La respuesta es: su cuerpo, su propio cuerpo, su cuerpo de sensaciones. En efecto, para el niño varón, el asiento real del Falo es su pequeño sexo en cuanto apéndice erógeno y hasta las excitaciones que emanan de los testículos o el bajo vientre. En el caso de la niña, el asiento real del Falo es el conjunto de sensaciones erógenas que provienen de sus órganos genitales y, en particular, de su clítoris.

—*Si comprendo bien, a los ojos de un niño, la madre, por ejemplo, ¿puede ser tanto la portadora de un Falo como el Falo mismo?*

—Definitivamente. Cuando la madre impone su autoridad, *tiene* el Falo; pero cuando el niño la siente toda suya, la madre *es* el Falo. Si mi madre se enfada conmigo, es fálica y todopoderosa; si, por el contrario, rivalizo con mi amigo para determinar quién tiene la madre más bonita, mi madre es mi Falo máspreciado. Como vemos, una madre puede fantasearse como quien *tiene* el Falo y como el Falo *mismo*.

—*Un varón, ¿puede tener dos Falos, su pene y su madre?*

—¡Por supuesto! Y ése es el problema que deberá resolver el niño edípico; al no poder conservar dos Fa-

los, tendrá que elegir uno u otro: su pene o su madre. Pero, no nos anticipemos, pues esa elección crucial sólo se resuelve en el segundo acto de nuestro drama edípico. Por el momento, permanezcamos en el primero. Decía, entonces, que el niño cree que todos los seres humanos están dotados del mismo atributo que él tanto valora: el Falo. Varón o niña, el pequeño experimenta sensaciones erógenas, observa su sexo, se toca, se siente todopoderoso y mira en silencio a las personas que lo rodean atribuyéndoles un sentimiento semejante de omnipotencia. Precisamente en esa percepción de sí mismo y del otro se forja, en silencio, la creencia mágica en un Falo universal. Ver, sentir y creer son los tres primeros gestos mudos del niño edípico. En suma, los niños y niñas inauguran su Edipo partiendo de la ilusión que eleva al Falo o a su representante corporal, el pene, al rango de atributo universal. Así se completa el primer acto de nuestra obra, en el que todos son fuertes. Éste es un acto esencial que, aun siendo la antesala obligada para tener acceso al concepto de angustia de castración, a menudo ha sido olvidado en la bibliografía psicoanalítica. ¿Por qué? Porque primero hace falta haber creído que uno es fuerte y rico para ver aparecer el temor de ser desposeído.

Pasemos ahora al *segundo acto* del Edipo masculino; el Edipo de la niña sigue otro guión. Éste es el momento en que justificaremos nuestra proposición según la cual *el personaje principal del Edipo del varón es el padre y no la madre*. Éste es nuestro argumento: siempre inmerso en la ilusión de un Falo universal, el niño entabla dos relaciones afectivas esenciales, una relación de *deseo* con la madre, con-

siderada como un objeto sexual y, sobre todo, una relación de *amor* con el padre, tomado como el modelo por imitar. El varón convierte así a su padre en un ideal al cual querría parecerse. En una palabra, el vínculo con la madre —objeto sexual— no es para el niño más que el apetito de un deseo, en tanto que el vínculo con el padre —objeto ideal— reposa en un sentimiento de amor. Estas dos inclinaciones, el deseo por la madre y el amor por el padre, nos dice Freud, “se asemejan y terminan por encontrarse y de este encuentro de sentimientos resulta el complejo de Edipo normal”. Traduzco diciendo que el complejo de Edipo normal significa desear a la madre y parecerse al padre.

Pero, pasemos al *tercer acto*. De pronto, el pequeño se fastidia por la presencia imponente de un rival que se interpone en su camino hacia la madre. El niño se siente entonces amenazado por un adversario más fuerte que él. Bajo los efectos de la angustia de salir lastimado —angustia de castración—, el pequeño finalmente renunciará al deseo de poseer a la madre y de eliminar al padre. Pero, aquí asistimos a ¡un golpe de escena! De pronto se opera una inversión inesperada de la situación. Amenazado de castración y sin un objeto en el cual poner sus miras, el niño se vuelve súbitamente hacia el padre y se pregunta: “Pero, ¿por qué no cambiar de compañero? ¿Por qué no elegirlo a él? En lugar de saciar mi deseo de poseer a una mujer, se dice, podría satisfacerlo con el mismo placer, dejándome poseer por un hombre fuerte y viril.” ¿Qué ha ocurrido? Todo se ha trastocado. De ideal que suscitaba admiración y de rival que inspiraba temor, el padre se ha transformado a los ojos del niño en un ser que excita su deseo. Antes el padre era lo que él quería *ser*,

un ideal; ahora, el padre es aquel a quien querría *tener* ofreciéndosele como objeto de placer. En efecto, es muy frecuente que un niño pequeño reaccione a la amenaza de castración de un padre demasiado severo replegándose en una posición femenina y poniéndose en el lugar de una mujer sumisa, objeto del deseo paterno. Así interpreto yo el *Edipo invertido*, expresión muy empleada pero rara vez comprendida cabalmente. El Edipo invertido, tan importante para entender el origen de la neurosis masculina, consiste en un viraje radical de los sentimientos del pequeño respecto del padre: el padre —objeto admirado, odiado y temido— aparece ahora ante el niño como un posible compañero sexual al cual querría entregarse. El deseo de poseer a la madre se ha convertido en deseo de ser poseído por el padre y el deseo de apartar al padre se ha transformado en deseo de atraerlo hacia sí. He aquí la doble inversión de la configuración clásica del Edipo masculino. Además, el padre va despertando en el pequeño sentimientos que lo muestran de cuatro maneras diferentes: *amado* como un ideal, *odiado* y *temido* como un rival y *deseado* como un compañero sexual a quien el niño se ofrece. De estas cuatro mociones: amor, odio, temor y deseo por el padre, yo destaco ante todo el deseo, a causa de la importancia que tiene en la formación de la identidad sexual del futuro joven. Pero, ¡atención! El hecho de que el niño desee a su padre no implica que forzosamente sea luego homosexual o neurótico. Por cierto, siendo ya adulto, tendrá la impronta de una extraña ternura y de una delicada sensibilidad, sin que ello determine que sufra de perturbaciones neuróticas. En suma, esto es lo esencial de mi proposición: en la mayor parte de los casos, la



neurosis masculina está provocada por un Edipo invertido que queda cuajado en una fantasía invasora; el problema del neurótico es siempre una relación conflictiva con el progenitor del mismo sexo.

Un corolario último para el caso del Edipo del varón: esos rasgos determinantes del padre —amado como ideal, odiado y temido como rival y deseado como objeto sexual— definirán el *superyó* normal del joven. En efecto, el *superyó* es el resultado de la incorporación en el yo de esos cuatro rostros del padre. Gracias a esta introyección, el niño comienza por fin a separarse de su padre real porque lo siente de un modo diferente; algo ha cambiado en la disposición interior del pequeño respecto de su padre. Se separa del padre real pero lo guarda en su yo en la forma de un *superyó* que con frecuencia lo alienta a alcanzar un ideal, que a veces es cruel y temible para sancionar un error, que otras veces lo estimula a satisfacer un deseo, pero que siempre favorece el sentimiento de pudor necesario para la vida en sociedad.

—*Pero, en este drama que usted representa, ¿qué lugar ocupa el complejo de castración?*

—El complejo de castración se sitúa precisamente en el tercer acto. Castración siempre quiere decir angustia, porque la castración sólo puede adquirir la forma de una amenaza angustiante que pesa sobre el sujeto. Si dejamos de lado el caso del Edipo invertido y permanecemos en la configuración edípica clásica según la cual el varón desea incestuosamente a la madre, podemos determinar tres causas que provocan la

angustia de castración. Primero, sencillamente la presencia de la persona del padre en la realidad; esta presencia es, como ya vimos, angustiante. Luego, la voz imperiosa del padre que intima al niño: “No debes... ¡No tienes derecho a perseverar en tu deseo! De lo contrario, ¡tendrás que vértelas conmigo!” Hago notar que esta amenaza puede provenir del padre, de la madre o de un tía; no importa quién la profiera, lo esencial es que invariablemente expresa una ley social huella de la autoridad paterna. No importa quién sea la persona que recuerda la prohibición, lo esencial estriba en el carácter paterno de una ley incuestionable. Que se entienda claramente. La ley es paterna porque es incuestionable. En efecto, la ley de interdicción del incesto y todas las leyes en general tienen el sello de la autoridad paterna porque no son negociables. Por consiguiente, es indiferente que la voz que recuerda la prohibición sea masculina o femenina, lo esencial es la firmeza del tono con que la exprese. Es necesario que la autoridad que profiera la amenaza sea firme y calma, que sepa juzgar, condenar y castigar: “No debes hacer el amor con tu madre ni tomarla como objeto sexual ¡o serás castigado!” ¿Castigado cómo? “Castigado con la castración de tu pene o, más exactamente, con la castración de eso que anima tu arrogante omnipotencia.” Por último, la tercera causa de angustia consiste, no ya en una amenaza verbal proferida por la voz de un censor, sino en una amenaza sugerida durante una experiencia visual. El niño varón —porque acá estamos refiriéndonos al Edipo masculino— descubre un día en el cuerpo desnudo de su madre o de una niña, la sombra oscura de una ausencia. Al observar la falta de pene en la región pubia-

na, siente miedo y se angustia. "Si ella no tiene pene, se dice, carece de poder. Pero, si existe un ser sin pene, ello significa que yo también corro el riesgo de que se me prive de él."

En resumen, apabullado por la presencia imponente de la persona del padre, amenazado por la ley punitiva y conmovido por la comprobación visual de que existen seres castrados, el pequeño se angustia, reprime sus deseos y fantasías incestuosas y modera su placer. A menudo —y ésta es la tesis del Edipo invertido— el varón angustiado se refugia cobardemente en una posición de sumisión femenina respecto de su padre. Se da entonces una nueva angustia de castración: la que despierta el riesgo de perder la virilidad. Mientras en el Edipo masculino —en el que la madre es el objeto incestuoso— la amenaza de castración pende sobre el Falo-pene, en el Edipo invertido —en que el objeto incestuoso es el padre— la amenaza de castración pende sobre el Falo-virilidad.

—*Entonces, ¿es la angustia lo que hace retroceder al niño y apartarse de los padres?*

—Sí, sin duda. Retomemos el caso de la madre. El niño tiene miedo y se aparta de la madre. Yo diría que la suya es una angustia sana porque, gracias a ella, el niño se ve obligado a separarse del ser que hasta entonces era el más próximo y de quien debía necesariamente —según el orden de las cosas humanas— alejarse. Por primera vez en la historia de la evolución de su libido, el niño se encuentra confrontado a la prueba determinante de una decisión: "¡O bien dejas

de desear a tu madre, o bien pierdes tu fuerza!". Es una decisión crucial: "O bien elijo el objeto incestuoso, o bien me preservo narcisísticamente. O me quedo con mi madre o me quedo con mi pene. ¡Por supuesto, elijo mi pene!". Obsérvese que este tipo de alternativa tajante evoca las decisiones eminentes que debemos afrontar con frecuencia en nuestra vida adulta. Desde el momento en que queremos satisfacer nuestro deseo, advertimos la aparición de la angustia. "¿Seré capaz?" "¿Y si pierdo todo?" En el momento de tomar una decisión y de actuar, surge la angustia. Ahora bien, según la experiencia del Edipo, tal como yo la interpreto, siempre elegimos el objeto narcisista, es decir, siempre elegimos preservarnos, preservar nuestro cuerpo. Decididamente, el ser humano en el fondo es temeroso y narcisista: ante el peligro, frecuentemente renuncia al objeto de su deseo creyendo que con eso salva el pellejo. Sugiero que aquí hay un hipotético superyó analítico que tranquilizaría al hombre tembloroso ante los riesgos inherentes a la afirmación de su deseo y le diría: "¡No temas! ¡Déjate llevar por tu deseo! Sigue tu camino; ve adonde te espera tu destino".

Pero también sobreviene otro fenómeno notable: una pérdida y ésta será una pérdida mucho más importante que la de la madre. Por cierto, el niño pierde a la madre y conserva el pene, pero de inmediato descubre que sin el objeto de deseo, es decir sin la madre, el pene pierde finalmente su valor de Falo. "¿Para qué me sirve sentirme fuerte si no hay otra persona que me desee?" Cierto, el pene es útil, pero si existe otro deseante y deseable. El niño pierde a la madre y simultáneamente pierde el valor fálico de su pene. En el fondo, esta pérdida de valor es mil veces más im-

portante que la pérdida de la madre que es ya, sin duda, una experiencia fundamental. Más aún, el drama edípico es la más bella lección que nos enseña que la experiencia adquirida con gran esfuerzo, al fin de cuentas, es de un valor relativo. El mito de Edipo tiene un alcance ético extraordinario. No faltará quien me diga: "Pero, el Edipo, el complejo de castración... han pasado cien años y las cosas han evolucionado... la cultura, la sexualidad, ya no son las mismas..., podríamos prescindir perfectamente del Edipo, etcétera." Yo querría poder prescindir de la leyenda edípica, pero que alguien invente otra que consiga hacernos comprender tan bien el sentido profundo de las pruebas vitales que los adultos debemos atravesar incesantemente. La primera prueba es la que nos enseña a aceptar que, ante una elección difícil, nunca perdemos todo y que, si ganamos, nunca lo hacemos sin perder algo.

—*Usted acaba de mostrarnos cómo se desarrolla esta obra teatral en el caso del varón, ¿qué sucede cuando se trata de una niña?*

—Lo que sucede en el caso de la niña es sumamente diferente. Recordemos que durante el primer acto del drama edípico reina, como en el caso del varón, la premisa de la posesión universal del Falo: todos son portadores del Falo y, por lo tanto, todos son fuertes. Pero, cuando se trata de una niña, a diferencia del caso anterior, existe una prehistoria del Edipo y una suerte de "posthistoria", ausentes en el Edipo masculino. La prehistoria del Edipo femenino se constituye

en la relación muy estrecha de la hija con la madre. Aun antes de la aparición de la fase fálica, en el momento del amamantamiento, la madre se presenta a los ojos de la niña como un objeto de deseo, pero sobre todo como un objeto que sustenta su narcisismo y alimenta su potencia. En una palabra, para la niña, la madre representa el Falo. Al comienzo del Edipo femenino, el objeto de deseo de la pequeña, como en el caso del varón es, en primer lugar, el pecho materno e, inmediatamente después, con el destete, la persona de la madre; la zona erógena dominante es la boca. Durante el estadio oral, el seno materno representa el Falo más tierno. Y aquí debemos señalar otro elemento esencial del Edipo femenino. Con el destete, la pequeña experimenta ya un amargo resentimiento contra una madre que acaba de privarla del placer de mamar. La pérdida del pecho materno suscita en la bebé una hostilidad que se reactivará más tarde, durante la fase fálica misma. Destaquemos que, según Freud, esta amargura provocada por el destete es más moderada entre los varones. Más tarde, el Falo de la niña ya no estará representado por la madre en cuanto objeto incestuoso, sino por la fuerza atribuida al padre. El Edipo femenino culmina en el momento en que la niña, habiendo vivido ya la experiencia de la separación de la madre, está preparada para desear al padre, renunciar a él, introyectar las características de su persona y sus valores y, finalmente, reemplazarlo, siendo ya una niña crecida, por un compañero masculino.



—¿Por qué se afirma que la niña odia a la madre durante el destete? ¿Qué ocurre con el complejo de castración en el caso de la mujer?

—En cuanto al complejo de castración en la mujer circulan muchos malentendidos. Se cree erradamente que en la mujer no se da el complejo de castración porque su cuerpo carece de pene y que la mujer no tiene ningún órgano susceptible de castración. Pero no es así. Según Freud, el complejo de castración se da plenamente en la mujer pero, después de haber establecido la lógica del Edipo femenino, yo prefiero denominarlo *complejo de privación*. Este complejo se inicia con una impresión visual: la niña ve el cuerpo desnudo de un varón y comprueba, al establecer una comparación con el suyo, no sólo que ella carece de pene, también que está desprovista de la potencia que representa el pene, es decir, del Falo. La ausencia de pene la lleva a perder la ilusión de la premisa universal del Falo y a sentir el anhelo de poseerlo. ¿Poseer qué? No tanto el pene en sí como la ilusión de potencia que el órgano suscita. Esta sed de poder es lo que yo llamo *anhelo del Falo* y no anhelo o envidia del pene. Creo profundamente en el interés clínico de presentar así el concepto del anhelo femenino del *Falo*, pues en el trabajo clínico con mujeres histéricas, siempre se plantea el problema del poder y del temor neurótico de ser dominada. Con la comprobación de haber sido desposeída del pene, surge entonces en la niña una serie de sentimientos. Ante todo, la desilusión, luego la nostalgia de ese poder ilusorio y posteriormente, sobre todo, un rencor respecto de la madre que no... la frase clásica sería "que no le dio", pero prefiero

hablar de rencor a la madre que no supo prepararla para aquella experiencia, que no supo ahorrarle ese momento en el cual ella iba a descubrir la pérdida de su ilusión. Es como si le dijera: "¡Mamá, tú ya sabías que iba a sentirme decepcionada! ¿Por qué no me previniste?". Surge así un rencor contra la madre, un rencor que actualiza el odio previo provocado por el destete en el período preedípico.

—Por lo tanto, lo que prevalece en la niña, ¿no es la angustia?

—No. En esos momentos no se observa ninguna angustia. Así como los principales sentimientos del Edipo masculino son el deseo y la angustia, los del Edipo femenino son sobre todo el deseo, el dolor y el anhelo. Con todo, en la mujer adulta reconocemos una angustia típica. Se trata de una angustia muy particular que Freud identifica sólo al final de su obra. Los trabajos analíticos con frecuencia olvidan la angustia femenina pues hay una excesiva tendencia a suponer que la angustia es un rasgo distintivo del varón, mientras que la niña estaría más afectada por el anhelo, la envidia o el odio. En el trabajo clínico a menudo observamos una angustia propia de la mujer: la angustia a perder el amor que le consagra la persona amada. En la mujer, el mayor temor no es tanto no encontrar nunca el amor como perder al amor que consiguió. Para la mujer el Falo es el amor mismo, ¡la cosa inestimable que no puede perder nunca!

4. EL EDIPO ES LA CAUSA DE LAS NEUROSIS  
CORRIENTES Y MÓRBIDAS DEL HOMBRE  
Y DE LA MUJER

## LA NEUROSIS CORRIENTE Y LA NEUROSIS MÓRBIDA

*Cada recién llegado al mundo de los seres humanos debe atravesar el Complejo de Edipo; quien no logra hacerlo está condenado a la neurosis.*

*En la raíz de todo síntoma, encontramos impresiones traumáticas nacidas de la vida sexual infantil.*

S. FREUD

Ante todo, ¿qué es una neurosis? Una neurosis es un sufrimiento psíquico provocado por la coexistencia de sentimientos contradictorios de amor, de odio, de temor y de deseos incestuosos respecto de aquellas personas que uno ama y de quien uno depende. Siguiendo esta definición, diremos que el Edipo no sólo representa, como veremos, el origen de las neurosis de los adultos, sino que es en sí mismo una neurosis, la primera neurosis sana en la vida de un individuo; la segunda es la de la crisis de la adolescencia. Pero, ¿en qué sentido el Edipo es una neurosis? Todo estriba en el desfase que hay entre un yo infantil en forma-



ción y una afluencia pulsional desbordante. El yo del niño no tiene aún los medios de contener el ascenso impetuoso de sus deseos. Este esfuerzo del yo por contener y asimilar la impetuosidad del deseo se traduce en sentimientos, palabras y conductas contradictorias del niño en su relación con los padres. Esta actitud ambivalente y hasta incoherente del niño se instalará de manera duradera en la personalidad del sujeto como un modelo de todas las actitudes que adoptará, ya adulto, ante aquellos que despierten en él el deseo de poseer al otro, de ser poseído por el otro o de destruirlo. Es por ello que podemos decir que nuestros conflictos más cotidianos y siempre inevitables con quienes nos rodean no son más que la prolongación natural, casi refleja, de nuestra neurosis infantil llamada el complejo de Edipo. En otras palabras, nuestros conflictos cotidianos proceden de que en el seno de nuestros sentimientos más nobles y más castos por las personas que amamos, se agitan nuestros deseos sexuales incestuosos. La crispación de nuestra neurosis de hoy está provocada por la imposibilidad de realizar plenamente o, por el contrario, de evitar totalmente nuestros impulsos incestuosos. También diremos que el Edipo, primera neurosis sana de la vida, está en el origen de nuestra penosa neurosis corriente de adultos, neurosis dolorosa, por cierto, pero al fin de cuentas soportable y, ¿por qué no?, protectora contra la locura pulsional que siempre amenaza estallar en cada uno de nosotros.

Siendo esto así, puede ocurrir —y es frecuente— que durante el período edípico, el niño se sienta superado por sensaciones de placer o de dolor demasiado intensas y que esas sensaciones lo marquen para siempre

como traumas indelebles. Y bien, esos traumas infantiles serán la causa, no de una neurosis corriente, sino de una neurosis mórbida que se instala en la adolescencia y persiste durante la edad adulta. En suma, distingo dos grandes variantes del retorno neurótico del Edipo durante la edad adulta: la neurosis corriente y la neurosis mórbida. La neurosis corriente es pues el conflicto que mantenemos con los seres que amamos porque continuamos deseándolos ardientemente. Esta neurosis de todos los días, compatible por completo con una vida social abierta y creativa, es el resultado de una insuficiente desexualización de los padres edípicos. Las fantasías infantiles de placer y de angustia mal reprimidas conservaron toda su virulencia y han generado esta neurosis cotidiana que bulle en el interior de cada uno.

El otro tipo de perturbación neurótica es, por el contrario, la neurosis mórbida y patológica que se manifiesta a través de síntomas repetidos que encierran al sujeto en una soledad narcisista y enfermiza. Este sufrimiento, ya sea fóbico, ya sea obsesivo o histérico resulta de un factor más grave que la represión insuficiente de las fantasías edípicas. Se trata de traumas singulares ocurridos en pleno período del Edipo. ¿Qué traumas? Ante todo, el de un abandono real o imaginario que provoca en el niño un inmenso desamparo. Esta fantasía infantil de abandono dará lugar a la fobia del adulto. Otro trauma posible es el del maltrato, real o imaginario, que inflige al niño una dolorosa humillación. Esta fantasía de maltrato y de humillación provocará luego en el adulto la obsesión. Finalmente, el tercer trauma, el más sorprendente, es aquel en el que el niño experimenta un intenso y sofocante placer

en virtud de un contacto demasiado sensual con el adulto del que depende. Esta fantasía de seducción provocará luego la histeria. Ya se trate del desamparo que despierta el abandono, de la humillación provocada por el maltrato, o de la sofocación ligada a la seducción, siempre estamos en presencia de la angustia de castración en su forma más mórbida, que linda con el miedo a la castración. Diremos, pues, que la fobia, la obsesión y la histeria son diferentes modos en que el Edipo retorna traumático durante la edad adulta. Agregó que estas tres categorías de neurosis nunca aparecen aisladas y en estado puro, sino que se imbrican a la manera de una neurosis mixta con mayor dominio de la fobia, la histeria o la obsesión. Señalemos además que a veces quien ha sufrido esos traumas edípicos no es el niño mismo, sino un ascendente que le ha transmitido inconscientemente la angustia de un golpe traumático. Una mujer que sufre de agorafobia crónica, por ejemplo, declara que nunca fue abandonada en su infancia, pero, en el curso del análisis descubre que su madre siendo niña, durante la guerra, había sido víctima de un brutal abandono. Aquí tenemos un caso de transmisión transgeneracional de una fantasía de abandono que provoca una fobia.

Digamos que la neurosis patológica, tanto en el hombre como en la mujer, es el retorno durante la edad adulta de la angustia de castración traumatizante, vivida durante la infancia. Siendo el modo de retorno de esta angustia, surgirá un sufrimiento neurótico específico.<sup>1</sup> Clínicamente hablando, si estamos

1. Véase el cuadro 4 de la pág. 114.

en presencia de un paciente fóbico, debemos indagar su infancia a fin de poder identificar en ella un eventual incidente en el cual la persona se haya sentido angustiada a causa de un brutal abandono, independientemente de que el abandono fuera real o imaginario. Si nuestra paciente es histérica, deberemos buscar otro recuerdo traumático. Esta vez la paciente recuerda haberse sentido aterrorizada, no ya por un abandono, sino por otra violencia mucho más sutil e insidiosa. Recuerda haber sido cautivada y excitada por un adulto seductor: el padre, la madre, un hermano mayor o un amigo de la familia.<sup>2</sup> Por último, si escuchamos a un paciente obsesivo, debemos rastrear un recuerdo en el que la escena muestra a un pequeño impotente y furioso, que teme las represalias que pueda tomar su padre por una falta que él ignora. En resumidas cuentas, ya sea que se trate de fobia, histeria u obsesión, el sufrimiento de una neurosis se explica en virtud de su necesidad de repetir compulsivamente la misma situación en la cual el niño sufrió el impacto de una angustia traumática. Digámoslo de un modo diferente: la neurosis es el retorno compulsivo de una fantasía infantil de angustia de castración.

Además, llegaremos a la conclusión de que, en el caso de la neurosis masculina, la *fobia* es el retorno durante la edad adulta de la fantasía de angustia de ser *abandonado* por el *padre que prohíbe*; que la *histeria* es el retorno de la fantasía de angustia de ser víctima

2. En relación con este trauma que es el origen de la histeria, el lector puede remitirse a las págs. 129-132, en particular al cuadro 6.

de *abuso* por parte del *padre seductor*, y la *obsesión* es, finalmente, el retorno de la fantasía de angustia de ser *maltratado* y *humillado* por el padre rival.<sup>3</sup> Vemos claramente que siempre es el padre el personaje principal de las fantasías traumáticas que son causa de las tres neurosis masculinas. En efecto, la neurosis del hombre y, como veremos luego, de la mujer, resultan de la fijación de una escena en la cual el personaje principal es con frecuencia el progenitor del mismo sexo. Independientemente de que se trate de un Edipo mal resuelto o traumático, el conflicto infantil causante de la neurosis en general se establece entre el varón y su padre o entre la niña y su madre. En suma, lo que enferma no es tanto vivir una experiencia intensa con el otro diferente, como vivirla con el otro semejante, el otro "uno mismo". La neurosis del adulto es siempre una patología de lo mismo, una dolencia del narcisismo.

Un paciente joven, por ejemplo, me confió: "Sufro por sentirme tironeado entre el amor por mi padre, el anhelo por parecerme a él, el deseo de agradarle, el temor de resultarle lastimoso, el odio que siento por él y, finalmente, por rebelarme contra su autoridad". Éste es el grito de un hijo neurótico que sufre al sentirse fascinado y horrorizado por la imagen de su padre tan semejante a la suya.

3. Véase el cuadro 4 de la pág. 114.

*La reactivación del Edipo traumático en la forma de la neurosis femenina: aversión sexual, complejo de masculinidad y angustia de ser abandonada*

Pasemos ahora al caso de la mujer neurótica. Una vez superada la crisis edípica, ¿debemos suponer que la niña se ha convertido en un ser calmo, sin sombra de una neurosis, indemne a las secuelas del dolor pasado y de su anhelo envidioso? Absolutamente no. Generalmente, la vida de una mujer va a estar agitada por la persistencia de antiguos conflictos edípicos. Digamos desde ya que, de todas las pasiones infantiles que subsisten en la vida de una mujer, la más perturbadora es, sin lugar a dudas, el anhelo envidioso del Falo. En el caso en el que este anhelo infantil fue vivido de manera demasiado febril en la infancia, puede resurgir violentamente durante la edad adulta y manifestarse, o bien mediante una aversión sexual histerica, o bien por una actitud del carácter denominada "complejo de masculinidad". En el caso de la *histeria*, la mujer continúa creyendo, como una niña pequeña, que no es digna de interés ni de amor y se resigna a su suerte con amargura y tristeza. Se instala entonces en esta mujer despechada una viva repugnancia por la sexualidad, acompañada de una gran soledad. En el caso del complejo de masculinidad, por el contrario, la mujer sustituye la creencia de haber sido castrada y de ser inferior por la creencia opuesta e igualmente infundada, de estar armada del Falo. En lugar de creerse castrada, se cree omnipotente; esgrime el Falo, lo exhibe en una actitud de desafío y acentúa los rasgos de la masculinidad hasta el punto de hacerse más viril

que el hombre. Una de las variantes de este complejo de masculinidad adquiere la forma de la homosexualidad manifiesta. Hagamos notar al pasar que la hipertrofia de la masculinidad en la mujer puede revelarse además como una de las resistencias más tenaces al trabajo terapéutico y transformarse en la roca contra la cual fracasa a menudo el tratamiento analítico. La rivalidad odiosa respecto del hombre puede transformarse en esta paciente en un rebelión contra la arbitraria autoridad masculina atribuida al psicoanalista.

Quiero agregar finalmente otra variante edípica de la neurosis femenina, una variante próxima a la normalidad. Se trata de la angustia, de una angustia propiamente femenina. Hasta aquí he dicho que la angustia prevalecía en la posición masculina y que el dolor de la privación caracterizaba en cambio la posición femenina. No obstante, hay una angustia típicamente femenina que considero una figura de la angustia de castración, a saber, el temor de la mujer a ser abandonada por el hombre que ama. El deseo de ser amada y protegida es tan potente en el inconsciente femenino que la joven, aunque esté sólidamente comprometida en su pareja, siempre siente el temor de verse privada del amor de su compañero. Al menor conflicto, sospecha que su novio quiere abandonarla. Siendo muy pequeña, ya fue engañada por la madre, ya adulta desconfía de los hombres. Teme perder aquello que valora sobre todo lo demás: el amor, la alegría de amar, de ser amada y de sentirse protegida. Si para el hombre el Falo es la fuerza, para la mujer, es la felicidad de estar enamorada y de ser amada por el objeto de su amor. *Para el hombre, el Falo es la fuerza; para la*

*mujer, es el amor.* Del mismo modo en que dijimos que el hombre era un ser ansioso por salvaguardar su virilidad, diremos que la mujer vive con el desvelo de ser abandonada. Así es como, para la mujer angustiada, el amor siempre es una experiencia frágil, un bien que debe reconquistarse sin cesar y confirmarse a cada instante.<sup>4</sup>

Imagino ahora cómo sería la unión del hombre y la mujer neuróticos, uno en la posición masculina que teme que la mujer le robe su sexo (angustia de castración) y la otra en posición femenina temiendo que el hombre la abandone (angustia de ser abandonada). ¿A esto se reduciría la pareja hombre/mujer, a una reviviscencia de las angustias edípicas? ¿El hombre temeroso de perder su virilidad y la mujer angustiada por la posibilidad de perder el amor? Por cierto, no. Cada uno le demuestra al otro, con su presencia, que su angustia es injustificada. El hombre sinceramente comprometido en una relación tranquilizará a su compañera con la autenticidad de sus palabras y de sus actos y la mujer que esté también sinceramente comprometida con su pareja, sabrá cómo asegurarle a su compañero que, más allá de las pruebas difíciles, siempre encontrará junto a ella la confirmación de su virilidad. Así es como debería poder entablarse la relación entre un hombre y una mujer. Y sin embargo, la experiencia nos enseña que entre esta configuración ideal y el fracaso estrepitoso de una pareja, es posible encontrar toda la gama de matices.

4. Véanse el cuadro 5 de la pág. 116 y el cuadro 8 de las págs. 138-139.



\*  
\* \*

Seguidamente, expondré la viñeta clínica de una paciente histérica que sufre de anorexia y cuyo cuerpo está siendo consumido por el anhelo inconsciente del Falo.

*¿Cómo escuchar a una anoréxica  
a través de la teoría del Edipo?*

He aquí mi hipótesis: la anorexia resulta de la identificación de la joven enferma con su hermano idealizado como hijo preferido del padre.

Vuelvo a pensar en Sarah, nuestra paciente anoréxica de la que hablé antes. Desafiando toda razonabilidad, quiere alcanzar el umbral casi fatal de los 41 kilos. "Ya verá usted, me dice con arrogancia, ¡soy capaz de seguir viviendo sin regresar al hospital! ¡Es mi apuesta! ¡Necesito probarme que puedo mantenerme en un hilo al borde del abismo!" Ésa es la locura de Sarah. Un desafío insensato a los límites de la vida y una voluntad ciega de dominar y vencer el propio cuerpo. Ahora bien, ¿dónde está aquí la presencia del Edipo? ¿Cómo nos permite la teoría del Edipo, tal como ya lo concibo, comprender el sufrimiento de esta joven? Pues bien, cuando recibo a esta paciente, siempre pienso que quiere hacerse pura y liviana hasta la evanescencia, borrando todas las curvas y redondeces femeninas de su cuerpo. Querría no tener pechos ni nalgas, y todavía menos vientre del que tiene. Ningún relieve. Nada que evoque a la mujer. Su sueño: llegar a ser un joven imberbe sin pene ni ningún otro signo de virilidad. Este ideal de hombre asexuado, esbelto y frágil que Sarah querría ser, en su fantasía, no es otro

que el hijo maravilloso que su padre sueña seducir y poseer sexualmente. Sí, ella querría ser la joven amante de su padre, es decir, tomar el lugar de su hermano adorado, preferido del padre. Sarah se identifica así con la masculinidad de su hermano y se niega a ser una mujer porque piensa, como una niña pequeña de cuatro años, que ser mujer equivale a estar castrada, a ser débil y despreciada por un padre que sólo tendría ojos para su hijo varón. Sarah parte del principio —del falso principio— de que la mujer está castrada y de que, en consecuencia, debe hacer todo lo que esté a su alcance, hasta arriesgar su vida, para mostrarse y mostrarle al mundo que es fuerte y que su cuerpo puede amoldarse hasta alcanzar la silueta de un efebo sin órganos genitales. Nuestra paciente está bajo el imperio del anhelo del Falo que se traduce aquí por su anhelo loco y envidioso de ser al mismo tiempo un muchacho con el deseo masculino de poseer y de dominar y una joven con el deseo femenino de ser poseída por el padre. Su anorexia es la expresión de la negociación entre esos dos impulsos inconscientes.

Me gustaría expresarlo de otro modo formulando mi hipótesis según la cual *la anorexia es con mucha frecuencia el resultado de una identificación inconsciente de la joven con su hermano idealizado como el preferido del padre*. Por supuesto, en esta hipótesis puede tratarse de un hermano virtual, un alter ego masculino, pues evidentemente no todas las anoréxicas tienen hermano.

**Fantasía de angustia  
de castración**

**La neurosis es la reaparición  
compulsiva de la fantasía traumática  
de angustia de castración durante  
la edad adulta**

• Angustia de ser castrado ( <i>abandonado</i> ) por el padre que <i>prohíbe</i>	→	Neurosis fóbica
• Angustia de ser castrado ( <i>abusado</i> ) por el padre <i>seductor</i>	→	Neurosis histérica
• Angustia de ser castrado ( <i>maltratado</i> ) por el padre <i>rival</i>	→	Neurosis obsesiva

**Cuadro 4**

**La neurosis mórbida en el hombre es la reaparición compulsiva  
del Edipo traumático durante la edad adulta**

**Comentario del Cuadro 4**

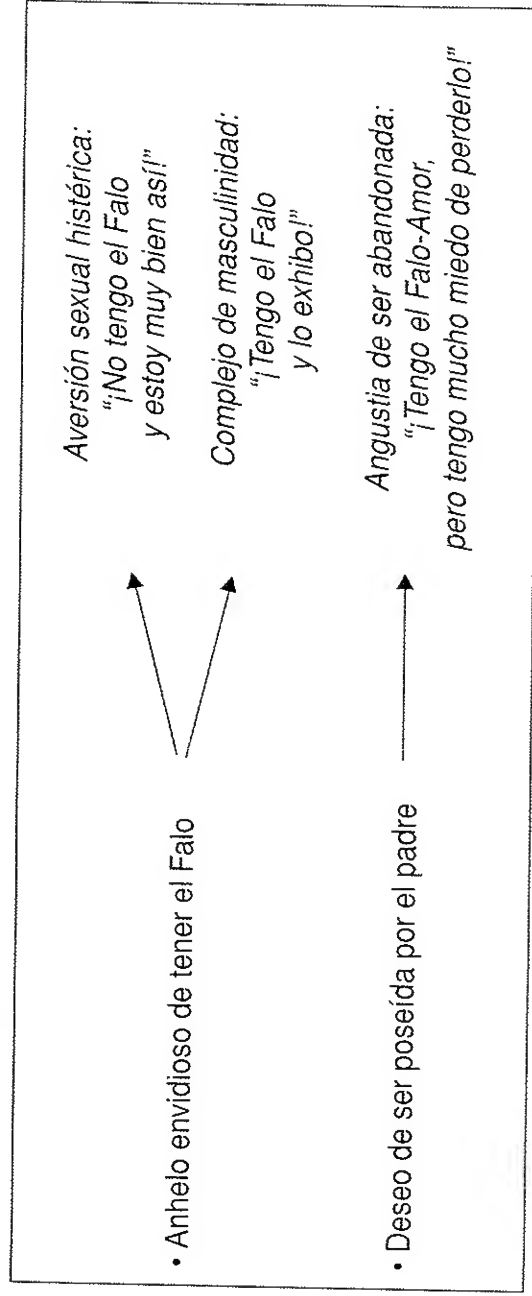
Dos consideraciones. La primera tiene que ver con los actores presentes. Es indiferente que el niño angustiado sea un niño o una niña o que el adulto amenazador (el que prohíbe, el seductor o el rival) sea el padre, la madre, el hermano mayor, la hermana mayor o cualquier otro adulto tutelar. Sin embargo, la fantasía de angustia de castración que encontramos con mayor frecuencia en las curas analíticas de hombres neuróticos es la de una escena en la que el niño es un varón y el adulto es su padre. En el caso de las mujeres neuróticas, encontramos el mismo tipo de fantasía en la que la niña tiene temor a las represalias de la madre. El contenido de esas fantasías suele ser también una escena en la que el niño o la niña está en conflicto con el progenitor del mismo sexo.

Me gustaría dar el ejemplo de una fobia. Pienso en el caso de una mujer que tenía fobia al transporte público y cuyo análisis reveló que la causa de su neurosis se remontaba a un acontecimiento trágico de su infancia: la muerte accidental de la madre. En lugar de vivir el dolor de un duelo, como lo habría hecho cualquier niño, esta mujer fantaseó esa desaparición como un castigo inesperado infligido por la madre amada y desaparecida. Desde entonces tuvo la obsesión de sufrir nuevos abandonos, una obsesión que en la actualidad se transformó en fobia a los espacios cerrados.

La otra consideración concierne a una lectura cruzada entre las dos columnas del cuadro. Es posible, por ejemplo, que la angustia de ser abandonado por el padre que prohíbe reaparezca en la forma de una neurosis obsesiva y ya no fóbica o que la angustia de haber sido seducido por un padre demasiado cariñoso sea el origen de una neurosis fóbica y ya no histérica.

Fantasia  
del anhelo envidioso del Falo

La neurosis es la reaparición compulsiva  
de la fantasía del anhelo envidioso del Falo  
durante la edad adulta



Cuadro 5

La neurosis mórbida en la mujer es la reaparición compulsiva  
del Edipo traumático durante la edad adulta

## 5. ARCHIPIÉLAGO DEL EDIPO

*¡La castración no existe!*

*Las figuras del padre en el Edipo masculino*

*Las figuras de la madre en el Edipo femenino*

*Las figuras del Falo en el Edipo femenino*

*El superyó y los tres roles del padre en el Edipo  
masculino*

*El juego de la muñeca*

*La fantasía de la omnipotencia fálica*

*La fobia es una proyección,  
la histeria, una rebelión  
y la obsesión, un desplazamiento*

*La significación bisexual de un síntoma neurótico*

*¿Qué es la histeria?*

*La histeria que sufre un adulto fue provocada por una  
relación demasiado sensual entre el niño que era y sus  
padres*

*La mujer histérica y su temor a amar*

*Las tres figuras lacanianas del padre en el Edipo:  
simbólica, real e imaginaria*

*Los tres tipos de carencia que se dan en el Edipo:  
castración, privación y frustración.  
Una lectura de la tríada lacaniana*

*Cuadro comparativo entre las posiciones  
masculina y femenina*

## LA CASTRACIÓN NO EXISTE

No hay castración sino amenazas de castración. Por ello la castración, en el fondo, es sólo el nombre de una angustia y nunca de una realidad.

Desde el comienzo hemos utilizado constantemente la palabra *castración* sin encontrar oportunidad de disipar un posible malentendido relativo a su significación. Querría hacerlo ahora. Comenzaré por decir drásticamente que, dejando de lado ciertos casos aislados de barbarie, la castración no existe y que nunca nadie fue castrado y, mucho menos ¡castrado para ser castigado! Por cierto, conocemos las castraciones llamadas "químicas" que se destinan, como último recurso, a tratar a ciertos enfermos pervertidos, como los violadores y los pedófilos; también sabemos que algunos enfermos psicóticos pueden automutilarse sexualmente o castrar a una víctima. Pero fuera de estas aberraciones psicopatológicas, insisto, la castración propiamente dicha no existe. Si Freud apeló a este término tan sugestivo, fue con el propósito de dramatizar y hasta histerizar, el peligro imaginario



que amenaza a todo hombre y a toda mujer deseantes, es decir, a todo hombre y a toda mujer que buscan ardientemente el placer corporal y, con él, la felicidad. ¿Qué peligro los amenaza? El peligro de perder su vitalidad, su vida, la fuente íntima de todo deseo. ¿Qué es entonces la castración? La castración es ante todo la idea de un peligro; el peligro imaginario que se inventa un neurótico y que debe imperativamente apartar de sí. Precisamente el neurótico sufre de estar neurótico por querer salvaguardar su ser vital y por estar constantemente en guardia. En consecuencia, siempre es el *temor* de la castración y nunca la castración en sí misma lo que origina esta crispación que es el sufrimiento neurótico. Cada síntoma neurótico debe comprenderse entonces como una defensa crispada contra un temor esencial: en el hombre se trata del miedo a perder su potencia, y en la mujer, el miedo a perder el amor. Además, la palabra "castración" es una incomparable alegoría psicoanalítica que simboliza la hipotética pérdida de un hipotético objeto supremo.

Se comprende, por lo tanto, que para Freud cada uno de nosotros sea en última instancia un niño deseoso y voraz, temeroso ante las consecuencias de su avidez, guardián celoso de su Falo y que se siente culpable de desear. Voraz, temeroso, celoso y culpabilizado: he allí nuestro retrato más íntimo pintado por Freud con los colores del Edipo.

## LAS FIGURAS DEL PADRE EN EL EDIPO MASCULINO

- El padre *amado* como un modelo *ideal*
- El padre *temido* como *el que prohíbe y censura*
- El padre *deseado y temido* como *seductor*
- El padre *odiado y temido* como un *rival*

El amor del niño varón por su padre admirado existía ya mucho antes de que el pequeño entre en la crisis edípica. Los sentimientos de ternura y de admiración filiales persisten mientras el niño atraviesa el Edipo y entonces se encuentran con otros sentimientos opuestos que son el deseo, la angustia y el odio. Justamente vivir todos esos sentimientos en simultáneo es lo que hace sentir dividido al niño y fomenta su neurosis. El neurótico, ya sea niño o adulto, es aquel que al mismo tiempo ama a su padre, le teme, lo desea y lo odia.

## LAS FIGURAS DE LA MADRE EN EL EDIPO FEMENINO

En el tiempo *preedípico*:

- La madre todopoderosa provista del Falo (madre fálica) es *amada* como una figura *ideal*.
- La madre es *deseada* como un *objeto sexual* que la niña quiere poseer. Para la pequeña, la madre no sólo *tiene* el Falo, sino que *es* el Falo.

En el tiempo de la *soledad*:

- La hija *culpa* a la madre porque ésta fue *incapaz* de dotarla del Falo, símbolo de la potencia.
- La madre *pierde* entonces su omnipotencia y es dejada de lado.

En el tiempo del *Edipo*:

- La madre, como mujer *deseosa* de un hombre, es un modelo de identificación.
- La madre vuelve a ser *amada*, pero esta vez como un *ideal femenino*.
- La madre es *odiada* como una rival.

#### LAS FIGURAS DEL FALO EN EL EDIPO FEMENINO

A los ojos de la pequeña, el Falo reviste diferentes formas a lo largo de las fases sucesivas de su Edipo:

- En el tiempo *preedípico*, la niña reconoce el Falo en sus sensaciones clitorianas y en la persona de su madre, considerada como el objeto elegido de su deseo. El Falo está encarnado aquí por el *clitoris* en su condición de órgano de sensaciones erógenas y por la *Madre* en su carácter de objeto del deseo incestuoso.

- En el tiempo de la *soledad*, la niña reconoce el Falo en el pene fascinante del varón y, consciente de su privación, lo reconoce también, dolorosamente, en la imagen de su yo herido. El Falo está encarnado aquí por el *Pene* anhelado y envidiado al varón y por la *Imagen de sí*.

- En el tiempo *edípico*, el Falo está encarnado por la *Fuerza* del padre que la niña codicia y, más tarde, después de la primera negativa paterna, por Ella misma en cuanto objeto que se ofrece al deseo del padre. Por último, después de la segunda negativa paterna, el Falo es para la niña su *Padre* introyectado.

- Una vez superado el Edipo, la niña, ahora convertida en mujer, reconocerá el Falo en el *Pene* erecto del hombre amado, en el *Amor* que ese hombre le ofrece y, finalmente, en el *Hijo* surgido de ese amor.

Las sensaciones erógenas, la Madre, el Pene del varón, la Imagen de sí, la Fuerza del padre, Ella misma, la persona del Padre, el Pene erecto del hombre, el Amor y luego el Hijo son los diferentes avatares del Falo en el Edipo femenino. Cada uno de esos avatares responde exactamente a la definición del Falo que lo caracteriza no sólo como el objeto más estimable, sino además como el regulador vital e irremplazable de nuestro equilibrio psíquico.

#### EL SUPERYÓ Y LOS TRES ROLES DEL PADRE EN EL EDIPO MASCULINO

El superyó, esa parte autocrítica de mí mismo, esa parte de mí censora del yo, es una instancia que hace revivir en el psiquismo las tres actitudes contradictorias del padre fantaseado. Además el superyó es un coro de tres voces: la voz severa de la interdicción que personifica el *padre que prohíbe*; la voz embaucadora de la tentación que personifica el *padre seductor* y la voz denigrante del autorreproche que personifica el *padre odioso y rival*.

#### EL JUEGO DE LA MUÑECA

La niña edípica le atribuye a su muñeca dos papeles diferentes. En el tiempo preedípico, repite con la mu-

ñeca la relación que mantiene con su madre: se identifica con su muñeca y, simultáneamente, se identifica con la madre como la persona que mima.

Una vez que entra en el Edipo propiamente dicho, la pequeña cambia su papel: ahora ella es la madre y la muñeca es el hijo maravilloso que le ha dado su padre.

#### LA FANTASÍA DE LA OMNIPOTENCIA FÁLICA

Para el espíritu de los niños edípicos, quienes tienen el Falo son seres fuertes y quienes no lo poseen son débiles. Evidentemente, semejante ficción que considera el pene como sinónimo de potencia y su falta como sinónimo de debilidad, es una patraña imaginada por niños de cuatro años y no un pensamiento de adulto. Sin embargo, esta ficción infantil puede persistir en la edad madura como un espejismo que hace conflictiva la relación del neurótico con sus allegados y consigo mismo. Además, el neurótico percibe a las personas que le importan según su visión maniquea de fuertes y débiles, de dominantes y dominados.

#### LA FOBIA ES UNA PROYECCIÓN; LA HISTERIA, UNA REBELIÓN Y LA OBSESIÓN, UN DESPLAZAMIENTO

Cambiemos ahora de perspectiva y expliquemos la presencia del Edipo en las tres neurosis apoyándonos en la metapsicología. Diremos entonces que la *fobia* es el resultado de la *proyección* de la angustia de castración al mundo exterior. La angustia inconsciente se transforma en miedo consciente; el peligro interior,

representante del padre que prohíbe, se proyecta afuera para convertirse en un peligro exterior encarnado, por ejemplo, por los animales. Freud ofreció una elocuente ilustración de ello en el caso "Juanito". El caballo aterrador es el padre y el miedo a los caballos traduce el temor a ser mutilado y abandonado por el padre. En una palabra, la fobia puede definirse como la proyección hacia afuera de un peligro interno que llega a ser así un peligro externo; como, en este caso, la sustitución del padre amenazador de su fantasía por un animal aterrador en la realidad y, finalmente, como la transformación de una angustia inconsciente en temor consciente.

Dejando de lado la *histeria de conversión*, que resulta de la *concentración* de toda la carga de angustia inconsciente en el cuerpo y que provoca así una disfunción somática (migraña, vértigos, dolores, etcétera), reconozco otra forma de histeria mucho más insidiosa y muy frecuente que califico como *histeria de rebelión*. Esta neurosis está ocasionada por el resurgimiento durante la edad adulta de la angustia infantil de ser seducido por uno de los padres, en particular el del mismo sexo. Entre las fantasías infantiles de angustia, la más patógena es la de una escena en la que el niño, seducido pero también aterrado, desempeña el papel de una mujer seducida por el padre. Si tal fantasía queda activa en el inconsciente del hombre histérico, se exteriorizará a través de una conducta reactiva de permanente sublevación. Por ejemplo, en el momento en que se encuentra en una relación normal de dependencia respecto de otra persona admirada o de una autoridad, el histérico se siente oprimido, sometido

do y, en un caso extremo –siempre de acuerdo con sus fantasías–, rebajado al rango de una mujerzuela castrada y tiranizada. Ser dependiente significa para él “ser una mujer”, pues, en su fantasía, la mujer es un ser débil, inferior al hombre y finalmente, despreciable. Además, el neurótico vivirá la dependencia de una autoridad como la peor de las sumisiones y, en consecuencia, experimentará la más perentoria necesidad de rebelarse y de proteger su amor propio. Así es como la persona que encarna la autoridad se vuelve a sus ojos un déspota que debe ser abatido.

Cuando un paciente adopta tal posición histérica, a los analistas nos resulta extremadamente difícil revelar su fantasía de seducción inconsciente y, sobre todo, disiparla. ¿Por qué? Porque el psicoanalista, que hace las veces del padre, se convierte para el paciente en un seductor temible y, por lo tanto, en una autoridad que hay que destituir. Si esta figura transferencial se impone, la cura corre el riesgo de interrumpirse intempestivamente. La fantasía infantil de seducción puede invadir hasta tal punto la relación analítica que toda intervención del terapeuta será interpretada sistemáticamente por el analizando como un intolerable abuso de poder. Freud fue el primero en chocarse contra este escollo insuperable que califico como “roca de la castración”. Yo diría, antes bien, “roca de la *angustia* de castración” puesto que lo que alimenta la rebelión vehemente del neurótico contra el psicoanalista no es otra cosa que la angustia de ser esclavo del padre y de perder su dignidad de hombre. Al rebelarse, el histérico cree salvar su Falo, que nunca tuvo, de las manos de un tirano que el analista nunca fue.

Agreguemos al pasar que podemos sufrir el mismo fracaso en la cura de una mujer cuando la paciente le reprocha al analista su arrogancia y machismo. Este tipo de reacción procede de un anhelo envidioso respecto del terapeuta, a quien la paciente supone portador del Falo, es decir, potente, siempre feliz, amado y admirado por todos. Despechada y furiosa, ella también querría estar dotada de la misma fuerza mágica que él posee y hasta ser más fuerte que el analista, sentirlo débil y convertirse ella en la única persona a la que él puede recurrir. Mientras que el hombre interrumpe la cura por temor a ser una mujerzuela, la mujer le pone fin por rabia y despecho. Así como en el hombre la roca de la castración está marcada por la angustia, en la mujer está marcada por el anhelo envidioso. En los dos casos, *el hombre y la mujer neuróticos tienen una imagen desvalorizada de la mujer y una imagen sobrevalorada del Falo*. El hombre neurótico no comprende que el Falo que salvaguarda tan celosamente es un objeto inexistente y que por lo tanto no corre ningún riesgo de perder algo que no está. No tiene ninguna razón para temer puesto que no lo amenaza ningún peligro. La mujer neurótica tampoco comprende que el Falo es un señuelo y que no tiene ninguna razón para disputarle al hombre un objeto que éste no tiene.

La *obsesión* resulta del *desplazamiento* de la angustia de castración que pasa del inconsciente a la conciencia y se cristaliza en un sentimiento de culpabilidad. La angustia inconsciente de ser vencido por el padre rival se transforma en angustia consciente de ser castigado por el propio superyó. Esta angustia



de sentirse en falta y de creer que puede recibir un castigo se llama sentimiento de culpabilidad. Es frecuente que el obsesivo se complazca en su papel de culpable, tenga necesidad de ser castigado y que se agote en un goce estéril, que podríamos llamar masoquismo moral.

#### LA SIGNIFICACIÓN BISEXUAL DE UN SÍNTOMA NEURÓTICO

Ante un síntoma neurótico, el psicoanalista debe tratar de poner en evidencia la escena fantaseada forjada hace tiempo en la infancia edípica y que gobierna la neurosis actual. En ese cuadro, el sujeto desempeña un papel doble, activo y pasivo o, si queremos ser más exactos, pone en escena un conflicto entre los dos personajes que interpreta: un personaje dominante, más bien masculino, y otro dominado, más bien femenino. Por otra parte, cuando un terapeuta se encuentra ante un paciente que sufre de una fobia a volar, por ejemplo, podríamos decir que la escena fantaseada que fomenta la angustia está interpretada por un padre opresivo —el espacio cerrado del avión— y por un niño amenazado —el joven fóbico mismo—. Pero subrayo además que en la fantasía, el sujeto interpreta los dos roles simultáneamente: es tanto el verdugo viril como la víctima afeminada, el padre opresivo como el niño impotente. Por supuesto, el neurótico se complace principalmente en este último papel.

#### ¿QUÉ ES LA HISTERIA?

He dicho que el Edipo es una desmesura: es un deseo sexual, evocador del deseo sexual adulto, vivido en la cabecita y el cuerpecito de un niño de cuatro años y cuyo objeto son los padres. Inversamente, diré que la *histeria* es un deseo sexual *infantil* vivido en la cabeza de un *adulto* y cuyo objeto no es un hombre ni una mujer sino un ser fuerte o un ser débil. El histérico concibe a su pareja no como a un hombre o como a una mujer, sino como a un ser castrado o todopoderoso.

#### LA HISTERIA QUE SUFRE UN ADULTO FUE PROVOCADA POR UNA RELACIÓN DEMASIADO SENSUAL ENTRE EL NIÑO QUE ERA Y SUS PADRES

Esto es lo que nos enseña el Edipo: la histeria que sufre un adulto fue provocada mucho antes por una violenta conmoción sobrevenida en su sexualidad de niño o niña. En efecto, en el origen de los tormentos neuróticos actuales hay una perturbación de la vida sexual infantil. ¿Qué ocurrió en la infancia edípica del paciente para que se instale una neurosis en la vida adulta? Pues bien, la persona experimentó un traspié; sí, el niño edípico sufrió la experiencia de haber sido superado por un placer erógeno demasiado intenso que se apoderó de él. Su yo, aún inexperto, no supo contener la impetuosidad de un deseo enloquecedor ni asimilar el excesivo placer resultante. ¿Deseo o placer?, dirá el lector. Es perfectamente equivalente pues, como hemos visto, el niño edípico vive las sensaciones, el deseo, las fantasías y el placer como una misma cosa. Noso-

tros somos quienes separamos los elementos de esa totalidad. Es por ello que, cuando el placer erógeno es excesivo, el yo infantil queda traumatizado. En otros términos —y ésta será la gran lección clínica del Edipo—, cuando el yo del niño o la niña es incapaz de integrar un impacto conmovedor de placer sexual, queda desconcertado y condenado a revivir una y mil veces el mismo traumatismo. Querría insistir en esto porque se trata de un fenómeno sorprendente: es el placer y no el dolor, como podría creerse, lo que hace sufrir al niño edípico, futuro histérico. No sólo el dolor es traumático, un placer sexual excesivo también puede serlo.

Ese es el momento en que la discordancia traumatizante entre un yo inmaduro y un placer intenso y precoz se graba en la cera del inconsciente infantil. Como una placa sensible, el inconsciente guarda en la memoria el impacto brutal del placer erógeno y su contexto, es decir, la presencia sensual y deseante del adulto. No hay placer sexual traumático que no sea desencadenado por la excitación, inocente o no, procedente de uno de los padres. Así es como se moldea, en el inconsciente virginal del niño, el prototipo de una escena fantaseada en la que se ve seducido por uno de los padres. Mucho después, ya adulto, el sujeto siente —y aquí estriba la neurosis— la necesidad compulsiva de revivir la misma sensación de ese placer que le provoca dolor y de volver a interpretar la misma escena traumática incluyendo esta vez, no ya a sus padres, sino a los compañeros de su entorno actual. Hay que decirlo claramente. *La experiencia traumática de un niño de vivir sensaciones sexuales demasiado fuertes puede ser el origen de una futura neurosis.* Para terminar, esquematizaré la secuencia

NEUROSIS  
DEL ADULTO  
(COMPULSIÓN DE  
REPETICIÓN)

FIJACIÓN DEL  
TRAUMA EN UNA  
ESCENA FANTASEADA  
QUE SE HA VUELTO  
PATÓGENA

PLACER SEXUAL  
TRAUMATIZANTE EN  
EL NIÑO EDÍPICO

Ya adulto, el sujeto siente la necesidad compulsiva de revivir la misma sensación de ese placer que le provoca dolor y de volver a interpretar la misma escena traumática incluyendo esta vez, no ya a sus padres, sino a los compañeros de su entorno actual.

Como una placa sensible, el inconsciente del niño registra el impacto brutal del placer erógeno, asociado a la presencia sensual del adulto. Éste es el momento en que se imprime, en su inconsciente, el cliché de una escena fantaseada de seducción por parte de uno de los padres.

TRAUMA PSÍQUICO

DISCORDANCIA ENTRE EL PLACER  
SEXUAL Y EL YO INFANTIL

Por un lado, un placer erógeno intenso, fulgurante, desencadenado en el niño por un adulto en estado de deseo y de quien el niño depende; por el otro, un yo infantil atónito e incapaz de integrar mentalmente ese placer desbordante. Es un problema de desmesura y de desfase temporal: el placer es demasiado intenso y llega demasiado temprano.

Cuadro 6

La histeria que sufre un adulto fue provocada por una relación demasiado sensual entre el niño que era y sus padres. La experiencia prematura de un placer erógeno puede ser para un niño tan traumatizante como un dolor.

de la formación de una neurosis. Tenemos un aspecto previo y tres tiempos. El elemento previo es la inmadurez del niño, el anacronismo de un placer sexual demasiado intenso para un pequeño ser de cuatro años. El *trauma* (1<sup>er</sup> tiempo) se  *fija* en una escena fantaseada de placer y de dolor (2<sup>o</sup> tiempo). El sujeto, durante su vida adulta (3<sup>er</sup> tiempo), vuelve a *representar* sin cesar esta escena, que eterniza el trauma. ¡He ahí la neurosis!

#### LA MUJER HISTÉRICA Y SU MIEDO A AMAR

La escena fantaseada en la cual el niño o la niña se ve atraído, luego excitado y finalmente sometido al abuso de un adulto seductor, constituye una de las fantasías más frecuentes que se presentan en la cura de los pacientes histéricos, tanto hombres como mujeres. En lo que se refiere a la mujer, la fantasía de seducción a menudo es la causa de las dificultades de su vida amorosa. La mujer desea ser amada por un hombre y, al mismo tiempo, teme que el hombre la ahogue o, por el contrario, la abandone. Una histérica percibe a todos sus pretendientes a través de la niebla deformante de una fantasía infantil de seducción: "¡Son todos iguales! ¡Todos dicen cosas muy bonitas! Pero, una vez que consiga lo que quiera, ¡me dejará plantada!" En la histérica, la angustia infantil de someterse al padre se ha transformado en una rebelión contra todo hombre del que podría terminar dependiendo y la angustia de ser abandonada se ha transformado en fobia a amar.

#### LAS TRES FIGURAS LACANIANAS DEL PADRE EN EL EDIPO: SIMBÓLICA, REAL E IMAGINARIA

A mi entender, Lacan descompone el proceso del Edipo en tres tiempos siguiendo un criterio más amplio: los diferentes papeles que el niño le hace interpretar a su padres en sus fantasías edípicas. Durante el primer tiempo del Edipo, el padre no está encarnado; es la figura abstracta de la Ley que preserva el mundo humano del caos que provocaría la consumación del incesto. Ese padre eminentemente abstracto, defensa contra la locura de los hombres y representado por el lenguaje humano, se llama *padre simbólico*. En este primer tiempo, el padre es la Ley tácita que el niño ignora. Sin moderación y sin temor, el niño o la niña seduce impudicamente a la madre y se ofrece a ella como si fuera su Falo. En un segundo tiempo, lo que cuenta es la persona real del padre. Aquí él es el *padre real*, agente separador que hace las veces de disyuntor entre la madre y el hijo al prohibir que uno tome al otro como objeto de su deseo. Llegan entonces el tercer tiempo en que el niño se enfrenta al padre, a ese padre que lo separa y lo frustra, y lo hace respetándolo como ser todopoderoso, odiándolo como un rival y envidiándolo como el poseedor del Falo, es decir, como el único poseedor de la madre, de todas las mujeres y del poder. Ese padre respetado, odiado y envidiado es el *padre imaginario*. El niño le demandará a él, en vano, su Falo. Por supuesto, el padre se lo niega y esa negativa conlleva de inmediato la identificación del hijo con el padre, síntesis final de las tres figuras paternas: la simbólica, la real y la imaginaria. Puesto que el niño no puede tener el objeto, se identifica con el portador del objeto.

En suma, el niño edípico vive la experiencia de encontrar tres personajes paternos. Primero, el padre es el marco de la Ley que rige la sociedad en la cual ha nacido ese hijo; luego el padre es el guardián que hace respetar esa Ley, y finalmente el padre es también el policía pero, esta vez, temido por ser la autoridad, resistido por ser el poder y envidiado por poseer la omnipotencia. Es como si en el primer tiempo de ese teatro de títeres que es el Edipo, el pequeño, insolente, tratara de descarriar a la madre susurrándole: “¡Tómame en tus brazos! ¡Nadie nos ve!” Y en el segundo, viéramos salir de pronto al policía de su casilla gritando: “¿Qué están haciendo ustedes dos allí? ¡Deténganse inmediatamente!” Y como si, en el tercer tiempo, el niño, avergonzado y mirando con admiración al representante del orden, le preguntara si puede prestarle su porra para llegar a ser algún día tan fuerte como él. Ante la negativa del policía, el niño se inclina, incorpora la figura de la autoridad y, desdoblándose, es por momentos el rebelde y por momentos el guardia que reprime al rebelde. A partir de entonces, esta breve escena de dos personajes, uno que transgrede y el otro que sanciona, dominará toda la vida afectiva, los actos y las situaciones cruciales que jalonan la existencia del sujeto. En una palabra, la travesía del Edipo puede interpretarse como el encuentro de un niño con las tres figuras del padre, simbólico, real e imaginario: un padre que representa la *Ley*, otro que la hace respetar y, por último, el padre envidiado y resistido que tiene el *poder*. He aquí las tres figuras paternas introyectadas que, conjugadas, formarán el superyó del varón.

## LOS TRES TIPOS DE FALTA QUE SE DAN EN EL EDIPO

CUADRO COMPARATIVO ENTRE LAS POSICIONES  
MASCULINA Y FEMENINA



DESEO INCESTUOSO	FALO: OBJETO PRECIOSO	TIPO DE FALTA	AGENTE DE LA FALTA	VIVENCIA DE LA FALTA
DESEO EDÍPICO DEL VARÓN DE POSEER A LA MADRE	Temo perder... un objeto que creía tener: el <i>Falo imaginario</i>	La <i>falta</i> es una <i>idea</i> : la castración es simbólica	El agente de la castración es el <i>padre que prohíbe, seductor y rival</i>	<i>Angustia</i> de perder mi Falo-pene, mi Falo-virilidad o mi Falo-potencia
DESEO PREEDÍPICO DE LA NIÑA DE POSEER A LA MADRE	Perdí... un objeto que creía tener: el <i>Falo simbólico</i>	La <i>falta</i> es un <i>hecho</i> : la privación es <i>real</i>	El agente de la privación es la <i>madre que le falla</i>	<i>Dolor</i> de privación
DESEO EDÍPICO DE LA NIÑA DE SER POSEÍDA POR EL PADRE	Quiero ser... el objeto precioso de mi padre: el <i>Falo real</i>	La <i>falta</i> es un <i>desengaño</i> : la <i>frustración</i> es <i>imaginaria</i>	El agente de la frustración es el <i>padre que se niega a tomar a su hija como Falo</i>	La niña no se resigna, <i>lucha</i> por llegar a ser mujer y madre

**Cuadro 7. Los tres tipos de falta en el Edipo:**  
castración, privación y frustración. Una lectura de la tríada lacaniana

### Comentario del cuadro sobre los tres tipos de falta en el Edipo

La castración es una idea; la privación, un hecho y la frustración un pedido denegado. Para el varón, la castración es una idea angustiante, la idea de que lo esencial puede llegar a faltarle; mientras que para la niña, la privación es una comprobación dolorosa, la confirmación de que le falta lo esencial que ella creía tener. En cuanto a la frustración, para la niña es la decepción que resulta de la negativa del padre a tomarla como Falo. Desilusionada, lucha sin embargo para obtener los dos Falos principales de la vida de una mujer: el amor y el hijo concebido con el hombre amado.

En la etapa del Edipo el niño experimenta por primera vez los deseos que están en la base de su futura identidad sexual: el deseo masculino de poseer y el deseo femenino de ser poseído. El siguiente es un cuadro comparativo entre las posiciones masculina y femenina. Por supuesto, son posiciones que pueden ocupar indistintamente un hombre o una mujer. Existen muchas mujeres que desean según el tipo masculino y muchos hombres que desean según el tipo femenino. "Masculino" y "femenino" son palabras que designan posiciones psíquicas dominantes; es imposible—realmente lo es—definir psicoanalíticamente el retrato tipo del hombre y de la mujer puesto que las singularidades son infinitas.

ESFERAS	POSICIÓN MASCULINA	POSICIÓN FEMENINA
<i>Deseo edípico</i>	<i>Deseo de poseer</i>	<i>Deseo de ser poseído</i>
<i>Sexualidad</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• El hombre es sexualmente hiperactivo, está orgulloso de su sexo y deseoso de hacer gozar a la mujer.</li> <li>• En un tropismo <i>centrífugo</i>, el hombre quiere proteger, contener y <i>penetrar</i> a la mujer amada.</li> <li>• El hombre puede amar a una mujer y, sin renunciar a ese amor, desear a otra. Amor y sexo están disociados.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• A diferencia del hombre, la mujer es particularmente sensible a la <i>calidad</i> de la relación sexual.</li> <li>• En un tropismo <i>centrípeto</i>, la mujer quiere ser protegida, contenida y <i>recibir</i> el sexo del hombre amado. Para una mujer, ofrecerse no significa ser pasiva ni sumisa.</li> <li>• La sensibilidad erótica es más rica y diversa en la mujer que en el hombre, la cual permanece concentrada en su pene.</li> <li>• La mujer más entera ama al hombre que la satisface sexualmente. Amor y sexo son indisolubles.</li> </ul>
<i>Comportamientos en relación con su compañero amoroso</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• El hombre prefiere amar a ser amado.</li> <li>• Idealiza a la mujer amada y ante ella se pone en un segundo plano. Humildad del hombre enamorado.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• La mujer prefiere ser amada por el hombre que ama. Tiene necesidad de que permanentemente se le dé seguridad en ese sentido.</li> </ul>

<i>Narcisismo</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Narcisismo que se manifiesta en hacer las cosas bien más que en ser bello. Para un hombre es más importante ser fuerte que ser hermoso.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Narcisismo de sentirse bella más que de mostrarse bella. Para una mujer es más importante ser indispensable que ser potente. Quiere ser única.</li> </ul>
<i>Potencia / impotencia</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• La alternativa de ser fuerte o débil es un aspecto vital del hombre.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Ser fuerte o débil no es su problema; el punto esencial de la vida de una mujer es ser amada y no ser abandonada.</li> </ul>
<i>Determinación y valor</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• El hombre, cobarde por naturaleza, tarda en comprometerse, evalúa los riesgos, vacila y retrocede ante el acto.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Una vez que ha decidido comprometerse, la mujer da prueba de valor e inquebrantable determinación.</li> </ul>
<i>Actitud social</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• El hombre tiende a ostentar su potencia.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• La mujer prefiere ignorar su potencia y ocuparse de lo que siente íntimamente.</li> </ul>
<i>Voluntad</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Gran voluntad, previsión y perseverancia en la acción.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Encarnizamiento por conquistar el amor y proteger a su hijo.</li> </ul>
<i>¿Por qué son diferentes las posiciones masculina y femenina?</i>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• El hombre está dotado de un apéndice separable, el pene, que simboliza todo lo que teme perder: la potencia y la virilidad. El temor de perder su fuerza está tan instalado en el espíritu del hombre que, para él, todo acto es un riesgo y todo fracaso, una humillación.</li> <li>• Para el hombre los peligros supremos son la mujer vengativa y el padre admirado.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• En su imaginario, la mujer no posee apéndice, ni para manipular ni para salvaguardar; posee en cambio un objeto invisible que hay que preservar, su tesoro más apreciado: amar y ser amada. No tiene nada que perder, sólo el amor. Ahora bien, para ella, el amor es una conquista permanente, un bien que hay que reconquistar sin cesar. Por lo tanto, no tiene una pertenencia que deba defender. Toda acción, hasta la que pone en juego su vida, es una acción que ciertamente le da miedo, pero que aborda con mucha más seguridad que el hombre. Sabe algo que el hombre ha olvidado: que las posesiones definitivas no existen.</li> </ul>

6. EXTRACTOS SOBRE EL EDIPO  
DE LAS OBRAS DE  
SIGMUND FREUD Y JACQUES LACAN  
(PRECEDIDOS DE NUESTROS COMENTARIOS)

A continuación se presenta un conjunto de extractos de la obra de Freud y Lacan, precedidos por un comentario en bastardilla de J.-D. Nasio.

## **FREUD**

- *La universalidad del complejo de Edipo*

*Todos los niños, independientemente de sus condiciones familiares y socioculturales, viven esa fantasía universal que es el complejo de Edipo. Ya sea hijo de una familia clásica, de una monoparental o de una reorganizada, ya sea que está creciendo en el hogar de una pareja homosexual y hasta si se trata de un niño abandonado, huérfano o adoptado, ningún niño escapa al Edipo. ¿Por qué? Porque ningún niño ni ninguna niña de cuatro años puede sustraerse al torrente de pulsiones eróticas que se liberan en él alrededor de los tres o cuatro años y porque ninguna persona adulta de su entorno inmediato puede evitar convertirse en el blanco de sus pulsiones ni en el cauce para canalizarlas.*



“Es una situación que todo niño está llamado a vivir y que resulta inevitablemente de su larga dependencia y de su vida junto a sus padres; quiero hablar del complejo de Edipo, así llamado porque su contenido esencial se encuentra en la leyenda griega del rey Edipo. [...] El héroe griego mata a su padre y desposa a su madre [...] sin saberlo [...].”<sup>1</sup> Freud

“El niño tiene que cumplir aquí un prototipo filogenético y lo logra, aun cuando su experiencia de vida personal bien puede no concordar con él.”<sup>2</sup> Freud

“Los prototipos filogenéticos que el niño aporta al nacer [...] son precipitados de la historia de la civilización humana. El complejo de Edipo es uno de ellos.”<sup>3</sup> Freud

“[...] ella se encontró bajo el dominio del complejo de Edipo, aún sin saber que esa fantasía universal, en su caso, se había vuelto realidad.”<sup>4</sup> Freud

- *El descubrimiento del complejo de Edipo*

*Deducimos la existencia del complejo de Edipo a partir de los recuerdos de infancia de carácter sexual evocados por nuestros pacientes adultos. No olvidemos que el recuerdo es siempre una reinterpretación muy subjetiva del pasado.*

“Los descubrimientos sorprendentes sobre la sexualidad del niño [complejo de Edipo] se hicieron primero mediante el análisis de adultos [...].”<sup>5</sup> Freud

“Precisamente detrás de esas fantasías [evocadas por los pacientes adultos] aparece, pues, el material que

permite hacer la descripción del desarrollo de la función sexual [fases libidinales de la infancia].”<sup>6</sup> Freud

- *Freud descubrió el Edipo basándose en el relato de escenas de seducción que sus pacientes adultos creían haber vivido en su infancia*

*El complejo de Edipo no es una realidad observable, sino una fantasía sexual forjada por el niño bajo la presión de su deseo incestuoso. El contenido de esa fantasía es con frecuencia una escena de seducción sexual protagonizada por un adulto. Señalemos además que aunque el paciente creó la fantasía edípica en la infancia y ella está siempre vívida en el adulto neurótico, el analista debe reconstruirla en el transcurso de la cura. Y la reconstruye “en caliente” pues la relación analista/paciente reproduce en acto la relación edípica.*

“[...] me vi obligado a reconocer que esas escenas de seducción nunca habían tenido lugar y que no eran más que fantasías elaboradas por mis pacientes.”<sup>7</sup> Freud

*El recuerdo de haber sido seducido sexualmente por el padre es una de las formas en las que puede presentarse el complejo de Edipo. La fantasía de seducción no es más que una variante de la fantasía edípica. Basta un gesto demasiado cariñoso por parte de uno de los padres (en general, el padre) para que el niño forje el recuerdo de un gesto equívoco de seducción sexual.*

“Frente a las escenas de seducción [...] forjadas por mis pacientes [...], me vi confrontado por primera vez al complejo de Edipo [...].”<sup>8</sup> Freud

- *El deseo incestuoso es el origen de todos los deseos humanos*

*El deseo incestuoso no solamente es irrealizable; además es inconcebible para un niño de cuatro años. No obstante, los analistas atribuimos a ese deseo mítico, que está más allá de toda genitalidad, el origen de todos los deseos y fantasías humanas.*

*“El deseo de tener un hijo con la madre nunca falta en el niño varón, el deseo de tener un hijo del padre es una constante en la niña y esto sucede por más que a esa edad sean totalmente incapaces de tener una idea clara de la vía que puede conducir a la concreción de esos deseos.”<sup>9</sup> Freud*

- *El deseo incestuoso se satisface parcialmente en una fantasía*

*Que el padre le pegue es una fantasía que satisface parcialmente el deseo incestuoso de un niño varón de ser poseído sexualmente por su padre. El dolor físico pasa a ser entonces placer sexual. En este aspecto, quiero destacar que un incidente traumático de gran violencia física, ocurrido en la infancia o en la adolescencia, puede determinar en un hombre la posición sexual pasiva (masoquismo) respecto de un compañero masculino o femenino que lo domina y lo rebaja.*

*“La fantasía de fustigación del varón es [...] una fantasía pasiva, surgida de la posición femenina respecto del padre.”<sup>10</sup> Freud*

- *El Edipo del varón y de la niña*

*El varón renuncia a su madre porque tiene miedo, mientras que la niña se aparta de la madre que la decepciona y se vuelve hacia el padre.*

*“El complejo de Edipo del varón, en el cual el niño desea a la madre y querría eliminar al padre, en cuanto rival, se desarrolla naturalmente a partir de la fase de su sexualidad fálica. Pero la amenaza de castración lo obliga a dejar esta posición. La impresión de que corre el peligro de perder el pene le hace abandonar, reprimir y, en el caso más normal, destruir radicalmente el complejo de Edipo; entonces se instituye como heredero un superyó severo.*

*Lo que sucede en el caso de la niña es casi lo contrario. El complejo de castración prepara el complejo de Edipo en lugar de destruirlo; bajo la influencia de la envidia del pene, la pequeña queda expulsada de la relación con su madre y se apresura a entrar en la situación edípica como en un puerto.”<sup>11</sup> Freud*

- *Las tres fases del Edipo de la niña*

*En nuestra opinión el Edipo femenino se divide en tres fases. La fase preedípica, durante la cual la niña, en posición masculina, desea a la madre como objeto sexual; la fase que llamo “dolor de privación”, durante la cual la niña se siente sola, mortificada y envidiosa del varón y, finalmente, la fase propiamente edípica durante la cual la niña está dominada por el deseo femenino de ser poseída por su padre.*

“La vida sexual de la mujer se divide en dos fases, la primera de las cuales tiene un carácter masculino y la segunda es específicamente femenina.”<sup>12</sup> Freud

*Entre la primera y la segunda fase propuestas por Freud, yo intercalo un período intermedio en el que la niña, sola y mortificada, adopta una posición masculina de rivalidad.*

- *El superyó es nuestro padre psíquico*

*Nuestro superyó puede ser muy severo o más tolerante, según la velocidad y la violencia con que se haya producido la represión del complejo de Edipo.*

“El superyó se esforzará por reproducir y conservar el carácter del padre y, cuanto más fuerte sea el complejo de Edipo, más rápidamente se efectuará la represión y más fuerte será también el rigor con el cual reine el superyó sobre el yo como encarnación de los escrúpulos de conciencia y tal vez también de un sentimiento de culpabilidad inconsciente.”<sup>13</sup> Freud

- *La neurosis es la reactivación del Edipo durante la edad adulta*

*El complejo de Edipo es la causa de la neurosis porque las fantasías edípicas insuficientemente reprimidas en la infancia reaparecen en la edad adulta adquiriendo la forma de síntomas neuróticos. Digámoslo de otro modo: la neurosis de un adulto se explica en virtud de la intensidad con la cual esa persona vivió*

*su placer sexual de niño y en virtud de la violencia con la cual lo reprimió.*

“He aquí por qué la sexualidad infantil, que está sometida a la represión, es la fuerza motriz principal de la formación del síntoma y por qué el elemento esencial de su contenido, el complejo de Edipo, es el complejo nuclear de la neurosis.”<sup>14</sup> Freud

“Creemos que el complejo de Edipo es el verdadero núcleo de la neurosis, que la sexualidad infantil, que culmina en él es su condición efectiva y que lo que subsiste en el inconsciente de ese complejo representa la disposición del adulto a contraer posteriormente una neurosis.”<sup>15</sup> Freud

“He comenzado a comprender que los síntomas histéricos derivan de fantasías [edípicas], y no de acontecimientos reales.”<sup>16</sup> Freud

\*  
\* \*

## LACAN

- *El Edipo es una teoría de la familia*

*La teoría del Edipo es una teoría de la familia y, en particular, la de la decadencia social de la imagen paterna. Precisamente esa decadencia del rol del padre estaría en el origen de las neurosis.*

“Descubrir que [...] la represión sexual y el sexo psíquico estaban sometidos a la regulación y a los accidentes de un drama psíquico de la familia equivalía a suministrar la colaboración más preciosa a la antropología de la agrupación familiar. [...] Con lo que Freud pudo formular muy pronto una teoría de la familia. Ésta estaba fundada en una disimetría [...] en la situación de los dos sexos respecto del Edipo.”<sup>17</sup> *Lacan*

“No somos de los que se afligen por un supuesto relajamiento del vínculo familiar. [...] Pero una cantidad importante de efectos psicológicos parecen proceder de

una decadencia social de la imago paterna. [...] Esta decadencia constituye una crisis psicológica. Tal vez hasta haya que remitir la aparición del psicoanálisis precisamente a esta crisis. El sublime azar del genio probablemente no explique por sí solo que haya sido en Viena [...] donde un hijo del patriarcado judío haya imaginado el complejo de Edipo. Sea como fuere, las formas de las neurosis dominantes a fines del siglo pasado nos revelaron que dependían íntimamente de las condiciones de la familia.”<sup>18</sup> *Lacan*

- *La fase fálica*

*En la fase fálica, el niño desea sexualmente a uno de sus padres sin consumir, por supuesto, ningún acto sexual. En el lugar de una genitalidad inexistente, se desarrolla en el niño la fantasía de poseer un Falo todopoderoso.*

“Justo antes del período de latencia, el sujeto infantil, masculino o femenino, llega a la fase fálica que indica el punto de realización de lo genital. Todo está allí, incluso la elección del objeto. Sin embargo, hay algo que no está, a saber, la plena realización de la función genital. [...] Queda, en efecto, un elemento fantasmático, esencialmente imaginario, que es el predominio del Falo, gracias a lo cual, para el sujeto, hay dos tipos de seres en el mundo: los seres que tienen el Falo y los que no lo tienen, es decir, que están castrados.”<sup>19</sup> *Lacan*

- *La omnipotencia de la madre*

*Lacan se opone a la idea de que el niño esté dominado por un sentimiento de omnipotencia. Sólo la ma-*



*dre puede disponer de la omnipotencia puesto que el niño se la atribuye a ella. La omnipotencia es sólo del Otro y la primera castración que vive un niño es la comprobación angustiosa de que su madre es tan vulnerable como él.*

“Es erróneo, completamente impensable, que el niño tenga la noción de que él es omnipotente. En su desarrollo nada indica que la tenga; además, su supuesta omnipotencia y las frustraciones que habría de afrontar no tienen nada que ver en este asunto. Lo que importa [...] son las faltas, las decepciones, relacionadas con la omnipotencia de la madre.”<sup>20</sup> Lacan

- *El padre es una metáfora*

*Para Lacan, el padre es el personaje principal del drama edípico, ya se trate del Edipo masculino ya se trate del femenino.*

“No existe la cuestión del Edipo si no está el padre e, inversamente, hablar de Edipo es introducir como aspecto esencial la función del padre.”<sup>21</sup> Lacan

*En el complejo de Edipo, la condición del padre es la de una metáfora: es el significante que ocupa el lugar de otro significante. El significante “padre” aparece en el lugar del significante “deseo de la madre”. En otras palabras, para el niño el padre es también un hombre, el hombre que la madre desea.*

“¿Qué es el padre? No digo en la familia. [...] Todo estriba en saber lo que es el padre en el complejo de Edipo. [...] Éste, el padre es una metáfora. [...] El padre

es un significante que sustituye a otro significante. Allí está la fuerza, el motor esencial, la única fuerza de la intervención del padre en el complejo de Edipo. [...] La función del padre en el complejo de Edipo es ser un significante que sustituye a uno anterior introducido en la simbolización, el significante materno. [...] Según la fórmula de la metáfora, el padre ocupa el lugar de la madre.”<sup>22</sup> Lacan

- *Tríada imaginaria, cuarteto simbólico*

*Para Lacan el triángulo madre-hijo-Falo es una tríada imaginaria preedípica. El Edipo sólo aparece con la introducción del cuarto elemento, el padre. La tríada imaginaria deviene entonces cuarteto simbólico. El paso de una al otro se produce a través de una decepción: el niño se siente decepcionado al comprender que no es el Falo de su madre. Descubre que el objeto de deseo de la madre está en el padre y no en él. De pronto se vuelve hacia el padre, el poseedor del Falo.*

“[...] la dialéctica de los tres objetos primeros (madre-hijo-falo) y del cuarto término que los abarca a todos ellos y los liga en la relación simbólica, a saber, el padre. Ese término introduce la relación simbólica.”<sup>23</sup> Lacan

“La tríada imaginaria madre-hijo-Falo, como preludio a la iniciación de la relación simbólica, sólo se da con la cuarta función, la del padre, introducida por la dimensión del Edipo. El triángulo es en sí mismo preedípico [...]. El cuarteto [...] se constituye cuando entra en juego la función paterna, a partir de [...] la decepción fundamental del hijo. Éste reconoce [...], no solamente que no es el objeto único de la madre, sino que el interés de la madre [...] es el falo. A partir de este reco-

nocimiento tiene que advertir, en segundo lugar, que la madre está privada, que ella misma carece de ese objeto.”<sup>24</sup> *Lacan*

- *Lacan y la simbólica del don*

*Lacan pone el acento en la simbólica del don, ya sea el don en el sentido de pedirle al otro que le done el objeto, ya sea en el sentido de dar el objeto al otro. La niña entra en el Edipo cuando le pide el Falo a su padre, el varón sale del Edipo cuando –para salvar su pene– acepta dejar de lado el objeto que tanto valoraba, es decir, su madre; renuncia así a la madre como objeto de deseo.*

“La niña se ve introducida en la simbólica del don dado que no posee el Falo. Precisamente porque se trata de tener o no tener el Falo, la niña entra en el complejo de Edipo. El varón [...] no entra por allí. Al final del complejo de Edipo [...] es necesario que él done lo que tiene.”<sup>25</sup> *Lacan*

- *Castración y privación*

*La castración es una idea, la privación es un hecho. Al mirar el cuerpo desnudo de la niña, el varón se dice: “Fue castrada”; la niña, al mirarse, comprueba: “Fui privada de eso”. Para el varón, la castración es una idea angustiante, la idea de que lo esencial puede faltarle; mientras que, para la niña, la privación es una comprobación dolorosa, la comprobación de que le falta lo esencial que creía tener.*

“La privación [...] es especialmente el hecho de que la mujer no tiene pene, que está privada de él. Este hecho, asumir este hecho, tiene una incidencia constante en la evolución de casi todos los casos que nos expone Freud. [...] La castración [...] toma como base la aprehensión en lo real de la ausencia de pene en la mujer. [...] [Los seres mujeres] están castrados en la subjetividad del sujeto. En lo real, en la realidad, en aquello que se invoca como experiencia real, están privados.

La noción misma de privación [...], implica la simbolización del objeto en lo real. [...] Indicar que algo no está allí es suponer su presencia posible, es decir, introducir en lo real [...] el simple orden simbólico.

En cuanto a la castración, por más que sea eficaz, que se experimente, se sienta y esté presente en la génesis de una neurosis, se refiere [...] a un objeto imaginario. Ninguna castración [...] es una castración real.”<sup>26</sup> *Lacan*

- *El superyó, fruto del Edipo*

*El superyó, heredero del complejo de Edipo, es una figura de la Ley introyectada en el inconsciente infantil y dicta, como un amo interior, las decisiones determinantes y las cotidianas de la existencia.*

“El fin del complejo de Edipo es correlativo a la instauración de la Ley, reprimida pero permanente, en el inconsciente. [...] La Ley [...] está basada en lo real y adquiere la forma de ese núcleo que deja detrás de sí el complejo de Edipo [...] [núcleo] que, como sabemos, en cada sujeto se encarna de las formas más diversas, las más estrafalarias y gesticulantes, que se llama el superyó.”<sup>27</sup> *Lacan*

- *El Edipo, una figura del ideal del yo*

*Para Lacan, el Edipo es una vía normativa, una de las figuras posibles del Ideal del yo. El Ideal del yo es el tipo viril o el tipo femenino que el varón y la niña están destinados a asumir.*

“En el Edipo, el sujeto asume su propio sexo, es decir, para llamar a las cosas por su nombre, lo que hace que el hombre asuma el tipo viril y que la mujer asuma cierto tipo femenino. [...] La virilidad y la feminización son los dos términos que traducen eso que es esencialmente la función del Edipo. Nos encontramos allí al nivel en que el Edipo está directamente vinculado con la función del Ideal del yo.”<sup>28</sup> *Lacan*

“Por lo tanto no basta que, después del Edipo, el sujeto desemboque en la heterosexualidad; es necesario que el sujeto, niña o varón, llegue a ella de manera tal que se sitúe correctamente en relación con la función del padre. He ahí el centro de toda la problemática del Edipo.”<sup>29</sup> *Lacan*

- *La castración se transmite de padre a hijo*

*¿Qué es estar castrado sino comprobar dolorosamente que nuestro cuerpo y nuestros deseos son limitados? El padre que tuve, el padre que soy y el hijo que me sucede, cada uno de nosotros debe asumir las castraciones que se le imponen.*

“La castración es lo que produce el impacto en el hijo, ¿no es además lo que le da acceso, por la vía justa, a aquello en que consiste la función del padre? [...] ¿Y no implica indicar que la castración se transmite de padre a hijo?”<sup>30</sup> *Lacan*

- *Dolto y la prohibición del incesto*

*Dolto les pide a los padres que asuman la castración de no tomar a sus hijos como una prolongación de sí mismos.*

“Los padres querrían conservar un dominio sobre su hijo y trasladar los frutos de su experiencia al pensamiento de ellos. Esto es hacer trampas con la prohibición del incesto. El hijo debe abandonar todo lo que le fue inculcado por sus padres: ‘Deja a tu padre y a tu madre’, lo cual no quiere decir que no vaya a encontrar su herencia de otra manera, engendrando él mismo lo que haya oído, no de sus padres sino de su experiencia con otras personas que aparezcan en su vida, con la condición de que no sea obligatorio, que no forme parte de la corriente de una alianza amorosa.”<sup>31</sup> *Dolto*

\*  
\* \*

## REFERENCIAS DE LOS EXTRACTOS CITADOS

### Sigmund Freud

1. *Abrégé de psychanalyse*, PUF, 14<sup>a</sup> ed., 1997, pág. 58.
2. "A partir de l'histoire d'une névrose infantile", en *Œuvres complètes de Freud*, vol. XIII, PUF, 3<sup>a</sup> ed., 2005, pág. 84.
3. *Cinq psychanalyses*, 23<sup>a</sup> ed., 1999, pág. 418.
4. "Quelques types de caractères", en *L'Inquiétante Étrangeté et autres essais*, Gallimard, 1985, pág. 166.
5. *Ma vie et la psychanalyse*, Gallimard, 1949, pág. 65.
6. "Psychanalyse" y "Théorie de la libido", en *Résultats, idées, problèmes II*, PUF, 6<sup>a</sup> ed. 1998, pág. 62.
7. *Freud présenté par lui-même*, Gallimard, 1984, pág. 57.
8. *Ibid.*, pág. 58.
9. "Un enfant est battu", en *Névrose, psychose et perversion*, PUF, 12<sup>a</sup> ed., 1997, pág. 227.
10. *Ibid.*, pág. 238.
11. "La féminité", en *Nouvelles conférences d'introduction à la psychanalyse*, Gallimard, 1984, pág. 173.
12. "Sur la sexualité féminine", en *La vie sexuelle*, PUF, 13<sup>a</sup> ed. 1997, pág. 142.
13. *Essais de psychanalyse*, Payot, 1981, págs. 203-204.
14. "Un enfant est battu", en *Névrose, psychose et perversion*, op. cit., pág. 243.
15. *Ibid.*, pág. 233.
16. "La féminité", en *Nouvelles conférences d'introduction à la psychanalyse*, op. cit., pág. 161.

### Jacques Lacan

17. "Les complexes familiaux dans la formation de l'individu", en *Autres Écrits*, colec. "Le Champ Freudien", Éditions du Seuil, 2001, pág. 47.

18. *Ibid.*, pág. 61.
19. *Le Séminaire*, Libro IV, *La Relation d'objet* (1956-1957) (texto establecido por Jacques-Alain Miller), colec. "Le Champ Freudien", Éditions du Seuil, 1994, pág. 110.
20. *Ibid.*, pág. 69.
21. *Le Séminaire*, Libro V, *Les Formations de l'inconscient* (1957-1958) (texto establecido por Jacques-Alain Miller), colec. "Le Champ Freudien", Éditions du Seuil, 1998, pág. 166.
22. *Ibid.*, págs. 174-175.
23. *Le Séminaire*, Libro IV, *La Relation d'objet*, op. cit., pág. 84.
24. *Ibid.*, págs. 81-82.
25. *Ibid.*, pág. 123.
26. *Ibid.*, págs. 218-219.
27. *Ibid.*, pág. 211.
28. *Le Séminaire*, Libro V, *Les Formations de l'inconscient*, op. cit., pág. 166.
29. *Le Séminaire*, Libro IV, *La Relation d'objet*, op. cit., pág. 211.
30. *Le Séminaire*, Libro XVII, *L'Envers de la psychanalyse* (1969-1970) (texto establecido por Jacques-Alain Miller), colec. "Le Champ Freudien", Éditions du Seuil, 1991, pág. 141.
31. Dolto, F., revista *Approches*, n° 40, 1980.



## SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA SOBRE EL EDIPO

## SIGMUND FREUD

- La Naissance de la psychanalyse*, PUF, 1979, pág. 198. [Ed. cast.: *Los orígenes del psicoanálisis* (1950), AE, vol. 1.]
- “L’hérédité et l’étiologie des névroses”, en *Névrose, psychose et perversion*, PUF, 12ª ed., 1997, págs. 55-59. [Ed. cast.: “Herencia y etiología de las neurosis” (1896), AE, vol. 3.]
- “Nouvelles remarques sur les psychoses de défense”, *ibid.*, págs. 66-67. [Ed. cast.: “Las neuropsicosis de defensa” (1894), AE, vol. 3.]
- “L’étiologie de l’hystérie”, *ibid.*, págs. 103-105. [Ed. cast.: “Etiología de la histeria” (1896), AE, vol. 3.]
- “Analyse d’une phobie chez un petit garçon de cinq ans” (Le petit Hans), en *Cinq psychanalyses*, PUF, 23ª ed., 1999, págs. 172, 194-199. [Ed. cast.: “Análisis de la fobia de un niño de cinco años” (1909), AE, vol. 10.]
- “Remarques sur un cas de névrose obsessionnelle” (L’homme aux rats), *ibid.*, págs. 234-235. [Ed. cast.: “A propósito de un caso de neurosis obsesiva” (1909), AE, vol. 19.]
- “Les explications sexuelles données aux enfants”, en *La Vie sexuelle*, PUF, 13ª ed., 1997, págs. 9-12. [Ed. cast.: “El esclarecimiento sexual del niño” (1907), AE, vol. 9.]
- “Les théories sexuelles infantiles”, *ibid.*, págs. 14-27. [Ed. cast.: “Sobre las teorías sexuales infantiles” (1908), AE, vol. 9.]

- Cinq leçons sur la psychanalyse*, Payot, colec. "Petite Bibliothèque Payot", 1966, págs. 54-57.
- "Un type particulier de choix d'objet chez l'homme", en *La Vie Sexuelle*, op. cit., págs. 51-55. [Ed. cast.: "Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre" (1910), AE, vol. 11.]
- "Sur le plus général des rabaissements de la vie amoureuse", *ibid.*, págs. 57 y 64. [Ed. cast.: "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa" (1912), AE, vol. 11.]
- Totem et tabou*, Payot, colec. "Petite Bibliothèque Payot", 1965, págs. 192-199, 214-217, 234. [Ed. cast.: *Tótem y tabú* (1912-1913), AE, vol. 13.]
- "Extrait de l'histoire d'une névrose infantile" (L'homme aux loups), en *Cinq Psychanalyses*, op. cit., págs. 390-391 y 418. [Ed. cast.: "De la historia de una neurosis infantil" (1918), AE, vol. 3.]
- "Le tabou de la virginité", en *La Vie sexuelle*, op. cit., págs. 75-78. [Ed. cast.: "El tabú de la virginidad" (1918), AE, vol. 13.]
- "Un enfant est battu", en *Névrose, psychose et perversion*, op. cit., págs. 228-229, 242-243. [Ed. cast.: "Pegan a un niño" (1919), AE, vol. 17.]
- "Psychologie de masse et analyse du moi", en *Essais de psychanalyse*, Payot, colec. "Petite Bibliothèque Payot", 1981, págs. 167-174. [Ed. cast.: *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), AE, vol. 18.]
- "Le moi et le ça", *ibid.*, págs. 240-252, 262-275. [Ed. cast.: *El yo y el ello* (1923), AE, vol. 19.]
- "L'organisation génitale infantile", en *La vie sexuelle*, op. cit., págs. 75-78. [Ed. cast.: "La organización genital infantil" (1923), AE, vol. 19.]
- "La disparition du complexe d'Edipe", *ibid.*, págs. 117-122. [Ed. cast.: "El sepultamiento del complejo de Edipo" (1924), AE, vol. 19.]
- "Le problème économique du masochisme", en *Névrose, psychose et perversion*, op. cit., págs. 292-297. [Ed. cast.:

- "El problema económico del masoquismo" (1924), AE, vol. 19.]
- "Quelques conséquences psychologiques de la différence anatomique entre les sexes", en *La Vie sexuelle*, op. cit., págs. 123-132. [Ed. cast.: "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos" (1925), AE, vol. 19.]
- "Auto-présentation", en *Sigmund Freud présenté par lui-même*, Gallimard, 1984, págs. 57-58. [Ed. cast.: *Presentación autobiográfica* (1925), AE, vol. 20.]
- Inhibition, symptôme et angoisse*, PUF, 1971, págs. 19-29. [Ed. cast.: *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), AE, vol. 20.]
- "Dostoïevski et le parricide", en *Résultats, idées, problèmes II*, PUF, 6ª ed., 1998, págs. 173-175. [Ed. cast.: "Dostoïevski y el parricidio" (1928), AE, vol. 21.]
- Le président Wilson*, Payot, 1990, págs. 77, 79-80, 88-89, 116.
- Malaise dans la civilisation*, PUF, 1989, pág. 91. [Ed. cast.: *El malestar en la cultura* (1930), AE, vol. 21.]
- "Sur la sexualité féminine", en *La Vie sexuelle*, op. cit., págs. 139-153. [Ed. cast.: "Sobre la sexualidad femenina" (1931), AE, vol. 21.]

## JACQUES LACAN

- "Les complexes familiaux dans la formation de l'individu", en *Autres écrits*, Seuil, 2001, págs. 23-84.
- Le Séminaire*, Libro III, *Les Psychoses*, Seuil, 1981, págs. 191-193, 197-201. [Ed. cast.: *El Seminario. Libro 3, Las psicosis*, Barcelona, Paidós, 1984.]
- Le Séminaire*, Libro IV, *La Relation d'objet*, Seuil, 1994, págs. 42-58, 59-75, 81-92, 108-110, 139-144, 190-195, 221-245, 269-284. [Ed. cast.: *El Seminario. Libro 4, La relación de objeto*, Barcelona, Paidós, 1994.]
- Le Séminaire*, Libro V, *Les Formations de l'inconscient*, Seuil, 1998, págs. 161-212. [Ed. cast.: *El Seminario.*

Libro 5, *Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós, 1999.]

“Le mythe individuel du névrosé”, en *Ornicar?*, 1979, n° 17/18, págs. 289-307.

*Le Séminaire*, Libro VII, *L'Éthique de la psychanalyse*, Seuil, 1986, págs. 323-333, 351-358. [Ed. cast.: *El Seminario. Libro 7, La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1988.]

*Le Séminaire*, Libro XVII, *L'Envers de la psychanalyse*, Seuil, 1991, págs. 126-151. [Ed. cast.: *El Seminario. Libro 17, El reverso del psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1992.]

*Écrits*, Seuil, 1966, págs. 178-188, 249-250, 277-278, 361-362, 460-461, 554-556, 602, 685-695, 823-825. [Ed. cast.: *Escritos I y II*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.]

#### OTROS AUTORES

Abraham, K., (1965): *Œuvres complètes*, tomos I y II, Payot.

Deleuze, G. y Guattari, F. (1971): *L'Anti-Œdipe*, Éditions de Minuit. [Ed. cast.: *El Antiedipo*, Barcelona, Paidós, 1998.]

Dolto, F. (1977): *L'Évangile au risque de la psychanalyse*, tomo II, Seuil, págs. 71-76. [Ed. cast.: *El Evangelio ante el psicoanálisis*, Madrid, Cristiandad, 1979.]

—(1984): *L'Image inconsciente du corps*, Seuil, págs. 186-199. [Ed. cast.: *La imagen inconsciente del cuerpo*, Barcelona, Paidós, 1979.]

—(1981): *Au Jeu du désir*, Seuil, págs. 194-244. [Ed. cast.: *En el juego del deseo*, Madrid, Siglo XXI, 1996.]

Graves, R. (1967): *Les Mythes grecs*, Fayard. [Ed. cast.: *Los mitos griegos*, Barcelona, Ariel, 2001.]

Heimann, P. (1921): “A contribution to the re-evaluation of Œdipus Complex. The early stages”, en *International Journal of Psychoanalysis*.

Jones, E. (1997): *Théorie et pratique de la psychanalyse, Désir/Payot*. [Ed. cast.: *Teoría y práctica del psicoanálisis*, Barcelona, Herder, 1989.]

Klein, M. (1968): “Les stades précoces du conflit œdipien”, “Le complexe d'Œdipe éclairé par les angoisses précoces”, en *Essais de psychanalyse*, Payot. [Ed. cast.: “Primeros estadios del conflicto de Edipo y de la formación del superyó”, en *El psicoanálisis de los niños*, Buenos Aires, Paidós, 1996. “El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas”, en *Amor, culpa y reparación*, Buenos Aires, Paidós, 1996.]

Lampl de Groot, J.: “Re-evaluation of the role of the Œdipus complex”, en *International Journal of Psychoanalysis*, 1952. “The preœdipal phase in the development of the lame child”, en *International Journal of Psychoanalysis*, 1946. “The evolution of Œdipus complex in women”, en *International Journal of Psychoanalysis*, 1928.

Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1997): *Vocabulaire de la psychanalyse*, PUF, págs. 79-84. [Ed. cast.: *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1996.]

Mijolla, A. de y Mijolla Mellor, S. de (con la dirección de) (1996): *Psychanalyse*, PUF, págs. 72, 294, 506, 521-522. [Ed. cast.: *Fundamentos del psicoanálisis*, Madrid, Síntesis, 2003.]

Mullahy, R. (1951): *Œdipe, du mythe au complexe*, Payot.

Nasio, J.-D. (2001): “Le concept de castration”, “Le concept de Phallus” y “Le concept de surmoi”, en *Enseignement de 7 concepts cruciaux de la psychanalyse*, Payot, págs. 17-49, 53-72 y 215-147. [Ed. cast.: *Enseñanza de siete conceptos cruciales del psicoanálisis*, Barcelona, Gedisa, 1994.]

Odier, C. (1933): “Une névrose sans complexe d'Œdipe?”, en *Revue française de psychanalyse*.

Ortigues, M. C. y Ortigues, E. (1966): *L'Œdipe africain*, Plon. [Ed. cast.: *El Edipo africano*, Buenos Aires, Noé, 1974.]